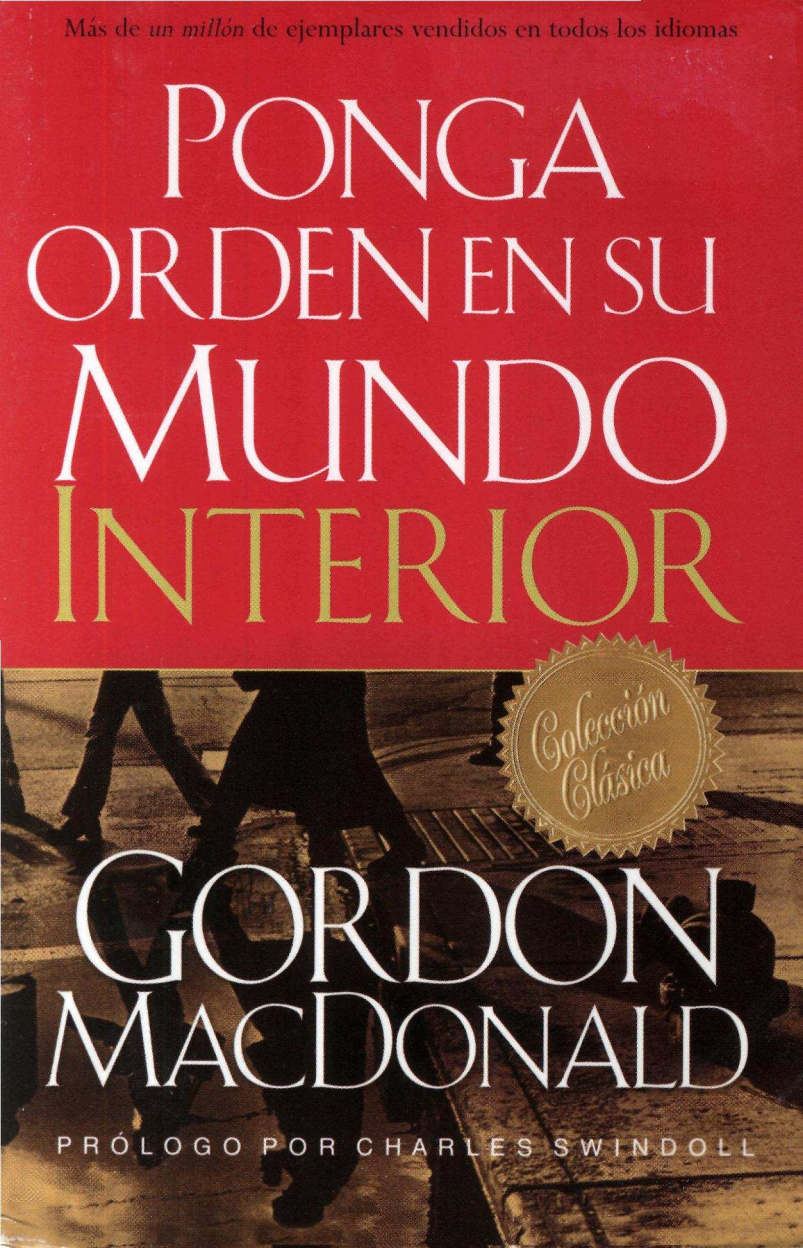
Más de *un millón* de ejemplares vendidos en todos los idiomas

PONGA ORDEN EN SU MUNDO INTERIOR



GORDON MACDONALD

PRÓLOGO POR CHARLES SWINDOLL

TENEMOS PLANIFICADORES DE AGENDAS,

CALENDARIOS COMPUTARIZADOS Y NOTAS ADHESIVAS QUE NOS AYUDAN A ORGANIZAR NUESTRA VIDA PROFESIONAL Y SOCIAL, PERO ¿QUÉ DE ORGANIZAR EL OTRO LADO DE NUESTRA VIDA, EL LADO ESPIRITUAL?

Uno de los grandes campos de batalla de nuestro siglo está dentro de ese mundo íntimo de lo individual. Los valores de nuestra cultura occidental nos inclinan a creer que la atareada y públicamente activa persona que está en el ministerio es también la más espiritual.

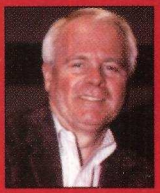
Tentados a prestar una desbalanceada atención al mundo público a expensas del privado, nos metemos en más programas y más reuniones. Nuestras sólidas ocupaciones en la casa, el trabajo y la iglesia han puesto a demasiadas excelentes personas al borde del colapso.

Por eso *Ponga orden en su mundo interior* es un libro tan extraordinario y tan útil. En él Gordon MacDonald capacita a una nueva generación para vivir la vida de adentro hacia fuera, y cultivar la victoria necesaria para ser efectivos en público.

«Con mucho entusiasmo recomiendo este libro a todos los que, como yo, necesitan poner orden en su mundo interior».
—CHARLES SWINDOLL, Canciller, Dallas Theological Seminary

«Este libro fue el principal instrumento de Dios para motivarme a integrar disciplinas espirituales en mi diario andar con Cristo … Tiemblo al pensar dónde estaría ahora si no lo hubiera leído».
—BILL HYBELS, pastor principal de la Willow Creek Community Church

«Este libro ha hecho un profundo impacto en personas de todas las esferas de la vida. Se ha convertido en un clásico. Lo recomiendo sin vacilación».
—JOSH D. McDOWELL, Josh McDowell Ministry



GORDON MACDONALD ha sido pastor por más de treinta y cinco años, más recientemente en la iglesia Grace Chapel de Lexington, Massachusetts. Como orador, ha enseñado y dictado conferencias en seminarios como el Bethel Seminary y el Gordon-Conwell Theological Seminary. Actualmente es editor independiente del *Leadership Journal* y presidente de la junta de directores de World Relief. Ha escrito varios otros libros en inglés. A menudo se le halla escalando las montañas de Nueva Inglaterra o Suiza con su esposa o con sus nietos.

BETANIA
caribebetania.com

Una división de Thomas Nelson, Inc.
thomasnelson.com

AUTO-AYUDA / CRECIMIENTO ESPIRITUAL / GENERAL
ISBN 0-88113-995-5

50399
EAN
9 780881 139952

PONGA ORDEN EN SU MUNDO INTERIOR

Gordon MacDonald

PONGA ORDEN EN SU MUNDO INTERIOR

Aprenda a mantener su crecimiento personal y espiritual

BETANIA

Un Sello de Editorial Caribe

EX LIBRIS ELTROPICAL

Editorial Betania es una división de Grupo Nelson
© 2006 Grupo Nelson
Una división de Thomas Nelson, Inc.
Nashville, Tennessee, Estados Unidos de América
www.gruponelson.com

Título en inglés: *Ordering Your Private World*
© 1984, 1985 por Gordon MacDonald
Publicado por Thomas Nelson, Inc.

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de la Versión Reina-Valera de la *Santa Biblia*, revisión 1960. Usado con permiso.

Traducción: *Juan Sánchez Araujo*

ISBN: 0-88113-995-5
ISBN-13: 978-0-88113-995-2

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra sin la debida autorización
por escrito de los editores.

Impreso en México
Printed in Mexico

Prólogo

En pocas palabras, pero con sabiduría penetrante, Gordon MacDonald ha invadido un terreno altamente conflictivo: nuestro mundo interior y la necesidad de ordenarlo. Por años he dicho que este hombre es una rara y sustanciosa mezcla de fuerza personal, integridad bíblica y visión práctica. El presente libro ofrece una prueba tangible de ello. Después de muchos años de estar ejerciendo como pastor, y de haber viajado miles de kilómetros para encontrarse con una amplia muestra representativa de toda la humanidad y ministrarle, Gordon MacDonald se ha ganado el derecho a ser oído. Gordon piensa con la clara sencillez y con el idealismo de un profeta, escribe con el realismo directo que caracteriza a los hombres de negocios y sin embargo, en lo más íntimo de su ser vibra la tierna compasión del pastor. Lo que es aún mejor: Gordon MacDonald ejemplifica tan bien su mensaje de la misma manera como lo comunica. Recomiendo este libro, con gran entusiasmo, a todos aquellos de entre ustedes quienes, como yo, necesitan poner orden a su mundo interior.

Charles R. Swindoll

Indice

Prefacio 9
1. El *síndrome* del *socavón* 15
2. Vista desde el puente 21

PRIMERA PARTE: Motivación

3. Encerrado en una jaula de oro 27
4. La trágica historia de un holgazán con éxito 41
5. Así viven los que son llamados 50

SEGUNDA PARTE: El uso del tiempo

6. ¿Ha visto alguien mi tiempo? ¡Lo he perdido! 62
7. Cómo recobrar el tiempo perdido 72

TERCERA PARTE: Sabiduría y conocimiento

8. La derrota del mejor hombre 85
9. Lo triste de un libro que jamás se llegó a leer 96

CUARTA PARTE: Fortaleza espiritual

10. Orden en el huerto 111
11. No se necesitan apoyos externos 120
12. Todo ha de quedar incorporado 132
13. Mirando con ojos celestiales 137

QUINTA PARTE: Restauración

14. Descanso más allá de la holganza 153

Epílogo: La rueca 169

Prefacio

"¡Qué desorganizado soy!"
"¡Me encuentro hecho un lío!"
"¡Mi vida interior es un desastre!"
"¡Mi vida interior es un fracaso!"

He oído expresiones parecidas muchas veces: en conversaciones durante el desayuno, en el estudio donde aconsejo a los que lo solicitan de mi como pastor, en la sala de mi casa...

Estas palabras no proceden siempre de personas cuya vida se está esfumando ni que se encuentran al borde de algún desastre; pueden decirlas hombres y mujeres que parecen tener una existencia sumamente productiva y de éxito. Las primeras veces que escuché revelaciones personales como estas, me sorprendieron; ahora, muchos años después, sé a ciencia cierta que la organización de la propia vida constituye una lucha humana universal.

En el Occidente producimos enormes cantidades de libros que tienen como objetivo ayudarnos a organizar nuestro trabajo, nuestras agendas, nuestros programas de producción, nuestros estudios o nuestra profesión. Sin embargo, no he visto muchos que aborden directamente el tema de la organización interna o espiritual —¡y es ahí donde el problema resulta más agudo!

La gente de éxito que he conocido y que está preocupada por la desorganización, lo está generalmente en la dimensión privada de su vida, ya que suelen tener una dimensión pública bastante bien regulada. Es en este aspecto privado de la existencia donde nos conocemos mejor: allí donde se forja nuestra autoestima, donde tomamos las decisiones básicas en cuanto a motivos, valores y compromisos, y donde tenemos comunión con nuestro Dios. Yo llamo a ese aspecto *el mundo interior*, y me gustaría referirme a su estado ideal como a un estado de orden.

Sé algo acerca de la desorganización del mundo interior porque, al igual que muchas otras personas, he luchado con ella toda la vida, y el poner en orden mi mundo interior ha constituido una de mis mayores batallas.

Ya que he vivido toda mi existencia en el ambiente del Evangelio cristiano, Jesucristo jamás ha sido un extraño para mí. Sin embargo esto no quiere decir que haya comprendido siempre su señorío sobre mi vida, y aunque por lo general lo he seguido, con demasiada frecuencia lo he hecho de lejos.

Para mí, comprender lo que Jesús quiso decir cuando habló de "permaneced en mí", así como de mi "permanecer en El", ha sido muy difícil, ya que soy uno de tantos a los que no se lleva fácilmente al compromiso. No me ha resultado sencillo entender el proceso y los motivos por los cuales Cristo quiere "permanecer" (Juan 15:4) en mi mundo interior. Hablando francamente, muchas veces me he sentido frustrado al ver que algunos consideraban este asunto de "permanecer" perfectamente comprensible y que parecía funcionarles.

Poco a poco, y con frecuencia penosamente, he descubierto que organizar nuestro mundo interior en el que Cristo elige vivir, es tanto una cuestión de toda la vida como algo cotidiano. Algo en nuestro interior, que la Biblia llama pecado, se resiste a que El resida en nosotros y a todo el orden que ello trae consigo —prefiere un desorden en el cual los motivos y valores errados se puedan esconder y sacar a la superficie en momentos de descuido.

Este desorden es un asunto de preocupación diaria. Cuando yo era niño, a menudo me sentía fascinado por las pelusas que se acumulaban debajo de mi cama. Para mí su procedencia constituía un misterio: parecía como si alguna fuerza extraña viniera durante la noche y las esparciera por el suelo mientras yo dormía. Hoy encuentro esas pelusas en mi mundo interior a diario. No estoy seguro de cómo han llegado allí, pero en esa disciplina cotidiana de poner orden en mi esfera interior he de llevarles siempre la delantera.

Quiero que quede perfectamente claro que baso todo este tratamiento del orden en nuestro mundo interior, en el principio de que Cristo mora en nosotros, quien entra en nuestra vida, misteriosa pero indudablemente, en respuesta a nuestra invitación y

nuestro compromiso personal. Sin el punto central que supone la elección del individuo de seguir a Jesús, la mayoría de las palabras de este libro se desintegrarían en una plática sin sentido. *Poner orden en la vida personal de uno es invitar a Cristo a controlar cada sección de la misma.*

En mi caso, la búsqueda de la organización interna ha sido una lucha solitaria, ya que, hablando con franqueza, he podido descubrir que existe una renuencia casi universal a ser práctico y sincero acerca de tales asuntos. Gran parte de la predicación sobre estos temas se hace en términos altisonantes, que dejan al que escucha, conmovido emocionalmente pero incapaz de dar ningún paso específico. En más de una ocasión he leído un libro o escuchado una exposición acerca de cómo poner en orden nuestra vida espiritual, y he estado de acuerdo con cada palabra de la misma, para comprender luego que el proceso propuesto era esquivo e indefinido; esto ha supuesto una lucha para quien, como yo, quiere formas específicas y mensurables de responder al ofrecimiento de Cristo de vivir en mi interior.

Sin embargo, a pesar de que la lucha ha sido en su mayor parte solitaria, he tenido alguna asistencia cuando la he necesitado. Aparte, naturalmente, de la ayuda de la Escritura y de las enseñanzas que he recibido dentro de la tradición cristiana, mi esposa Gail (cuyo mundo interior está notablemente bien ordenado) también me ha ayudado, así como cierto número de consejeros que me han rodeado desde mis años mozos y un sinfín de hombres y mujeres a los que jamás conoceré en esta vida porque han muerto hace tiempo. A estos últimos los he encontrado en sus biografías, y me ha deleitado descubrir que muchos de ellos también lucharon con el desafío de ordenar su mundo interior.

Cuando empecé a hacer algunos comentarios públicos acerca del orden en mi mundo interior, me impresionó ver la cantidad de gente que reaccionaba de inmediato. Pastores, laicos, hombres y mujeres en diferentes posiciones de liderazgo... me decían: "Yo también tengo esa lucha. Déme cualquier consejo que pueda."

El mundo interior se puede dividir en cinco partes: la primera trata de lo que nos mueve a actuar como lo hacemos —nuestra motivación. ¿Somos gente *impulsada* —llevada por los vientos de nuestra época, obligados a conformarnos o a competir— o gente

llamada —recipientes del llamamiento misericordioso de Cristo que nos promete hacer algo de nosotros?

Otra parte de nuestro mundo interior se centra en lo que hacemos con la cantidad limitada de tiempo que tenemos en esta vida. Algo clave para nuestra salud como individuos es cuánto tiempo asignamos a los propósitos de crecimiento personal y de servicio a otros.

La tercera parte es intelectual: ¿Qué estamos haciendo con nuestra mente, esa extraordinaria parte de nuestro ser capaz de recibir y procesar la verdad acerca de la creación?

Yo sugeriría que la cuarta sea la del espíritu: no me preocupa ser particularmente teológico en mi vocabulario al sugerir que hay un lugar especial e íntimo donde nos comunicamos con el Padre de una forma que nadie más puede apreciar o comprender. A este lugar del espíritu yo lo llamo el huerto de nuestro mundo interior.

Y, por último, dentro de nosotros hay una parte que nos mueve a descansar, a una paz sabática. Esta paz es diferente de la diversión que con tanta frecuencia descubrimos en el mundo visible que nos rodea, y es de tal importancia, que creo que debemos reconocerla como una fuente singularmente esencial de organización interior.

Entre las muchas biografías que he estudiado hay una de Charles Cowman, pionero de las misiones en el Japón y Corea. La vida de Cowman fue un notable testimonio de la naturaleza y el costo personal de la dedicación. En los últimos años de su vida sufrió quebrantos de salud que lo obligaron a jubilarse prematuramente. El hecho de que no podía ya predicar ni dirigir la labor de sus compañeros de misión activamente, supuso una terrible carga para él. Uno de sus amigos dijo al respecto:

> Nada me impresionaba más que el espíritu tranquilo del hermano Cowman. Jamás lo vi irritado, aunque a veces pude percibir que estaba herido hasta tal punto que las lágrimas le corrían silenciosamente por las mejillas. Era una persona de espíritu tierno y sensible, pero su cruz secreta se convirtió en su corona.

Cowman era un hombre que tenía orden en su mundo interior. Su vida no sólo estaba organizada en la dimensión pública, sino también en la interior.

De eso trata este libro, y no vacilaré en ser tan práctico como pueda. Hablaré mucho acerca de mis propias experiencias, no porque me considere un digno modelo de orden interno, sino porque me tengo por un coluchador de todos aquellos para quienes este tema resulta importante.

Cuando me ha sido posible, he echado mano de la Biblia en busca de historias y de nociones que corroboraran lo que digo, pero también he de añadir que no me he entregado exageradamente a la discusión teológica. He escrito dando por hecho que la persona que ansía guardar en orden su mundo interior, ya ha elegido una vida de obediencia a Dios, y también que cuenta con una comprensión fundamental de la forma de vivir cristiana y que está de acuerdo con ella.

Si usted, lector, encuentra puntos de concordancia con mi tratamiento de este tema, puede deducir, como lo he hecho yo, que en buena medida la manera en que nos estamos enseñando y predicando unos a otros en estos días, se halla muy posiblemente en serio desacuerdo con la realidad espiritual. Personalmente creo que es en algunos de los temas que he intentado desarrollar en las siguientes páginas donde se encuentra en realidad la vida. Con toda franqueza, creo que no oímos hablar lo suficiente acerca de estos temas, y me encantaría que algunos de los pensamientos que doy, que me salen del corazón y están tomados de otros escritores y pensadores, produjeran un diálogo entre algunos individuos curiosos.

Pocos autores escriben sus libros a solas, y desde luego yo no soy uno de ellos. Para poner en orden mis pensamientos, no sólo he contado con la ayuda de muchos autores que me han estimulado en la meditación, sino también con la asistencia cercana y esmerada de mi esposa, Gail —un regalo especial de Dios para mí—, quien revisó estos capítulos versión tras versión, hizo un sinfín de comentarios en el margen, y me movió a buscar un mayor grado de realismo y de sentido práctico.

A todos aquellos que piensan que hay una manera más organizada de vivir la vida interior, digo: únanse a mí en esta pequeña aventura de reflexión. Al final, tal vez surja la oportunidad de tener una experiencia más profunda con Dios, y de lograr una mayor comprensión de cuál es nuestra misión al servirlo a El.

1

El síndrome del socavón

> Si mi mundo interior está en orden es porque estoy convencido de que el mundo interior de lo espiritual debe gobernar al mundo exterior de la actividad.

Al despertar, los residentes de cierta casa de apartamentos de la Florida contemplaron por sus ventanas una visión aterradora: la calle situada frente a su edificio se había hundido literalmente, creando una enorme depresión. Al interior del precipicio, cada vez más hondo, se desplomaban automóviles, trozos de calzada, aceras y mobiliario de jardín. Obviamente, el edificio mismo no tardaría en seguir el mismo camino...

Según los científicos, esos socavones ocurren cuando, durante épocas de sequía, las corrientes de agua subterráneas se secan haciendo que la superficie del terreno pierda su soporte. De repente todo se viene sencillamente abajo, dejando a la gente con una aterradora sospecha de que nada, ni siquiera la tierra que pisan, es seguro.

Hay muchas personas cuya vida es como esos socavones. Probablemente muchos de nosotros hemos sentido alguna vez que nos encontrábamos al borde de un hundimiento parecido: bajo la sensación de una fatiga entumecedora, de un dejo de aparente fracaso, o de la amarga experiencia de la decepción en cuanto a metas o propósitos, quizá hayamos tenido la impresión de que algo dentro de nosotros cedía. En ocasiones semejantes, nos parece que estamos al borde de un colapso que amenaza con arrastrar todo nuestro mundo a un abismo sin fondo; y a veces poco puede hacerse apa-

rentemente para impedir tal derrumbamiento. ¿Qué es lo que pasa?

Si meditamos en ello durante mucho tiempo, tal vez descubramos la existencia de un espacio interno —nuestro mundo interior— que antes ignorábamos. Espero que quedará patente que, si lo descuidamos, ese mundo interior no resistirá la carga de los acontecimientos y presiones que pesan sobre él.

Algunos individuos se sorprenden e inquietan al hacer ese descubrimiento de sí mismos, y súbitamente caen en cuenta, de que han invertido la mayor parte de su tiempo y de su energía en establecer su vida en el nivel visible de la superficie. Han acumulado un sinfín de buenas y tal vez excelentes ventajas, tales como títulos académicos, experiencia laboral, relaciones claves y fuerza o belleza física.

No hay nada de malo en todo eso; pero, con frecuencia, uno descubre casi demasiado tarde que su mundo interior se halla en un estado de confusión o debilidad, y cuando ese es el caso siempre existe la posibilidad de caer en el síndrome del socavón.

Debemos llegar a comprender que vivimos en dos mundos muy distintos a la vez. Nuestro mundo exterior o público es más fácil de manejar —mucho más mensurable, visible y dilatable. Se compone de trabajo, juego, posesiones y un sinfín de conocidos que forman la red social en que nos movemos. Constituye la parte de nuestra existencia más fácil de evaluar en términos de éxito, popularidad, riqueza y belleza...

Pero nuestro mundo interior es de una naturaleza más espiritual: constituye un centro donde pueden decidirse las opciones y los valores, y practicarse la soledad y la reflexión... Se trata de un lugar de adoración y de confesión, un sitio tranquilo donde no tiene por qué penetrar la contaminación moral y espiritual de nuestros días.

A la mayoría de nosotros se nos ha enseñado a administrar bien nuestro mundo público. Naturalmente, siempre existirá el obrero poco formal, la ama de casa desorganizada y el individuo cuyas aptitudes sociales están tan inmaduras que se convierte en una carga para todo el que tiene a su alrededor. Pero la mayoría hemos aprendido a recibir órdenes, hacer horarios y dar instrucciones; y también sabemos qué sistemas nos van mejor en términos laborales y sociales. Escogemos formas adecuadas de ocio y de placer, y tenemos capacidad para elegir amigos y hacer que esas relaciones funcionen bien.

Nuestro mundo público está aparentemente lleno de un sinfín de exigencias de tiempo, lealtad, dinero y energía; y ya que es tan visible y real, hemos de luchar para hacer caso omiso de todas sus seducciones y demandas. Ese mundo pide a gritos nuestra atención y nuestra acción.

El resultado es que nuestro mundo interior se ve a menudo defraudado, descuidado por no gritar tan fuerte como el público. De hecho, puede ser pasado por alto durante largos períodos de tiempo hasta producirse un socavón.

El escritor Oscar Wilde fue uno de esos que prestaban poca atención a su mundo interior; William Barclay cita la siguiente confesión de Wilde:

> Los dioses me habían dado casi todo, pero yo me dejé tentar por largos encantamientos de comodidad insensata y sensual.... Cansado de estar en las alturas, bajé deliberadamente a las profundidades en busca de nuevas sensaciones. Lo que la paradoja era para mí en la esfera del pensamiento llegó a serlo la perversidad en el terreno de la pasión. Me hice cada vez más indiferente hacia los demás. Me complacía donde quería y seguía adelante. Me olvidé de que cada pequeña acción cotidiana edifica o destruye el carácter, y que por lo tanto, lo que uno ha hecho en la cámara secreta, ha de gritarlo un día desde la azotea. Dejé de ser dueño de mí mismo; ya no era más el capitán de mi alma, y no lo sabía. Permití que el placer me dominara, y acabé en profunda ignominia.

Cuando Wilde dice: "Ya no era más el capitán de mi alma", está describiendo a una persona cuyo mundo interior se halla en ruinas, cuya vida se hunde. Aunque sus palabras alcancen una alta cota de dramatismo personal, son semejantes a lo que muchos otros podrían decir... muchos que, como él, han pasado por alto su existencia interna.

Creo que uno de los grandes campos de batalla de nuestros días es el mundo interior del individuo. Particularmente aquellos que se consideran cristianos practicantes tienen una contienda que librar en este terreno. Entre ellos se encuentran los que trabajan duramente, asumiendo grandes responsabilidades en el ho-

gar, en el trabajo y en la iglesia. *Son buena gente, ¡pero están muy, muy cansados!* Y por lo tanto viven a menudo al borde de un colapso tipo socavón. ¿Por qué? Porque aun cuando sus valiosas acciones sean muy distintas de las de Wilde, al igual que él llegan a estar demasiado orientados hacia el mundo público, ignorando el lado íntimo de su vida hasta que casi es demasiado tarde.

En el Occidente, nuestros valores culturales han ayudado a cegarnos respecto a esta tendencia. Nos inclinamos ingenuamente a creer que cuanta más actividad pública tiene una persona, tanto más espiritual es en su vida privada. Creemos que entre más grande es la iglesia a la que pertenecemos, mayor bendición celestial obtendremos. Cuanta más información acerca de la Biblia posee un individuo, tanto más cerca —pensamos— debe estar de Dios.

Ya que tendemos a pensar de esta manera, existe la tentación de prestar una atención desproporcionada a nuestro mundo público en detrimento del privado: más programas, más reuniones, más experiencias de aprendizaje, más relaciones, más actividad... hasta que hay tanto peso acumulado sobre la superficie de la vida que toda ella tiembla al borde del colapso. Entonces cosas como la fatiga, la decepción, el fracaso y la derrota se convierten en aterradoras posibilidades: nuestro descuidado mundo interior no es capaz ya de aguantar la carga.

Recientemente un hombre que decía ser cristiano desde hacía más de diez años, se reunió conmigo junto a la línea de banda durante un partido de fútbol en que jugaban nuestros hijos. Al terminar el primer tiempo, fuimos a comer algo y comenzamos a conversar. Entonces yo le hice una de esas preguntas que los cristianos deberían formularse entre sí, pero que se sienten renuentes a hacer:

—¿Cómo le va espiritualmente?

—¡Interesante pregunta! —respondió él—. ¿Cuál sería la respuesta apropiada...? Imagino que estoy bien. Me gustaría poder decir que estoy creciendo o que me siento más cerca de Dios, pero la verdad es que creo estar simplemente estancado.

No creo que fui indiscreto al seguir hablando de aquel asunto, ya que él parecía estar sinceramente interesado en que hablaramos del tema.

—¿Dedica usted tiempo con regularidad a ordenar su vida interior? —proseguí.

El hombre me miró inquisitivamente. Si le hubiese dicho: "¿Cómo va su tiempo devocional?" habría sabido exactamente qué contestarme. Aquel tiempo podía medirse, de modo que habría respondido en términos de días, horas y minutos; de sistemas y técnicas... Pero yo le había preguntado acerca del orden en su vida interior. Y la palabra clave es *orden*, una palabra de *calidad*, no de cantidad. Cuando él se dio cuenta de ello, mostró cierta incomodidad.

—¿Cuándo llega uno a ordenar su vida interior? —me preguntó a su vez—. Tengo trabajo amontonado para mantenerme ocupado el resto del año. Toda esta semana estaré fuera de casa. Mi esposa trata con empeño de que tomemos una semana de vacaciones. Necesitamos pintar la casa... De manera que no tengo demasiado tiempo para pensar en ordenar mi vida interior, como usted dice.

Luego hizo una breve pausa y preguntó:

—*Y, a propósito, ¿qué es la vida interior?*

De repente me di cuenta de que se trataba de un cristiano practicante el cual llevaba muchos años en círculos cristianos y que había adquirido una reputación cristiana de hacer cosas cristianas, pero nunca había comprendido que bajo toda acción y todo ruido bien intencionado tiene que haber algo sólido y seguro. El hecho de que se considerase a sí mismo demasiado ocupado para mantener una vida interior, y no estuviera seguro de qué significaba eso en realidad, me indicaba que tal vez había errado por mucho el punto central de una vida en contacto con Dios. Teníamos bastante de que hablar.

Poca gente ha tenido que luchar más con las presiones de un mundo público que Anne Morrow Lindbergh, la esposa de un famoso aviador. Sin embargo, Anne guardaba muy celosamente su mundo interior, acerca del cual escribió algunos comentarios penetrantes en su libro *The Gift from the Sea* (Los regalos del mar):

> Ante todo, quiero ... estar en paz conmigo misma. Deseo tener un ojo bueno, pureza de intenciones, un núcleo central en mi vida que me capacite para llevar a cabo esas obligaciones y actividades lo mejor que pueda. Quiero, de hecho —tomando prestado el lenguaje de los santos—, vivir "en gracia" el mayor tiempo posible.

No estoy utilizando este término en un sentido estrictamente teológico: por gracia entiendo una armonía interior, esencialmente espiritual, que puede traducirse en armonía externa. Tal vez busque lo que Sócrates pedía en la oración del Fedro cuando dijo: "Que el hombre exterior e interior sean uno." Quisiera lograr un estado de gracia espiritual interna mediante el cual pudiese funcionar y dar como debiera a los ojos de Dios.

Fred Mitchell, un líder de las misiones internacionales, solía tener sobre su escritorio el siguiente lema: "Cuidado con la esterilidad de una vida atareada." También él comprendía el colapso que puede sobrevenir cuando no se presta atención al mundo interior.

El socavón de la Florida es la ilustración física de un problema espiritual con el que han de enfrentarse muchos cristianos occidentales. A medida que la presión sobre la vida se haga mayor en las décadas de los 1980 y 1990, habrá más personas cuya existencia se asemeje a un socavón, a menos que miren hacia su interior y se pregunten: "¿Existe un mundo interior debajo del ruido y de la acción de la superficie? ¿Un mundo que necesito explorar y mantener? ¿Puedo adquirir la fuerza y la elasticidad suficientes para aguantar la presión que hay en la superficie?"

En un momento de soledad en Washington, cuando John Quincy Adams, el segundo presidente de los EE.UU., se sentía invadido de nostalgia por su familia, les escribió una carta con palabras de aliento y de consejo para cada uno de sus hijos. A su hija le escribió acerca de la perspectiva del matrimonio y de la clase de hombre que debía elegir por esposo. Sus comentarios revelan la gran importancia que daba a tener un mundo interior en orden:

—¡Hija! Consíguete por esposo a un hombre honrado, y manténlo honrado. No importa que no sea rico, siempre que sea independiente. Considera la honra y el carácter moral de dicho hombre más que toda otra característica. *No pienses en ninguna otra grandeza que no sea la del alma, ni en riquezas distintas a las del corazón.* (Cursivas del autor)

2

Vista desde el puente

Si mi mundo interior está en orden es porque a diario opto por vigilar que así lo esté.

Cierto amigo mío, que en otro tiempo fue oficial a bordo de un submarino nuclear de la Armada Norteamericana, me contó una experiencia que tuvo un día mientras su nave se hallaba patrullando por el Mediterráneo. Allá arriba, en la superficie, iban y venían muchos barcos, y el submarino tenía que hacer muchísimas maniobras violentas para evitar posibles colisiones.

En ausencia del capitán, mi amigo era el oficial de servicio y tenía a su cargo el dar las órdenes para la posición de la nave en cada momento. Por haber tantos movimientos inusitados y repentinos, el capitán, que había estado en su propio camarote, apareció súbitamente en el puente y preguntó:

—¿Va todo bien?

—Sí, señor —respondió mi amigo.

El capitán echó un rápido vistazo a su alrededor y empezó a salir de regreso por la escotilla abandonando el puente. Mientras desaparecía, expresó: —A mí también me parece que todo está bien.

Este simple encuentro de rutina entre aquel comandante naval y uno de sus oficiales de confianza me proporcionó una ilustración útil de lo que es el orden en el mundo interior del individuo. A aquel submarino lo acechaba un potencial peligro de colisión por todas partes, lo cual era bastante para que cualquier capitán vigilante manifestara preocupación. No obstante, el peligro estaba

fuera; en la parte más interna de la nave había un lugar tranquilo desde donde se podía controlar su destino totalmente, y el capitán se dirigió hacia allá instintivamente.

En aquel centro de mando no podía detectarse ni un ápice de pánico; sólo se veía una tripulación de marineros, muy adiestrados, que ejecutaban la tranquila y deliberada serie de acciones que constituía su trabajo. De modo que cuando el comandante apareció en el puente para asegurarse de que todo estaba en orden, comprobó que así era en efecto. "¿Va todo bien?", inquirió; y cuando le dijeron que sí, miró a su alrededor y estuvo de acuerdo: "A mí también me parece que todo está bien." El capitán fue al sitio indicado y recibió la respuesta apropiada.

Así era como aquel capitán había organizado su submarino: cuando no había peligro, los procedimientos adecuados se practicaban mil veces. Llegado el momento de la acción en circunstancias precarias, no había motivos para que lo invadiera el pánico. Podía prever una excelente actuación de la gente que estaba en el puente. Cuando el sitio de mando está en orden, el submarino está a salvo *cualquiera que sean las circunstancias externas, y el co*mandante de la nave expresa: "A mí también me parece que todo está bien."

Sin embargo, ha habido casos en los cuales esos procedimientos se han pasado por alto o quizá no han sido practicados. Entonces puede suceder el desastre: los barcos chocan y se hunden, causando graves pérdidas. Lo mismo sucede con la vida humana cuando está desorganizada en el "puente" de su mundo interior: los accidentes que ocurren, tienen nombres como *agotamiento psíquico, colapso nervioso o estallido.*

Una cosa es que alguien cometa un error, o incluso fracase —las mejores lecciones de procedimiento y de carácter las aprendemos bajo tales circunstancias. Pero otra muy distinta es ver cómo los seres humanos se desintegran ante nuestros ojos, porque en medio de las presiones no tenían recursos de apoyo interior.

En cierta ocasión, el periódico *Wall Street Journal* publicó una serie de artículos titulada "Crisis de los ejecutivos", y uno de los relatos presentó la historia de Jerald H. Maxwell, el joven contratista fundador de una próspera empresa de alta tecnología. Durante algún tiempo se consideró a Maxwell como un genio financiero y administrativo. Pero sólo durante algún tiempo. Luego hubo una desintegración, un colapso del tipo socavón.

> Ese día ha quedado indeleblemente grabado en la memoria de Jerald H. Maxwell y su familia tampoco lo olvidará. Para ellos es el día en que Maxwell empezó a llorar en su habitación, y en el cual su exuberante confianza en sí mismo acabó, dando paso a la depresión; el día que su mundo —y el de ellos— se vino abajo.

¡A Maxwell lo habían despedido! Todo se desmoronó entonces para él, y el ejecutivo no pudo manejar la situación. El reportaje decía:

> Por primera vez en su vida Maxwell se sintió fracasado, y eso lo destrozó. Aquel sentimiento de derrota lo condujo a un colapso emocional, corroyó los lazos familiares con su esposa y sus cuatro hijos y lo puso al borde del abismo. . . .
>
> —Cuando todo se deshizo —recuerda el señor Maxwell—, ellos se sintieron tan mal que tuve vergüenza. —Luego hace una pausa, suspira y continúa:
>
> —La Biblia dice que lo único que uno tiene que hacer para recibir es pedir; pues bien, yo he pedido la muerte muchas veces.

Muchos de nosotros no hemos pedido morir *como hizo Maxwell,* pero sí hemos experimentado esa misma presión del mundo exterior que se acumula sobre nosotros, hasta el punto de hacer que nos preguntemos si no es inminente algún tipo de muerte. En momentos así pensamos en la fortaleza de nuestras reservas: si somos capaces o no de seguir adelante; si vale la pena continuar esforzándonos; si no habrá llegado la hora de echar a correr. . . En resumen, no estamos seguros de contar con la energía espiritual, física o psíquica suficiente para mantener el mismo ritmo que estamos tratando de llevar.

En un caso así la clave es hacer lo que hizo el capitán del submarino: al percibirse por todas partes una violenta turbulencia, se dirigió al puente para determinar si las cosas estaban o no en orden. El sabía que no encontraría la respuesta en ningún otro sitio, y que siempre que todo estuviese bien allí, podría retirarse con confianza a su camarote. La nave podía afrontar las turbulentas circunstancias si todo estaba bien en el puente.

Uno de mis relatos bíblicos favoritos es el que habla de la tarde en que los discípulos se encontraron en medio de una fuerte tempestad en el mar de Galilea. No pasó mucho tiempo antes de que

ellos se sintieran aterrorizados y perdieran la serenidad. Ahí tenemos a hombres que habían pescado durante años en aquel mismo mar, que contaban con sus aparejos, y que seguramente habían sufrido antes ese tipo de tormentas. Pero, por alguna razón, en ése caso no pudieron manejar la situación. Por otro lado, Jesús dormía en la parte trasera de la barca. Los discípulos corrieron a El, molestos por que aparentemente a Jesús no le preocupara el hecho de que existía una amenaza de perder la vida. Por lo menos debiéramos reconocerles el mérito de haber sabido a quién acudir.

Después de que Cristo hubo calmado la tempestad, formuló una pregunta esencial para todo el crecimiento y desarrollo personal de los discípulos como líderes espirituales: "¿Dónde está vuestra fe?" O podía haber preguntado en el lenguaje que yo he estado usando: "¿Por qué no se encuentra más ordenado el puente de vuestro mundo interior?"

¿Cuál es la razón de que para muchos la respuesta a la tensión y la presión personales no consiste en ir al puente de la vida sino en intentar correr más aprisa, protestar con más vigor, acumular más, recoger más datos y adquirir más experiencia? Estamos en una época en la cual parece instintivo el prestar atención a cada centímetro cúbico de vida que no tenga que ver con nuestro mundo interior, única fuente de la que podemos recibir la fortaleza para capear el temporal, e incluso de vencer, cualquier turbulencia externa.

Los escritores bíblicos creían en el principio de ir al puente. Sabían y enseñaban que el desarrollo y el mantenimiento de nuestro mundo interior debía constituir la prioridad suprema de nuestra vida. Esta es una de las razones por las cuales su obra ha trascendido todos los tiempos y culturas. Lo que escribieron, lo recibieron del Creador, *quien nos creó para trabajar más eficientemente desde el mundo interior hacia el externo.*

Uno de esos autores expresa con estas palabras el principio del mundo interior:

> "Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida" (Proverbios 4:23).

En una frase sencilla, el escritor nos ha transmitido un concepto muy asombroso. Lo que yo llamo el "puente", él lo denomina el "corazón", y describe el mismo como un manantial del que fluye la energía, el discernimiento y la fuerza capaz, no sólo de resistir la turbulencia externa, sino de vencerla. Guarda tu corazón, expresa, y éste se convertirá en una fuente de vida del que tanto tú como otros podrán beber.

¿Pero qué quiere decir con "guardar"? En primer lugar, al escritor le preocupa obviamente que el corazón esté protegido de influencias externas que pudieran poner en peligro su integridad; así como que tenga fortaleza y se desarrolle para incrementar su capacidad de poner orden en la vida del individuo.

Pero incluso detrás de esas posibles lecciones que enseña la metáfora, está el hecho de que guardar o proteger el corazón —el "puente" de la vida humana— es una elección deliberada y disciplinada que todos los humanos debemos hacer. Tenemos que *elegir* guardar nuestro corazón. Este ha de ser en todo momento protegido y mantenido: su salud y su productividad no son cosas que puedan darse por hechas. Nuevamente necesitamos recordar lo que hizo el capitán del submarino cuando sintió que algo fuera de lo corriente estaba sucediendo: en seguida se encaminó al puente. ¿Por qué? Porque sabía que allí era donde podía encontrar lo necesario para hacerle frente al peligro.

En el Nuevo Testamento, Pablo hizo el mismo tipo de observación al decir a los cristianos: "No os conforméis a este siglo [a este mundo exterior], sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento. . ." (Romanos 12:2).

El apóstol proclamó una verdad eterna. Estaba exhortando a que se hiciese una opción correcta. ¿Ordenaremos nuestro mundo interior para que cree una influencia en el mundo exterior? ¿O descuidaremos nuestro mundo interior, permitiendo así que la esfera externa nos moldee? Esta es una opción que hemos de hacer cada día de nuestra vida.

¡Qué increíble pensamiento! Es la clase de noción que el arruinado señor Maxwell había pasado por alto. ¿La prueba? El hundimiento que experimentó en su vida cuando el mundo que lo rodeaba ejerció sobre él una presión abrumadora. El ejecutivo no tenía reservas de fortaleza interna ni orden en su mundo interior.

María Slessor fue una joven soltera que partió de Escocia a principio de este siglo para ir a una parte de Africa infestada de

enfermedades y de peligros indescriptibles. María con un espíritu fuerte siguió adelante mientras hombres y mujeres agotados y temerosos huían para jamás regresar. En cierta ocasión, después de un día particularmente agotador, ella estaba tratando de dormir en una tosca cabaña construida en la jungla. Acerca de aquella noche, María escribió:

> En la actualidad no soy muy quisquillosa respecto a mi cama, pero como estaba acostada sobre unas varas sucias tendidas en el suelo y cubiertas con unas sucias hojas de mazorcas de maíz, acompañada de un buen número de ratas e insectos, con tres mujeres y un niño de tres días de nacido a mi lado, así como con más de una docena de ovejas, cabras y vacas en el exterior, se puede comprender que no durmiera mucho. *Pero en mi corazón pasé una noche muy confortante y tranquila.* (Cursivas mías)

Ahora bien, es en esto en lo que pensamos al tratar la cuestión del orden en nuestro mundo interior. Ya sea que lo llamemos el "puente" —en lenguaje naval— o el "corazón" —en la terminología bíblica—, el asunto es el mismo: debe existir un lugar tranquilo donde todo está en orden, de donde procede la energía que vence toda turbulencia y que no se deja intimidar por ella.

Sabremos que hemos aprendido este importante principio cuando el desarrollo y el mantenimiento de un mundo interior vigoroso sea la función particular más importante de nuestra existencia. Entonces, si la presión y la tensión aumentan, podremos preguntar: "¿Va todo bien?" Y al descubrir que sí, añadiremos de corazón: "A mí también me parece que todo está bien?"

PRIMERA PARTE: MOTIVACION

3

Encerrado en una jaula de oro

> Si mi mundo interior está en orden es porque reconozco mi inclinación para actuar según modelos y esquemas no dispuestos por Dios, sino moldeados por un desordenado pasado.

Los doce hombres que siguieron a Jesucristo y que finalmente fundaron la iglesia, constituían un extraño grupo. A ninguno de ellos (con la posible excepción de Juan, quien me parece agradable y tranquilizador) habría escogido yo para dirigir un movimiento de las proporciones de la misión de Cristo. No, no los habría elegido a ellos; pero Jesús los llamó y ya conoce usted los resultados.

Hablando con franqueza, algunos de los voluntarios a los cuales Jesús rechazó son más mi tipo de hombres: gente dinámica, que reconocía algo bueno cuando lo veía... Además, al parecer, rebosaban de entusiasmo; sin embargo, El no les dió la Comisión que tuvieron los discípulos.... ¿Por qué?

Tal vez Jesús, con su extraordinario discernimiento, examinó el mundo interior de ellos y percibió señales de peligro; o quizá los consideró hombres *impulsados*, dispuestos a labrarse un futuro. Es posible que el problema fuese precisamente lo que a mí me gusta de ellos: querían controlar la situación, y decir cuándo comenzarían y a dónde irían.

Tal vez (esto es pura especulación) si hubiesen subido a bordo habríamos descubierto más tarde que tenían muchos más proyectos de los que en un principio parecía, y que eran hombres con sus propios planes y estrategias, metas y objetivos. Y Jesucristo no hace obras poderosas en el mundo interior de aquellos que son tan

impulsados. Nunca las ha hecho. Al parecer El prefiere trabajar con gente a la que El llama; por eso la Biblia no habla de voluntarios, sino sólo de llamados.

Para explorar la esfera interior de un individuo se ha de comenzar por alguna parte; y yo he escogido hacerlo por donde parece que empezó Cristo: haciendo una distinción entre *llamados* e *impulsados*. De algún modo El separó a las personas según la tendencia que tenían a seguir sus propios impulsos o lo dispuestas que estaban a ser llamadas. Jesús se ocupó de los motivos de la gente, de la base de su energía espiritual, y de la clase de gratificación que les interesaba. Llamó a aquellos que se sentían atraídos por El y evitó a esos otros que, siguiendo sus propios impulsos, querían utilizarlo.

¿Cómo puede usted distinguir a una persona impulsada? En la actualidad resulta relativamente fácil: la gente impulsada da señales de tensión nerviosa. Busque esa clase de síntomas y probablemente descubrirá a algunos hombres y mujeres impulsados.

El mundo contemporáneo está prestando mucha atención al tema de la tensión nerviosa. Se escriben libros sobre la misma, se hacen investigaciones, y es objeto de examen por parte de los médicos cada vez que alguien siente dolores en el pecho o está mal del estómago. Mucha gente dedica su vida entera al estudio de la tensión. Los científicos la miden en sus laboratorios sometiendo diversos materiales a todo tipo de presiones, temperaturas y vibraciones. Los ingenieros la estudian en los chasis y los motores de automóviles y aviones, conduciéndolos o pilotándolos en condiciones extremas durante miles de kilómetros. En los seres humanos, la tensión se comprueba muy minuciosamente mientras la gente vuela por el espacio, se halla sentada en una cabina a presión en el fondo del océano, o tiene que pasar pruebas médicas en el laboratorio de un hospital. Cierto hombre que conozco ha ideado un sensible aparato de medición que sigue las ondas cerebrales y puede avisar al investigador el momento mismo en que el objeto de su estudio experimenta una tensión excesiva.

En la década pasada se ha hecho muy patente que gran cantidad de personas de nuestra sociedad soporta una tensión continua y destructiva, conforme su vida alcanza un ritmo que deja poco tiempo para un descanso reparador o un retiro. En cierta ocasión, la revista *Time* presentó el siguiente artículo:

> En los últimos treinta años, muchos médicos y oficiales del departamento de salud pública han llegado a comprender qué efecto tan dañino tiene la tensión en el bienestar de la nación. Según la Academia Americana de Médicos de la Familia, dos tercios de las visitas a ésos doctores son motivados por síntomas relacionados con la tensión nerviosa. Al mismo tiempo, los líderes industriales se sienten alarmados por el enorme costo que tales síntomas producen en absentismo laboral, gastos médicos a cargo de las empresas y pérdida de la productividad.

Según la revista *Time*, la tensión "es uno de los factores principales que contribuyen, directa o indirectamente, a producir enfermedades coronarias, cáncer, afecciones pulmonares, accidentes de trabajo, cirrosis hepática y suicidios" —y eso no es más que el principio.

¿Qué hay detrás de todo ello? *Time* prosigue citando al doctor Joel Elkes, de la Universidad de Louisville: "Nuestra misma forma de vida, la manera en que vivimos —dice Elkes—, surge como la principal causa de enfermedades en nuestros días."

Todos estamos conscientes de que existe un tipo de tensión beneficiosa —ya que saca a la luz lo mejor de los actores, atletas o ejecutivos. Pero en la actualidad la atención sobre el tema se concentra más bien en las clases de tensiones que disminuyen la capacidad de la persona en vez de mejorarla.

El doctor Thomas Holmes, conocido por la invención de la famosa Escala de Evaluación del Reajuste Social (para muchos de nosotros Tabla Holmes de la Tensión), ha llevado a cabo un fascinante estudio sobre este problema. La tabla de Holmes es un simple instrumento de medición que indica cuánta presión es probable que esté soportando una persona y lo cerca que puede hallarse de sufrir consecuencias físicas y psíquicas peligrosas.

Después de bastante investigación, Holmes y sus asociados asignaron puntuaciones a varios acontecimientos comunes a todos nosotros. Cada punto fue denominado "unidad de transformación vital". Una acumulación de más de doscientas unidades en un solo año podría ser, en opinión de Holmes, el aviso de un potencial ataque cardíaco, tensión emocional o colapso de la capacidad de funcionar como una persona saludable. La muerte del cónyuge,

por ejemplo, exige el mayor número de unidades de transformación vital: 100 puntos; el ser despedido del trabajo equivale a 47 puntos; y la venida al mundo de un nuevo miembro de la familia: 39. Sin embargo, no todos los acontecimientos que producen tensión mencionados por Holmes son negativos. Aun los sucesos felices y positivos —tales como la Navidad (12 puntos) y las vacaciones (13)— producen tensión.

Según mi experiencia es bastante corriente hablar con personas cuya puntuación supera con mucho los 200 puntos. Un pastor, por ejemplo, viene a mi oficina, me dice que su total de puntos es de 324. Tiene una tensión arterial peligrosamente alta, sufre de constantes dolores de estómago, teme que pueda tener una úlcera y no duerme bien por las noches. El otro día desayuné con un joven ejecutivo quien admite que hasta hace poco su ambición ha sido acumular un millón de dólares antes de cumplir los treinta y cinco años de edad. Al contrastar su situación actual con la Tabla Holmes de la tensión, se quedó horrorizado, porque descubrió que su puntuación es de 412. ¿Qué tienen en común esos dos hombres procedentes del mundo de los negocios y de la religión?

Estos son los que yo llamo hombres *impulsados*; y el precio que pagan por ser así es terriblemente alto —las puntuaciones constituyen simplemente una indicación numérica de la realidad. Utilizo la palabra *impulsados*, no sólo porque describe la condición en la cual viven esas personas, sino también porque resulta muy descriptiva de la forma en que muchos de los demás pasamos por alto el mal que nos estamos haciendo a nosotros mismos. Tal vez nos sentimos empujados hacia ciertas metas y objetivos sin comprender siempre por qué; o quizá no estamos conscientes del precio real que ha de pagar nuestra mente, cuerpo y, por supuesto, nuestro corazón. Por *corazón* entiendo aquel del que se habla en Proverbios 4:23: la fuente de la energía vital.

Hay muchísimos individuos impulsados que están haciendo cosas muy buenas. Esa clase de gente no tiene por qué ser mala, aunque las consecuencias de su manera de vivir resulten desafortunadas. De hecho, las personas impulsadas realizan a menudo grandes contribuciones a la sociedad: fundan organizaciones, y proporcionan oportunidades de trabajo. Con frecuencia son muy inteligentes y sugieren formas y medios de hacer cosas que benefician a muchos. No obstante, esos individuos son impulsados, y uno se inquieta por la capacidad que puedan tener de seguir con el mismo ritmo sin correr peligro.

¿Se puede distinguir a la gente impulsada? Naturalmente que sí. Hay muchos síntomas indicadores de que una persona es impulsada. Entre los que yo veo más a menudo están los siguientes:

(1) *La mayoría de las veces a un individuo impulsado sólo lo satisfacen los logros.* En algún punto de su proceso de maduración, esa persona descubrió que la única forma que tenía de estar satisfecha consigo misma y con su mundo era acumulando éxitos. Ese descubrimiento puede ser consecuencia de ciertas influencias formativas a una edad temprana. Tal vez en su infancia recibiera felicitaciones y aprobación de parte de alguno de sus padres, o de un mentor influyente, sólo cuando había acabado una tarea, por lo que el único modo que tenía de conseguir amor y aceptación era obteniendo logros.

A veces, en circunstancias como ésas, una psicología del logro se apodera del corazón de la persona, y ésta comienza a pensar que si una realización produjo buenas sensaciones y alabanza de parte de otros, varios logros más pueden dar como resultado buenos sentimientos y parabienes en abundancia.

Así, la persona impulsada comienza a buscar formas de acumular cada vez más logros, y pronto se encuentra haciendo dos o tres cosas al mismo tiempo, porque eso le proporciona la extraña sensación de placer en un grado mayor. De este modo se convierte en esa clase de individuo que siempre está leyendo libros y asistiendo a seminarios que prometen ayudarlo a usar aún más eficazmente el tiempo que tiene. ¿Por qué razón? Para poder realizar logros adicionales, los cuales, a su vez, le proporcionen una mayor satisfacción.

Esta es la clase de persona que ve la vida sólo en términos de resultados; y por lo tanto, tiene poco aprecio por el *proceso* que conduce a obtenerlos. Se trata de alguien a quien le encanta volar a velocidades supersónicas, ya que viajar por tierra y ver los cerros, las llanuras y la belleza del paisaje supondría una terrible pérdida de tiempo. Al llegar al aeropuerto, tras un rápido viaje de dos horas, el individuo impulsado siente una gran contrariedad si el avión emplea cuatro minutos adicionales para llegar a la puerta de desembarque. Para la gente orientada hacia el logro, el llegar lo es todo, el viaje no vale nada.

(2) *A una persona impulsada le preocupan los símbolos del logro.* Por lo general, ese individuo tiene conciencia del concepto

de poder, y trata de conseguir dicho poder para ejercerlo. Eso significa que asimismo estará consciente de los símbolos de la posición social: títulos, tamaño y ubicación de su oficina, puestos que ocupa en los organigramas de la empresa y privilegios especiales.

Cuando la persona es impulsada, por lo general se preocupa de su propia notoriedad y se pregunta: ¿Sabe alguien lo que hago? ¿Cómo puedo relacionarme mejor con los "grandes" de mi mundo? A menudo estas cuestiones absorben a la persona impulsada.

(3) *Por lo general una persona impulsada termina presa de la descontrolada búsqueda de expansión.* A esta clase de individuos les gusta formar parte de algo que vaya haciéndose mayor y más próspero. Se encuentran siempre en movimiento, procurando las oportunidades más grandes y mejores y pocas veces tienen tiempo para apreciar los logros ya conseguidos.

Charles Spurgeon, el predicador inglés del siglo pasado dijo en cierta ocasión:

> El éxito expone a los hombres a las presiones de la gente, y así los tienta a aferrarse a sus logros mediante métodos y prácticas carnales, y a dejarse gobernar plenamente por las exigencias dictatoriales de una incesante expansión. El éxito puede subirse a la cabeza, y lo hará a menos que se recuerde que es Dios quien realiza la obra, que El continuará haciéndolo sin nuestra ayuda y que podrá arreglárselas con otros medios cuando quiera prescindir de nosotros.

Este desafortunado principio se puede ver en acción en ciertas profesiones. Pero también es posible observarlo en el contexto de la actividad espiritual, ya que existe la persona espiritualmente impulsada que jamás está satisfecha con lo que es o lo que la obra religiosa realiza. Naturalmente, esto significa que su actitud hacia aquellos que lo rodean será bastante parecida: rara vez le satisfará el progreso de sus colegas o subordinados. Tal persona vive en un estado de constante inquietud y desasosiego, buscando métodos más eficientes, mejores resultados, experiencias espirituales más profundas. Por lo general, nunca parece que va a estar contenta consigo misma o con los demás.

(4) *La gente impulsada es propensa a tener una consideración limitada por la integridad.* Estas personas pueden llegar a estar tan absortas con el éxito y con los logros, que disponen de poco tiempo para hacer un alto y preguntarse si su ser interior va siguiendo el ritmo del proceso exterior. Habitualmente no es así, y

existe una brecha cada vez mayor entre ambas cosas: un colapso de la integridad. Con frecuencia esta clase de gente se hace más y más falsa; y no sólo engañan a los demás, sino también a sí mismos. En su esfuerzo por ir continuamente adelante, se mienten sobre sus propios motivos y transigen acerca de los valores y de la moral. Los atajos para alcanzar el éxito llegan a ser una forma de vida para ellos; y ya que la meta les resulta tan importante, caen en la ruina moral. Las personas impulsadas se vuelven pragmáticas.

(5) *Con frecuencia el individuo impulsado posee aptitudes limitadas de trato con la gente o subdesarrolladas.* No se destaca por llevarse bien con los demás. Tampoco es que haya nacido sin la capacidad de hacerlo; pero los proyectos resultan más importantes para él que las relaciones. Y ya que sus ojos están puestos en las metas y en los objetivos, rara vez se fija en la gente que lo rodea, a menos, claro está, que pueda usarla para conseguir alguno de sus propósitos. A aquellos que no le resultan útiles, puede considerarlos obstáculos o competidores a la hora de intentar llevar a cabo algo.

Por lo general, la persona impulsada deja tras de sí "muchas víctimas". Por lo que antes lo alababan por su aparente gran liderazgo, pronto empieza a aparecer una siempre creciente frustración y la hostilidad de parte de los demás al darse cuenta la gente de que a esa persona le importan muy poco la salud y el crecimiento de los demás. Entonces queda patente que para tal individuo existe una agenda no negociable que tiene prioridad sobre todo lo demás. Los colegas y subordinados de la persona impulsada van retirándose poco a poco, uno tras otro, exhaustos, explotados, desilusionados... Lo más probable es que nos encontremos diciendo de un individuo así: "Trabajar con él es atroz; pero desde luego consigue que se hagan las cosas."

¡Y ahí está el problema! La persona impulsada consigue que se hagan las cosas, aunque para ello tal vez tenga que destruir a otros. El espectáculo no resulta nada atractivo. Sin embargo, lo irónico, y lo que no puede pasarse por alto, es que en casi todas las grandes organizaciones —religiosas y seculares— encontramos gente de este tipo en los puestos claves. Aun cuando llevan consigo la semilla del desastre en las relaciones, a menudo resul-

tan indispensables para la acción.

(6) *La persona impulsada tiende a ser muy capaz.* Considera cada esfuerzo como un juego en el que o se pierde o se gana. Naturalmente, una persona así piensa que debe ganar y quedar bien ante los demás. Cuanto más impulsado es un individuo, tanta mayor puntuación necesita para ganar. El triunfo le proporciona la evidencia que tan desesperadamente precisa, de que tiene razón, y de que es alguien valioso e importante. Por lo tanto, es muy probable que dicho individuo vea a otros como competidores o como enemigos a los que debe vencer —e incluso humillar— mientras avanza.

(7) *A menudo la persona impulsada tiene una ira volcánica,* capaz de hacer erupción en cuanto siente la oposición o la deslealtad. Esa ira puede desatarse si la gente discrepa, si ofrece alguna solución alternativa a cierto problema, o incluso si insinúa una ligera crítica.

La ira en cuestión tal vez no se manifieste en forma de violencia física, sino como brutalidad verbal: por ejemplo, mediante imprecaciones o insultos humillantes. También puede expresarse en actos de venganza, tales como despedir a alguien del trabajo, calumniarlo delante de sus iguales o simplemente negarle cosas que espera, tales como cariño, dinero e incluso compañerismo.

Un buen amigo mío cuenta que, en cierta ocasión se hallaba en un despacho, junto con varios colaboradores, mientras la directora del mismo —una mujer que llevaba quince años trabajando para la empresa— pedía una semana libre para estar con su bebé enfermo. Cuando el jefe denegó su petición, ella cometió el error de reaccionar llorosamente. Entonces él, al volverse y ver las lágrimas en sus ojos, le dijo ásperamente:

—Limpie su escritorio y lárguese de aquí. De todas formas no la necesito.

Una vez que la mujer hubo salido, el jefe se dirigió a los aterrados espectadores y expresó:

—Dejemos clara una cosa: Ustedes están aquí con el único fin de hacerme ganar dinero. ¡Si eso no les gusta, lárguense ahora mismo!

Es trágico que mucha buena gente que rodea a la persona impulsada esté más que dispuesta a sufrir el impacto de tal ira, a

pesar de que los hiere desesperadamente, razonando que el jefe o el líder consigue llevar a cabo las cosas, que es bendecido por Dios, o que nadie puede discutir con el éxito. A veces la ira y sus crueles efectos se aceptan sencillamente porque nadie tiene ni el valor ni la capacidad de hacerle frente al individuo impulsado.

Hace poco, alguien que forma parte de la junta directiva de una importante organización cristiana me habló de choques tenidos con el director ejecutivo, que incluían arranques de ira salpicados de extraordinarias imprecaciones y de palabras degradantes. Cuando le pregunté por qué los miembros de la junta aceptaban aquel tipo de comportamiento, que era frecuente y cuyo autor no estaba dispuesto a presentar excusas, él me dijo:

"Imagino que nos impresionaba tanto la forma en que Dios parecía utilizarlo en su ministerio público, que éramos reacios a hacerle frente."

¿Hay alguna otra cosa que valga la pena decir acerca de la persona impulsada, la cual ya parece totalmente desagradable? Sí, simplemente esto:

(8) *Por lo general, la gente impulsada está anormalmente atareada.* Esas personas se hallan demasiado ocupadas para dedicarse a las relaciones ordinarias del matrimonio, la familia, o las amistades, e incluso para sostener una relación consigo mismas —y no digamos con Dios. Ya que el individuo impulsado raras veces piensa que ha realizado bastante, aprovecha cada minuto disponible para asistir a más reuniones, estudiar más material e iniciar más proyectos. Actúa basado en el precepto de que una reputación de actividad es señal de éxito y de importancia personal. De modo que trata de impresionar a otros con una agenda repleta. Quizá hasta exprese un alto grado de autocompasión, lamentando la "trampa" de responsabilidad en que dice encontrarse y deseando en voz alta que hubiera algún posible alivio a la carga con que tiene que vivir. ¡Pero intente sugerirle una solución y verá!

La verdad es que lo peor que podría sucederles a tales personas sería que alguien les proporcionase una salida. Si se vieran de repente con menos trabajo no sabrían qué hacer consigo mismas. Para el individuo impulsado la actividad se convierte en un hábito, en una manera de vivir y de pensar. Le gusta quejarse de ella, que otros lo compadezcan, y probablemente no quisiera que

las cosas cambiasen. Pero dígaselo usted y verá cómo se enfurece.

Pues así es la persona impulsada —¡un cuadro no del todo atractivo! Lo que a menudo me inquieta cuando miro ese cuadro, es el hecho de que gran parte de nuestro mundo está en manos de gente impulsada. Hemos creado un sistema que descansa sobre los hombros de tales personas. Y cuando esto sucede en los negocios, en las iglesias y en los hogares, con frecuencia se sacrifica el crecimiento de la gente en aras de los logros y la acumulación.

Se sabe de ciertos pastores impulsados que han agotado a muchos ayudantes y líderes laicos por la necesidad que tenían de que sus organizaciones fueran las más grandes, las mejores y las más renombradas. Hay personas de negocios que dicen ser cristianas y gozan de una reputación de afabilidad en la iglesia, pero que actúan despiadadamente en la oficina, donde obligan y exprimen a la gente para sacarles la última gota de energía con el solo objeto de poder disfrutar ellas del gozo del triunfo, de la acumulación de bienes o de una reputación establecida.

Hace poco, cierto hombre de negocios se entregó a Cristo mediante el testimonio de un laico amigo mío. No mucho después de tomar la decisión de seguir a Jesús, le escribió una larga carta a quien lo había llevado al Señor. En ella contaba algunas de sus luchas debidas a su condición de persona impulsada. Yo pedí permiso para compartir una porción de dicha carta por lo bien que la misma representaba a tales personas. Esto fue lo que escribió el hombre en cuestión:

> Hace varios años me encontraba en un momento de gran frustración en mi vida. Aun cuando tenía una maravillosa esposa y tres hijos, en el trabajo me iba muy mal. Además, contaba con pocos amigos, sufría depresión, mi hijo mayor se había empezado a meter en dificultades —comenzaba a fallar en la escuela—, y en mi familia se respiraba una gran tensión e infelicidad. Por aquel entonces tuve la oportunidad de viajar a ultramar, donde permanecí trabajando para una compañía extranjera. Se trataba de una ocasión tan extraordinaria, desde el punto de vista económico y profesional, que la convertí en la prioridad número uno de mi vida, olvidándome de todos los demás valores. Hice muchas cosas equivocadas (entiéndase "pecaminosas") para avanzar en mi posición laboral y tratar de conseguir el éxito. Yo justificaba esos actos diciendo que sus consecuencias eran buenas para mi familia (que le traerían más dinero...), con lo cual me mentía a mí mismo y engañaba a los míos, actuando mal en muchos aspectos.
>
> Naturalmente, aquello se hizo intolerable para mi esposa, quien volvió a los Estados Unidos con los niños. Pero yo todavía estaba ciego a los problemas que tenía en mi interior. El éxito, mi salario, mi carrera, todo ello iba cada vez mejor. *Me hallaba encerrado en una jaula de oro*... [cursivas del autor]
>
> Mientras en lo externo sucedían muchas cosas maravillosas, dentro de mí lo estaba perdiendo todo. Tanto mi capacidad de razonar como de decidir se debilitaban; evaluaba continuamente las alternativas, repasando una y otra vez las distintas opciones y tratando siempre de escoger la que acrecentase al máximo mi éxito y mi carrera. En lo profundo de mi corazón sabía que algo andaba terriblemente mal. Asistía a la iglesia, pero las palabras no podían alcanzarme, estaba demasiado absorto en mi propio mundo.
>
> Por fin, hace varias semanas, después de un terrible incidente con mi familia, me dí por vencido ante mi manera de pensar y me fui a un hotel, donde pasé nueve días pensando en lo que debía hacer. Pero cuanto más pensaba, más inquieto me sentía. Comencé a darme cuenta de lo muerto que estaba en realidad; y de cuántas tinieblas había en mi vida. Y lo que era aún peor: no podía ver la forma de salir de aquello. Mi única solución consistía en huir y esconderme, en comenzar en algún otro sitio, en cortar con todo...

Esta brutal descripción de alguien que ha llegado hasta el fondo tiene, por fortuna, un final feliz, ya que no mucho tiempo después de aquella experiencia de los nueve días confinado en la habitación de un hotel, nuestro hombre descubrió el amor de Dios y la capacidad de El de producir un cambio profundo en su vida. Así, un hombre impulsado se convirtió en un *hombre llamado* —como lo denominaremos en el capítulo siguiente. Salió de su jaula de oro...

En la Biblia pocos personajes tipifican mejor al hombre impulsado que Saúl, el primer rey de Israel. A diferencia del relato anterior —que tuvo un final feliz—, éste acaba de un modo lamentable, ya que Saúl nunca logró salir de su jaula de oro. Lo único que hizo fue amontonar sobre sí tensiones cada vez mayores, y eso lo destruyó.

La manera en que la Biblia presenta a Saúl debería bastarnos para comprender que él tenía algunos defectos, los cuales, si no se

resolvían en su mundo interior, pronto lo harían perder el control de sí mismo.

> Había un varón de Benjamín, hombre valeroso, el cual se llamaba Cis, hijo de Abiel, hijo de Zeror, hijo de Becorat, hijo de Afía, hijo de un benjamita. Y tenía él un hijo que se llamaba Saúl, joven y hermoso. Entre los hijos de Israel no había otro más hermoso que él; de hombros arriba sobrepasaba a cualquiera del pueblo (1 Samuel 9:1, 2).

Al principio de su vida pública Saúl poseía tres características, no ganadas, que podían convertirse en ventajas o en serios impedimentos para él. El mismo tenía que decidir; y sus decisiones dependerían del orden diario que hubiera en su mundo interior.

¿Cuáles eran esas tres características? Primeramente, la riqueza; en segundo lugar, un aspecto atractivo; y tercero, un cuerpo grande y bien desarrollado. Todas esas cosas constituyen atributos del mundo público de la persona. En otras palabras, la primera impresión hacía de Saúl un hombre mejor que cualquier otro a su alrededor. Cada una de esas tres características externas atraían hacia él la atención de la gente y le proporcionaban ventajas inmediatas. Cada vez que pienso en los dones naturales de Saúl, me acuerdo de aquel presidente de banco que me dijo hace algunos años: "MacDonald, si tuvieras unos quince centímetros más de estatura podrías alcanzar mucho éxito en el mundo de los negocios." Y lo que era aún más importante, le daban una especie de carisma el cual hizo posible que consiguiera algunos éxitos tempranos, sin necesidad de adquirir sabiduría de corazón ni estatura espiritual. Saúl era simplemente un triunfador precoz.

A medida que la Biblia va revelando la historia de ése rey, se nos dicen otras cosas acerca de él, cosas que podían, ya sea ayudarlo a alcanzar el éxito, o contribuir a su fracaso final. Sabemos, por ejemplo, que Saúl tenía facilidad de palabra. Cuando se le brindaba la oportunidad de hablar a las multitudes, era elocuente. El monarca contaba con todo lo necesario para consolidar su poder y lograr el reconocimiento de la gente sin tener siquiera que desarrollar primero algún tipo de solidez en su mundo interior. Y allí estaba precisamente el peligro.

Cuando Saúl llegó al trono de Israel, disfrutó de un éxito inmediato excesivo. Eso al parecer, hizo que no fuera consciente de

que tenía ciertas limitaciones en su vida. El rey dedicó poco tiempo a sopesar su necesidad de otros, a cultivar una relación con Dios, o siquiera a afrontar sus responsabilidades para con el pueblo al que gobernaba. Las señales de un hombre impulsado comenzaron a aparecer.

Saúl se convirtió en un hombre atareado: veía mundos que se le antojaba que había que conquistar. Así, ante una inminente batalla con los filisteos —el gran enemigo de Israel por aquel entonces—, y teniendo que esperar en Gilgal al profeta Samuel para que acudiera a ofrecer los sacrificios necesarios, empezó a impacientarse y a ponerse irritable a causa de la tardanza del hombre de Dios. Saúl pensó que se estaba comprometiendo su agenda y que tenía que poner en marcha las cosas. ¿Qué remedio se le ocurrió? Ofrecer él mismo el sacrificio, y eso fue precisamente lo que hizo.

Aquello suponía una violación del pacto con Dios bastante seria. El ofrecer sacrificios era algo que hacían los profetas como Samuel, y no los reyes como Saúl. Pero Saúl lo había olvidado, creyéndose demasiado importante.

De allí en adelante, Saúl empezó a descender por una pendiente ininterrumpida: "Mas ahora tu reino no será duradero. Jehová se ha buscado un varón conforme a su corazón" (1 Samuel 13:14). Así es como acaba la mayoría de los hombres impulsados.

Despojado de toda bendición y ayuda que hasta entonces había recibido de Dios, Saúl empezó a revelar aún más su carácter impulsado. Pronto todas sus energías se consumían en aferrarse al trono, compitiendo con el joven David, quien había cautivado el corazón del pueblo de Israel.

La Escritura nos presenta varios ejemplos de la ira explosiva de Saúl, ira que lo condujo tanto a cometer ultrajes como a momentos de paralizadora compasión de sí mismo. Al final de su vida era un hombre descontrolado, que veía enemigos por todas partes. ¿Por qué? Porque desde el comienzo mismo había sido un impulsado que jamás cultivó el orden en su mundo interior.

Me pregunto cuál habría sido la puntuación de Saúl en la Tabla Holmes de la Tensión. Sospecho que lo habría colocado entre las posibles víctimas de la apoplejía y el ataque cardíaco. Pero Saúl nunca abordó el problema de su naturaleza impulsada, ni me-

diante algo semejante a una tabla de tensiones, ni afrontando simplemente las reprensiones internas que Dios hubiera querido que oyese en su mundo interior. Saúl no habría durado mucho entre los doce discípulos seleccionados por Jesús. Sus propias compulsiones eran demasiado fuertes. Lo mismo que lo había llevado a echar mano del poder y a no soltarlo, de volverse contra sus más fieles partidarios, lo había movido a tomar una serie de decisiones imprudentes. . . por último lo condujo a una muerte ignominiosa. Saúl fue el clásico hombre impulsado.

En la medida en que descubramos a Saúl en nosotros, deberemos trabajar en nuestro propio mundo interior, ya que una vida interior cargada de impulsos sin resolver no podrá reconocer la voz de Cristo cuando El llame. El ruido y el dolor de la tensión serán demasiado grandes.

Por desgracia, en nuestra sociedad abundan los saúles; hombres y mujeres atrapados en jaulas de oro, impulsados a acumular, que pugnan por ser reconocidos o por conseguir logros. Desafortunadamente, en nuestras iglesias también abundan estas personas impulsadas. Muchas congregaciones son fuentes secas; en vez de constituir manantiales de energía vitalizadora que hacen que la gente crezca y se deleite en la voluntad de Dios, llegan a ser causas de tensión. El hombre impulsado tiene un mundo interior desordenado. Su jaula puede que sea de lujoso color dorado, pero se trata de una trampa —dentro de ella no hay nada duradero.

4

La trágica historia de un holgazán con éxito

Si mi mundo interior está en orden es porque, habiéndome enfrentado a aquello que me impulsaba, aguardo sosegadamente el llamado de Cristo.

Cuando la pareja entró en mi oficina para la primera de una serie de visitas, se sentaron tan separados el uno del otro como pudieron. Era obvio que no se apreciaban, al menos en ese momento. Sin embargo, el programa consistía en salvar un matrimonio: el de ellos.

Según me explicaron, ella quería que él se marchara de casa. Cuando le pregunté por qué, me dijo que era la única forma de que hubiese un poco de paz o de vida normal para el resto de la familia. No se trataba de infidelidad, ni de otro asunto en particular. La mujer, sencillamente, no estaba dispuesta a vivir con su marido el resto de sus días, debido al temperamento y al sistema de valores de él.

Pero él no quería irse. Es más, según afirmaba, estaba asombrado de que su esposa hubiera llegado a tal conclusión. Después de todo, él proveía fielmente para su familia; poseían una casa grande situada en un vecindario de gente de alta categoría; los niños tenían cuanto querían. . . Resultaba difícil entender, seguía diciendo el hombre, por qué su esposa quería poner fin al matrimonio. Además, ¿acaso no eran ambos cristianos? El siempre había pensado que los cristianos no creían en cosas tales como el

divorcio o la separación. ¿Podía yo resolver su problema?

La historia fue saliendo a luz poco a poco, y quedó patente que el esposo era uno de esos hombres impulsados y la naturaleza impulsada de él le estaba costando el matrimonio, la familia y su propia salud física. Del lenguaje corporal de ambos yo podía deducir que su relación matrimonial estaba prácticamente muerta; y de las descripciones que hacían de las actitudes de sus hijos, que la familia se hallaba en ruinas. Por otra parte, era obvio que la salud de él estaba en peligro, ya que me hablaba de un montón de úlceras, jaquecas y de dolores de pecho ocasionales. La historia continuaba desenmarañándose.

Ya que el hombre tenía su propio negocio, gozaba de libertad para trabajar las horas que quisiera —diecinueve o veinte diarias—; y con tales responsabilidades, raramente asistía a ningún acontecimiento importante para sus hijos. Por lo general, se iba de casa por la mañana antes de que alguien se levantara, y en contadas ocasiones volvía antes que el más pequeño de los niños se hubiese acostado por la noche. Cuando se hallaba presente en una comida familiar, solía estar absorto y malhumorado. No era nada extraño que lo llamaran por teléfono a mitad de la cena, y que se quedara hablando durante el resto de la hora para resolver algún problema o cerrar determinada venta.

El admitió que en los conflictos era dado a una ira explosiva, y en las relaciones podía mostrarse áspero e intimidador. Si se veía envuelto en una situación social, por lo general la conversación lo aburría, y solía apartarse y beber demasiado. Al preguntarle qué amigos tenía, no pudo nombrar ninguno, salvo sus socios. Y cuando lo reté a que mencionara otras cosas importantes para él además de su trabajo, sólo pudo pensar en su auto deportivo, su lancha de motor y las entradas caras para asistir a los partidos de pelota durante la temporada de la liga. Cosas, no gente, para las cuales, irónicamente, estaba demasiado ocupado para disfrutarlas.

Se trataba de un hombre que no tenía casi ningún orden en su mundo interior. Todo en él era externo. Llevaba una vida, según lo admitía, formada por un lío de actividad y acumulación. Nunca pensaba que había hecho bastante; jamás ganaba lo suficiente para estar satisfecho. Cada cosa tenía que ser siempre mayor, mejor y más impresionante. ¿Qué era lo que lo impulsaba? ¿Podría haber algún día orden en su mundo interior?

Después de varias entrevistas, empecé a discernir un poco la fantástica fuente de energía que arrastraba a aquel hombre a una forma de vida que estaba destruyendo todo lo que había a su alrededor. En medio de una de nuestras conversaciones, le pregunté por su padre, y su talante se alteró súbita y dramáticamente. Cualquiera habría podido percibir que yo acababa de tocar repentinamente una cuestión altamente delicada.

Poco a poco fue saliendo a la luz una historia de relaciones tremendamente dolorosa. Pude saber que su padre había sido un hombre dado a las ridiculización y sarcasmo extremos, que con frecuencia le decía: "¡Eres un holgazán, y nunca dejarás de serlo!" Se lo había repetido tantas veces, que aquellas palabras llegaron a encenderse en el centro del mundo interior de ese joven como si se tratara de un cartel de gas neón.

El hombre que tenía ante mí, de poco más de cuarenta años de edad, había hecho inconscientemente un compromiso de por vida para refutar la calificación que su padre le había dado. De algún modo debía demostrar, con pruebas concluyentes, *que no era un holgazán*. Sin darse cuenta, aquello se había convertido en la preocupación esencial de su existencia.

Puesto que un estado de "no holgazanería" se equiparaba con el trabajo duro, elevados ingresos y una posición social de riqueza, estas cosas llegaron a formar el grupo de objetivos de ese hombre impulsado. El demostraría que era muy trabajador poseyendo un negocio propio y convirtiéndolo en el mejor de su sección en la *Guía telefónica*. Por otra parte, se aseguraría de que dicho negocio le produjera grandes sumas de dinero, aunque parte del mismo fuera "sucio" por la forma en que se había obtenido. Su gran casa, automóvil deportivo y las entradas a las mejores localidades del estadio serían negaciones mensurables de la acusación paterna de "holgazanería". Y así fue como mi visitante se convirtió en un hombre impulsado: impelido a conseguir el respeto y el amor de su padre.

Ya que los objetivos de ése hombre eran fundamentalmente externos, para él no había necesidad de cultivar un mundo interior. Las relaciones no tenían importancia; lo que contaba era

ganar. Tampoco era trascendente la salud espiritual, sino sólo la fuerza física. Ni resultaba necesario descansar, pero sí tener tiempo disponible para más trabajo. Por otro lado, la acumulación de conocimientos y de sabiduría no constituía un asunto relevante, pero sí lo eran las técnicas de venta y las innovaciones en el producto.

El pretendía que todo aquello tenía que ver con su deseo de proveer para los suyos. Pero, poco a poco comenzamos a descubrir juntos que en realidad lo que estaba tratando de hacer era ganarse la afirmación y aceptación de su padre. Quería oír a su padre decir por fin: "Hijo, me equivoqué por completo, ¡no eres un holgazán!"

Lo que hacía aún más extraño el asunto era que el padre tan difícil de agradar había muerto hacía varios años. Sin embargo, su hijo, de edad madura, seguía trabajando duro para que le diera su aprobación. Aquello que había comenzado como un objetivo, llegó a convertirse en un hábito que el hombre no podía romper.

¿POR QUE LA GENTE QUEDA IMPULSADA?

¿Por qué parece haber tantas personas impulsadas? Mi amigo es un ejemplo extremo de una de las razones, y típifica a aquellos que crecieron en un ambiente en que *jamás se oía la expresión "bien hecho"*. Cuando falta tal afirmación y aceptación, no es extraño en absoluto que el individuo ávido de respeto llegue a la conclusión de que una mayor cantidad de trabajo, más acumulación de símbolos del éxito, o la alabanza del mundo terminarán por convencer a la persona importante que ha retenido su aprobación para que diga: "Hijo (o hija), después de todo no eres un holgazán (o una holgazana); estoy tremendamente orgulloso de ser tu padre."

Mucha gente que ocupa posiciones de liderazgo tienen en común este tipo de trasfondo y de inseguridad. Algunos líderes parecen personas altamente benévolas, que hacen cosas buenas, y son alabados por sus desinteresadas y dedicadas acciones. Sin embargo, la razón puede ser que están impulsados por la esperanza de conseguir la aceptación y la aprobación de una sola persona importante de su pasado. Si no pueden obtener dicha aceptación, tal vez contraigan un apetito insaciable por los aplausos, la riqueza o el poder, procedentes de otras fuentes, en un esfuerzo por compensar la pérdida. No obstante, en esos casos raras veces se alcanza la satisfacción. Ello es debido a que su búsqueda tiene lugar en el mundo público, dejando vacío y necesitado el mundo interior —que es donde se encuentra realmente el mal de la persona.

Otra fuente de la que procede la naturaleza impulsada es *una experiencia temprana de grave privación o de vergüenza*. En su libro *Creative Suffering* (Sufrimiento creador) (Nueva York, EE.UU.: Harper & Row, 1983), Paul Tournier señala que en el transcurso de los siglos pasados un enorme número de líderes políticos mundiales han sido huérfanos. Los mismos, habiendo crecido en un contexto de pérdida personal en lo referente a un estrecho amor paterno o materno, o a la intimidad emocional, tal vez hayan buscado como experiencia compensatoria el abrazo de las multitudes. Detrás de su gran impulso por conseguir el poder, tal vez se halle una simple necesidad de amor. Pero, en vez de satisfacer esa necesidad mediante la ordenación de su mundo interior, han escogido buscar la solución en el ámbito exterior.

La gente impulsada puede también venir de trasfondos en los que hubo un sentimiento de gran vergüenza o confusión. En su libro de extraordinario candor *The Man Who Could Do No Wrong* (El hombre que no pudo hacer mal) (Lincoln, Va., EE.UU.: Chosen Books, 1981), el pastor Charles Blair describe su propia infancia que transcurrió durante el tiempo de la Depresión en Oklahoma. Recuerda con dolor su tarea diaria de llevar la leche gratuita suplida por el Gobierno desde la estación de bomberos local hasta su casa. Al llevar el cubo de leche por la calle, tenía que aguantar lo que para él era una burla grosera de parte de los muchachos de su edad. De la angustia de tales momentos, surgió la decisión de que llegaría el día en que nunca más volvería a cargar un simbólico cubo de leche —que representaba para él algo sumamente indigno.

Blair cuenta el relato de un inolvidable regreso a casa desde la escuela, acompañado de cierta chica por la que él se sentía fuertemente atraído. Durante la caminata apareció de repente un muchacho que montaba una bicicleta nueva y reluciente; se puso al lado de ellos, y ofreció a la chica darle un paseo. Ella sin vacilar

saltó la parrilla del guardafango trasero de la misma y partió con el otro dejando atrás a Blair. La humillación de aquel momento hizo que el joven determinara en silencio que algún día él llegaría a tener el equivalente de aquella relumbrante bicicleta: los medios con los cuales impresionar que merecieran la atención y la lealtad de otros.

Y aquellas resoluciones de Charles Blair quedaron grabadas en su vida como con fuego, convirtiéndose en la causa del carácter impulsado que más tarde, según su propio relato, habría de traicionarlo. En el futuro necesitaría poseer el automóvil más atractivo, dirigir la iglesia más grande y hermosa, y vestirse con la ropa más elegante. Estas cosas demostrarían que había logrado salir de la Depresión de Oklahoma: que él no era insignificante, ni pobre. . . ¡Podía probarlo! ¡Miren!

Charles Blair huía de algo, y eso quería decir que tenía que correr hacia algo. Aunque sus impulsos estaban revestidos de toda clase de motivos espirituales impresionantes, y a pesar de que tenía un ministerio extraordinariamente efectivo, en lo profundo, en el centro de su ser, había heridas del pasado que no había cicatrizado. Y ya que esas heridas constituían una causa de desorden en su mundo interior, volvían para atormentarlo, afectando sus opciones y valores y cegándolo en cuanto a lo que en realidad estaba sucediendo en un momento decisivo de su vida. ¿Cuál fue el resultado de esto? Un grave desastre: fracaso, vergüenza y humillación pública.

Pero hay que añadir que Charles Blair se recuperó. Eso, por sí solo, indica que hay esperanza para las personas impulsadas. Blair, el individuo *impulsado* de años atrás, que huía de la vergüenza, es ahora un hombre *llamado* que merece la admiración de sus amigos. Considero su libro uno de los más importantes que he leído jamás, y la lectura del mismo debería ser requerida de toda persona que ocupa un puesto de liderazgo.

Por último, *algunas personas simplemente se crían en un ambiente en el cual ser impulsado constituye una forma de vida.* En su libro *Wealth Addiction* (Adicción de riquezas), Philip Slater describe detalladamente el trasfondo de varios multimillonarios actuales, y en casi todos los relatos que presenta hay una indicación de que, siendo niños, dichos individuos convirtieron la acumulación de cosas y la conquista de personas en su diversión. Pocas veces, si es que alguna, jugaban con el mero objeto de divertirse o de hacer ejercicio. Lo único que sabían hacer era ganar, acumular. En eso consistía la actividad de sus padres, y por lo tanto dieron por hecho que se trataba de la única forma de vivir. De modo que el impulso de hacerse ricos y poderosos comenzó en sus años más tempranos.

Para tales personas, un mundo interior ordenado tiene poco significado, y lo único que merece su atención es el mundo público, donde las cosas se pueden medir, admirar y utilizar.

Naturalmente, la gente impulsada procede de otros muchos ambientes; éstos no son sino algunos ejemplos. Pero en todos los casos una cosa resulta cierta: los individuos impulsados jamás gozarán de la tranquilidad de un mundo interior ordenado. Sus principales objetivos son todos externos, materiales y mensurables. Ninguna otra cosa parece real ni tiene demasiado sentido para ellos. Y deben aferrarse a los mismos, como fue el caso de Saúl, quien consideró que el poder era más importante que la integridad de una amistad con David.

Dejemos bien claro que cuando hablamos de individuos impulsados, no estamos pensando meramente en personas de negocios altamente competentes o en atletas profesionales. Estamos considerando algo mucho más extendido que la adicción al trabajo. Cualquiera de nosotros puede mirar introspectivamente y descubrir de repente que *el ser impulsado constituye su forma de vida.* Es posible estar impulsados por la búsqueda de una mayor reputación cristiana, de una experiencia espiritual dramática o de una forma de liderato que sea más bien un dominio de la gente que un servicio a ella. Una ama de casa puede ser una persona impulsada, como también un estudiante, cualquiera de nosotros puede serlo.

HAY ESPERANZA PARA EL INDIVIDUO IMPULSADO

¿Puede cambiar la persona impulsada? Desde luego que sí. El cambio empieza cuando dicha persona le da frente al hecho de que está obrando por impulsos, y no según un llamamiento. Por lo general ese descubrimiento se hace bajo la cegadora y escudri-

ñadora luz de un encuentro personal con Cristo. Como pudieron experimentar los Doce, una audiencia con Jesús a lo largo de cierto tiempo revela todas las raíces y las expresiones de una vida impulsada.

Para hacer frente a su carácter impulsado, uno debe empezar por evaluar sin compasión sus propios motivos y valores, como se vio obligado a hacer Pedro en su encuentro con Jesús. La persona que busca alivio de su naturaleza impulsada, verá que es sabio escuchar a consejeros y críticos que nos hablan las palabras de Cristo en la actualidad.

Puede que dicha persona deba humillarse o renunciar a algo o disciplinarse en cuanto a algunas costumbres —cosas que no sean forzosamente malas, pero que hayan tenido importancia para toda una serie de razones equivocadas.

Tal vez el individuo impulsado deba perdonar a algunos de los que en el pasado jamás le brindaron la clase de afecto y afirmación adecuadas —y probablemente eso no sea sino el comienzo.

En sus años precristianos, el apóstol Pablo era una persona impulsada, y como tal estudió, se asoció, logró, defendió y fue aplaudido. El ritmo al que estaba actuando poco antes de convertirse era casi patológico: se sentía impulsado hacia alguna meta engañosa. Más tarde, cuando pudo mirar atrás hacia aquel estilo de vida con todas sus compulsiones, dijo del mismo: "Eso no tenía valor alguno."

Pablo fue un individuo impulsado hasta que Cristo lo llamó. Uno saca la impresión de que, en el camino de Damasco, cuando el apóstol cayó de rodillas ante el Señor, su mundo interior debió experimentar un estallido de alivio. ¡Qué cambio tan notable, de los impulsos que lo habían empujado hacia Damasco, en un intento de acabar con el cristianismo, a ese momento conmovedor en el que, plenamente sometido, preguntó a Jesucristo: "Señor, ¿qué quieres que yo haga?"! Aquel hombre impulsado se había convertido en un hombre llamado.

Eso mismo hubiera deseado yo para el hombre que vino a hablar conmigo acerca de la exigencia de su esposa de que abandonara el hogar. Vez tras vez conversamos acerca de su insaciable deseo de triunfar, de ganar dinero, de impresionar. En unas pocas ocasiones pensé que él estaba captando el mensaje, y me permití

la convicción de que progresábamos. En realidad yo creía que acabaría trasladando el centro de su vida, del aspecto público al interior de su mundo.

Casi podía verlo arrodillándose ante Cristo, ofreciéndole su carácter impulsado y siendo lavado por completo de todos aquellos recuerdos antiguos y terriblemente dolorosos de un padre que había arrojado en el mundo interior de su hijo ese complejo de "holgazanería". ¡Cuánto deseaba que mi amigo —aquel holgazán con éxito— se viera como un discípulo llamado por Cristo, y no como alguien impulsado a alcanzar logros a fin de demostrar lo que fuese.

Pero eso jamás ocurrió; y con el tiempo no nos comunicamos más. Lo último que supe de él fue que su carácter impulsado le había costado todo cuanto tenía: familia, matrimonio, negocio, ya que lo condujo derecho a la tumba.

5

Así viven los que son llamados

Si mi mundo interior está en orden, es porque me considero un mayordomo de Cristo, y no dueño de mi propósito, de mis obligaciones e identidad.

En su libro *A Casket of Cameos* (Un joyero de camafeos), F.W. Boreham reflexiona sobre la fe del Tío Tom, el personaje de Harriet Beecher Stowe. Tom, el anciano esclavo, había sido arrancado de su viejo hogar en Kentucky y puesto en un vapor que se dirigía a lugares desconocidos. Era un terrible momento de crisis, y al respecto, Boreham comenta: "La fe del tío Tom se tambaleaba. Le parecía realmente que al dejar a la tía Cloé, a los niños y a sus viejos compañeros, dejaba también a Dios."

Pero, quedándose dormido, el esclavo tuvo un sueño: "Soñó que estaba de vuelta en casa, y que la pequeña Eva le leía la Biblia como antaño. Podía oír la voz de la niña, que decía: 'Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo. . . Porque yo Jehová, Dios tuyo, el Santo de Israel, soy tu Salvador.'" Y Boreham continúa:

> Poco después, el pobre Tom se retorcía bajo el látigo cruel de su nuevo dueño. "Pero —expresa la señora Stowe— *los latigazos caían sólo sobre el hombre exterior, y no sobre el corazón, como antes.* El viejo esclavo permaneció sumiso; y, sin embargo, Legree no pudo sustraerse al hecho de que el poder que tenía sobre su víctima se había esfumado. Al desaparecer Tom en su cabaña, y al hacer girar Legree súbitamente a su caballo en redondo, por la mente del tirano pasó uno de esos vívidos destellos que con frecuencia envían el relámpago de la conciencia a través del alma

> negra y perversa. Legree comprendió muy bien que era Dios quien se interponía entre él y Tom, ¡y maldijo a Dios!" (Cursivas mías.)

LA PERSONA LLAMADA

Al comparar a los individuos *impulsados* con los *llamados*, lo que vamos buscando es esa característica de la certidumbre. La gente impulsada tiene la confianza de contar con dicha característica mientras avanza con ímpetu y firmeza; pero, a menudo, en el momento menos esperado, los acontecimientos hostiles conspiran contra ellos y puede ocurrirles un colapso. Las personas llamadas, por el contrario, tienen una fortaleza interior, una perseverancia y un poder impenetrables a los golpes externos.

Los que han sido llamados pueden venir de los lugares más extraños y tener las aptitudes más originales. Tal vez sean los que pasan inadvertidos, los menospreciados, los poco atractivos. Considérese de nuevo a los hombres que Cristo escogió: pocos de ellos, si es que alguno, habrían sido candidatos a los altos cargos en la religión organizada o en el mundo de los negocios. No es que se tratara de individuos extraordinariamente desmañados, sino simplemente de nivel ordinario. Pero Jesús los llamó, y eso cambió todo.

En vez de vivir según sus impulsos, algunos son atraídos hacia el Padre que los llama haciéndoles señas con la mano. Tales llamadas se oyen por lo general, en el contexto de un mundo interior ordenado.

JUAN: RETRATO DE UN HOMBRE LLAMADO

Juan el Bautista es ejemplo de un hombre llamado por Dios. Tuvo la audacia de decir a sus compatriotas judíos que debían dejar de justificarse a sí mismos basados en su sentimiento de superioridad como raza, y afrontar la necesidad que tenían de un arrepentimiento moral y espiritual. El bautismo, afirmaba él, daría testimonio de la autenticidad de su contrición. No es extraño que nadie tuviera una postura neutral en cuanto a Juan. ¡El no se andaba con rodeos! Era alguien a quien se amaba o se odiaba. Uno de los de este último tipo terminó cortándole la cabeza. ¡pero

no antes de que él acabase su obra!

Juan, el hombre llamado, ofrece un notable contraste con Saúl, el impulsado. Juan parece haber tenido desde el principio mismo un claro sentido de destino, resultado de la asignación celestial que brotaba de las profundidades de su ser. Se puede percibir el contraste entre Saúl y él, del modo más vivo, cuando la identidad personal y el sentido de seguridad profesional de ambos se ven atacados. Como se recordará, Saúl, el hombre impulsado, reaccionó violentamente desenfrenándose contra los que creía que eran sus enemigos, al convencerse de que la preservación de su autoridad y la supervivencia de su posición dependían únicamente de él.

Pero el caso de Juan es diferente. Obsérvelo cuando le llegan las noticias de que su popularidad puede estar al borde de un serio declive. Para dar un poco de emoción al asunto, permítame sugerir que Juan se halla a punto de perder su empleo. El relato que tengo en mente comienza después de que Juan ha presentado a Cristo a las multitudes y que éstas han empezado a transferir su afecto al "Cordero de Dios" (Juan 1:36). Entonces se le hace ver a Juan que el gentío, e incluso algunos de sus propios seguidores, están acudiendo a Jesús, escuchando su enseñanza y siendo bautizados por sus discípulos. Se recibe la impresión de que aquellos que llevaron a Juan las noticias del descenso de su fama, esperaban tener la oportunidad de verlo reaccionar de un modo negativo. Pero no se les dio esa oportunidad; él les falló.

> Respondió Juan y dijo: No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él. El que tiene la esposa, es el esposo; mas el amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así pues, este mi gozo está cumplido. Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe (Juan 3:27–30).

LOS LLAMADOS COMPRENDEN LO QUE ES LA MAYORDOMIA

Fíjese en el concepto que Juan tenía de la vida como una cuestión de mayordomía. Sus interlocutores basaron aquella pregunta en la suposición de que antes las multitudes le *pertenecían* a él, que él las había ganado con su carisma. Si eso era cierto, Juan estaba perdiendo algo: su estrellato profético.

Pero Juan el Bautista no compartía en absoluto aquella perspectiva. El nunca había poseído nada, y mucho menos a las multitudes. Pensaba como un mayordomo, y ésa es la característica de la persona llamada. El trabajo de mayordomo consiste simplemente en administrar debidamente algo para el propietario, hasta que éste viene a recuperarlo. Juan sabía que, en primer lugar, el gentío que lo dejaba por Cristo, no había sido nunca suyo. Dios lo había puesto bajo su cuidado durante un período de tiempo, y ahora lo recobraba. Aparentemente a Juan no le importaba aquello.

¡Qué gran diferencia entre él y el impulsado Saúl, quien suponía que el trono de Israel le pertenecía y podía hacer con él lo que se le antojase! Cuando alguien posee algo, debe sujetarlo bien y protegerlo. Pero Juan no veía las cosas de esa manera. De modo que cuando Cristo vino a reclamar las multitudes, él estuvo en*cantado de devolvérselas.*

El concepto que Juan tenía de la mayordomía pone ante nosotros un importante principio contemporáneo, ya que las multitudes pueden ser nuestra profesión, nuestras posesiones, nuestros dones naturales y espirituales, nuestra salud. . . ¿Poseemos estas cosas, o simplemente las administramos en nombre de Aquel que nos las ha dado? La gente impulsada considera que son suyas; los llamados no. Cuando los individuos impulsados pierden dichas cosas, sufren una crisis importante; si son los llamados los que las pierden, nada cambia para ellos: su mundo interior permanece igual, o incluso más vigoroso.

Los llamados saben exactamente quienes son

Una segunda característica de los individuos llamados puede verse en la conciencia que tenía Juan de su propia identidad. "Como recordarán —dijo a la gente—, les he dicho a menudo que yo no soy el Cristo." Este conocimiento de quién *no* era, constituía el principio de su conocimiento quién era en realidad. Y él no albergaba ilusiones en cuanto a su identidad personal —ésta ya

había sido establecida en su vida interior.

Por el contrario, aquellos cuyo mundo interior se encuentra en desorden tienden a experimentar confusión acerca de su identidad. Pueden tener una creciente incapacidad para separar el *papel* que realizan de la *persona* que son. Por esta razón, a los individuos que han ejercido gran autoridad les resulta muy difícil renunciar a ella, y a menudo luchan hasta la muerte por conservarla. Esta es también la causa de que muchos hombres y mujeres tengan dificultad en aceptar la jubilación. Y ayuda asimismo a comprender por qué una madre puede sufrir de depresión una vez que su último hijo deja el hogar.

Debemos sopesar cuidadosamente este tema de la identidad, ya que es de actualidad. A Juan le habría sido fácil aprovecharse de la credulidad de las multitudes durante aquellos días tempranos en que gozaba de popularidad, o dejarse seducir por los aplausos de las mismas. El hecho de que la gente estuviera transfiriendo la lealtad que tenía a los sacerdotes de Jerusalén a su propia persona, podría haberlo sobrecargado de arrogancia y ambición. Habría sido bastante sencillo para él asentir a las preguntas de si era el Mesías o no.

Se puede muy bien imaginar a alguien menos íntegro que Juan diciendo en un momento de tentación: "Bueno, yo no había pensado en ello de la manera en que ustedes lo plantean, pero quizá tengan razón: hay algo mesiánico en mi persona. ¿Por qué no suponemos simplemente que yo soy el Cristo, a ver qué sucede?"

Si Juan el Bautista hubiera sido así, probablemente habría conseguido que se creyeran el engaño durante algún tiempo. Pero el auténtico Juan ni siquiera intentaría tal cosa. Su esfera interna estaba demasiado bien ordenada como para no haber comprendido las terribles implicaciones de una identidad desplazada.

Si hubo algún momento en que la alabanza de la multitud se hizo ensordecedora, la voz de Dios, brotando del interior de Juan el Bautista, fue aún más fuerte. Y esa voz hablaba de modo más convincente, porque Juan había ordenado primero su mundo interior allá en el desierto.

No se debe subestimar la importancia de este principio. Actualmente, en nuestro mundo orientado hacia los medios de comunicación, muchos líderes capaces y con talento se enfrentan a

la constante tentación de empezar a creerse el texto de sus propios comunicados publicitarios. Y si lo hacen, una fantasía mesiánica irá infectando gradualmente su personalidad y su estilo de liderazgo. Al olvidar lo que no son, comienzan a distorsionar su verdadera identidad. ¿Qué ha sucedido? Se han vuelto demasiado ocupados, y no tienen tiempo para ordenar su mundo interior en el desierto. Las necesidades de la organización se hacen excesivamente abrumadoras; las alabanzas de sus seguidores se tornan demasiado fascinantes. Y así, en el furibundo estilo de la vida pública, se ahoga la voz llamadora de Dios.

Los llamados poseen un firme sentido de propósito

Un tercer vistazo a la extraordinaria respuesta de Juan a sus interlocutores, revela que el profeta del desierto también comprendía el propósito de su actividad como precursor de Cristo. Y ésta es otra dimensión de la calidad de llamado. Para aquellos que le preguntaban respecto de sus sentimientos acerca de la creciente popularidad del Hombre de Nazaret, Juan el Bautista comparó su propósito con el del padrino de una boda: "El que tiene la esposa, es el esposo; mas el amigo del esposo [es decir, Juan], que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo" (Juan 3:29) (Corchetes del autor). El propósito del padrino es simplemente estar al lado del novio y asegurarse de que toda la atención se centre en él. Dicho padrino sería un necio si, en medio de la marcha nupcial, se volviera de repente hacia los invitados y comenzara a cantar una canción o a decir un monólogo humorístico. El padrino cumple su propósito del modo más admirable cuando no atrae en absoluto la atención sobre sí mismo, sino que la enfoca en los novios.

Y eso fue lo que hizo Juan el Bautista. Si Jesucristo era el esposo, según la metáfora de Juan mismo, entonces él estaba comisionado a no ser más que el padrino de boda. En eso consistía el propósito que emanaba de su llamamiento, y él no deseaba aspirar a nada más. Por lo tanto, el ver a la gente dirigirse hacia Cristo era la única afirmación que Juan necesitaba: su propósito se había cumplido. Pero sólo los llamados como ese hombre pueden descansar sin temor en tales circunstancias.

Los llamados comprenden el cometido inquebrantable

Por último, Juan, como llamado, entendía también el significado del cometido. A los que lo habían interrogado acerca de su actitud, dijo: "Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe" (Juan 3:30). Ninguna persona impulsada podría haber contestado como contestó Juan el Bautista, ya que la gente impulsada tiene que seguir recibiendo más y más atención, más y más poder, más y más bienes materiales. Las seducciones de la vida pública lo habrían guiado a una postura competidora, pero la voz interna de su llamamiento original al compromiso hablaba más fuerte. Lo que Juan había comenzado —la presentación de Cristo como el Cordero de Dios— ya había sido cumplido. Tras realizar aquella referencia, Juan se sentía satisfecho y listo para retirarse.

Son cualidades como éstas —el sentido de mayordomía de Juan, su conciencia de quién era, la perspectiva que tenía de su obligación y su compromiso inquebrantable— las que caracterizan a una persona llamada. Esas también son las características de un individuo que edifica primeramente en su mundo interior, a fin de que de éste fluyan manantiales de vida.

¡Cuán distintas fueron las vidas del rey Saúl y de Juan el Bautista! El primero procuró defender una jaula de oro, y perdió; el segundo se contentó con un lugar en el desierto y con una oportunidad de servir, y ganó.

Paz y gozo

En la vida de Juan el Bautista hay toda clase de cualidades especiales dignas de ser admiradas. En ella vemos una *tranquila paz* que no está relacionada con la seguridad de una profesión. A menudo dedico tiempo a personas cuyas carreras han fracasado de repente, por diversas razones, y se convierten en "casos perdidos". Esas circunstancias revelan que quizá su vida estuviera construída sobre una base profesional, en vez de sobre la firmeza y la estabilidad de un mundo interior en el que Dios habla.

Juan manifiesta también un tipo de *gozo* que no debe confundirse con la versión moderna de la felicidad —un estado sentimental que depende de que todo salga bien. Cuando otros pensaban que a él tal vez le preocuparía el terminar como un fracasado, pudieron ver que en realidad estaba bastante satisfecho a pesar de que lo estaba abandonando su auditorio. Alguna gente de la generación de Juan quizá no hubiera pensado así, pero él tenía tal seguridad porque las valoraciones que hacía se basaban primeramente en su mundo interior, donde se pueden formar valores reales en concierto con Dios.

Juan era verdaderamente un hombre llamado, y ejemplifica lo que Stowe quería decir cuando escribió que los latigazos de Simón Legree caían sólo sobre el hombre exterior del tío Tom, pero no sobre su corazón. Algo se interponía entre Juan y la evidencia pública de que podía ser un fracasado. Era la incuestionable realidad del llamamiento divino que Juan el Bautista había oído en su mundo interior. Esa voz se elevaba por encima de cualquier otro sonido. Era una voz que procedía de un lugar tranquilo y ordenado.

COMO SER LLAMADO

Cuando uno contempla con admiración a Juan el Bautista, la pregunta obvia es cómo llegó a ser así. ¿Cuál fue la fuente de su determinación, su fortaleza, su firme capacidad de mirar los acontecimientos con una óptica totalmente distinta a la de los demás? Una ojeada a su trasfondo nos ayudará a examinar la estructura y la naturaleza de su vida interior.

Si hay algo que puede empezar a hacernos comprender a Juan, es sin duda la clase de padres que tuvo, y que lo moldearon desde su más tierna infancia. La Escritura deja claro que Zacarías y Elisabet eran personas piadosas que tenían una sensibilidad extraordinaria al llamamiento de su hijo, el cual les había sido revelado por medio de la aparición de un ángel. Ellos, a su vez, desde los primeros años del niño empezaron a infundir en su alma ese destino. No sabemos mucho de la vida familiar de Juan el Bautista después de su nacimiento, pero sí sabemos que sus padres se caracterizaban por una integridad, piedad y perseverancia extraordinariamente grandes.

Probablemente Zacarías y Elisabet murieron cuando Juan era todavía muy joven. Lo cierto es que cuando las Escrituras vuelven

a poner de relieve a Juan, él está viviendo solo, en el desierto, separado de la sociedad a la que más tarde hablaría como profeta.

> En el año décimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisanias tetrarca de Abilinia, y siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y él fue por toda la región contigua al Jordán, predicando el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados (Lucas 3:1–3).

Estas palabras contienen una idea desafiante: César estaba en Roma haciendo las cosas importantes que solían hacer los césares; Anás y Caifás se encontraban en el templo de Jerusalén manteniendo el orden religioso; y otras personalidades políticas iban y venían por lugares públicos participando en acontecimientos aparentemente dignos de ser noticia. Sus ambientes eran esos mundos impresionantes del poder, la notoriedad y las relaciones humanas influyentes.

Pero *la palabra de Dios vino a Juan*, un hombre insignificante que vivía en el más insignificante de los lugares: un desierto. ¿Por qué a Juan? ¿Y por qué en un desierto?

Vienen a mi memoria unas palabras de Herbert Butterfield que me han impresionado profundamente:

> No es nada extraño encontrar, tanto en la historia como en la vida, gente relativamente inculta que parece haber descubierto grandes profundidades espirituales. . . mientras que hay muchas personas muy educadas de quienes uno saca la impresión de que están realizando con su mente ingeniosas payasadas a fin de tapar un inmenso vacío interior.

¿Por qué Juan? Principalmente porque Dios lo llamó y él respondió a su llamado. Ese llamado exigía sumisión a la voluntad y los métodos del Señor, así como al criterio que El tenía del éxito. Juan el Bautista estaba dispuesto a aceptar esos términos, sin importarle el precio que tendría que pagar por ello en dolor o en soledad.

¿Y por qué un desierto? Tal vez porque en los desiertos la gente puede oír palabras y meditar sobre cosas que no se oyen fácilmente, o acerca de las cuales no se piensa, en las bulliciosas ciudades, en las que las personas, por lo general, están atareadas, rodeadas de ruido, e impregnadas de engreimiento. A veces en las ciudades la estridencia de la vida pública es tan grande, que resulta imposible oír el susurro de la voz de Dios; o la gente es demasiado orgullosa para escuchar al Señor en medio de todos sus rascacielos de acero y hormigón, de sus luminosos teatros, o de sus iglesias fabulosas.

Dios atrajo a Juan al desierto, donde pudiera hablarle, y allí empezó a grabar en el mundo interior del hijo de Zacarías impresiones que le proporcionaron una perspectiva completamente distinta acerca de su época. En ese desierto, Juan obtuvo una nueva visión de la religión, del bien y del mal, de los propósitos de Dios para la historia. También adquirió sensibilidad y valor especial que habrían de prepararlo para su extraordinaria tarea: presentar al Cristo a su generación. Su mundo interior se iba formando en el desierto.

La Palabra de Dios vino a Juan en el desierto. Qué extraño sitio para que Dios hablara. ¿Qué se puede aprender en los desiertos? Yo me siento inclinado a apartarme de tales lugares; a desviarme de ellos siempre que puedo. Para mí, los desiertos significan dolor, aislamiento y sufrimiento —¡y a nadie le gusta eso! Los desiertos son sitios difíciles en que vivir, tanto física como espiritualmente. Pero el hecho ineludible es que, virtualmente, las mayores lecciones se aprenden en esos lugares si es que uno, en medio de la lucha, dispone su oído al llamado de Dios.

En los desiertos se aprende acerca de la *sequedad*, ya que ésos son lugares secos. Allá, Juan aprendería no sólo a soportar la aridez del desierto, sino también, indudablemente, a apreciar la aridez espiritual de la gente a la cual tendría que hablarle en el Jordán.

En un desierto, se aprende a *depender* del Señor. La vida allá, como habían descubierto los hebreos siglos atrás, no puede sostenerse sin la benevolencia de un Dios misericordioso. Sólo el individuo que ha sufrido penalidades semejantes sabe lo que es abandonarse completamente a las manos divinas, porque no hay otra cosa que se pueda hacer.

Sin embargo los desiertos tienen una faceta un poco más luminosa también: la de proporcionar un sitio donde se está libre

para pensar, planear y preparar. Luego, en el momento señalado, se sale con energía del sequedal a semejanza de Juan, provisto de un mensaje; con palabras que sacan a luz la hipocresía y la superficialidad. Se tocan temas que llegan cual espada a las insondables profundidades del espíritu humano, y una nueva generación de personas conoce al Cristo de Dios.

Una persona puede ser llamada, en el desierto. Juan al enfrentarse con resolución, primero a sus críticos, y luego al rabiosamente defensivo Herodes, cuya vida de inmoralidad reprendió, comenzó a revelar esa cualidad única que es el llamamiento. Usted puede verlo en la serenidad con que se desenvolvió en su actuación profética. Algo especial obraba en el interior de Juan el Bautista, proporcionándole una base independiente de juicio y de sabiduría. Pocos pudieron resistir su mensaje.

¿Qué composición tenía ese mundo interior que se formó en Juan en el desierto? Hablando con franqueza, los escritores bíblicos no nos dan muchas respuestas. Simplemente se nos invita a considerar la evidencia de una vida interior ordenada. Juan es un modelo del producto que estamos buscando. En un mundo público donde todo parece caótico y desordenado, él se mueve con seguridad.

¿Nos han enseñado algo Saúl, Juan y mi amigo el "holgazán con éxito"? Creo que el mensaje de ellos es claro: "Mira dentro de ti —nos dicen—. ¿Qué es lo que te hace funcionar? ¿Por qué estás realizando todo eso? ¿Qué resultados esperas conseguir? ¿Cuál sería tu reacción si todo eso te fuera quitado?

Miro dentro de mi mundo interior y descubro que casi todos los días tengo que luchar con el dilema de si voy a ser como Saúl o como Juan. Viviendo en un mundo competidor en que el logro lo significa casi todo, me sería fácil unirme a Saúl, ser impulsado a aferrarme, a proteger, a dominar. Podría incluso descubrir que estoy haciendo ese tipo de cosas mientras me digo a mí mismo que estoy realizando la obra de Dios. Pero la tensión que ello produce puede llegar a ser demasiado grande.

Luego, hay días en los que podría ser como Juan. Habiendo escuchado el llamado de Dios, puedo saber cuál es mi misión. Esto puede exigir valor y disciplina, naturalmente, pero ahora los resultados están en las manos de Aquel que llama. Si crezco o menguo es cosa suya, no mía. El ordenar mi vida según mis propias expectativas y las de los demás, y el valorarme de acuerdo con las opiniones de otros, pueden sembrar el caos en mi mundo interior. Pero el actuar basado en el llamamiento de Dios es disfrutar de una buena medida de orden interior.

SEGUNDA PARTE:
EL USO DEL TIEMPO

6

¿Ha visto alguien mi tiempo? ¡Lo he perdido!

Si mi mundo interior está en orden, es porque he tomado la determinación diaria de considerar el tiempo como un regalo de Dios, digno de ser invertido cuidadosamente.

En cierta ocasión di una conferencia a un grupo de pastores en la que mencioné varios libros que yo había leído hacía poco, y una vez terminada la misma, un joven ministro me preguntó: ¿De dónde ha sacado usted el tiempo para leer todos esos libros? Cuando entré en el pastorado, yo estaba seguro de que también podría hacer esa clase de lectura, pero llevo semanas enteras sin leer nada en absoluto. ¡Me encuentro demasiado ocupado!"

Hablamos brevemente acerca de la disciplina de la lectura, y la conversación empezó a derivar hacia otros aspectos de su vida personal. El joven pastor compartió conmigo que se sentía culpable en cuanto a sus devocionales, los cuales eran casi inexistentes. Admitió, asimismo, que hacía mucho que no pasaba nada que se pareciera a un rato verdaderamente fructífero con su esposa, y se lamentaba de que sus sermones eran por lo general deficientes, según su propia evaluación.

Al final de nuestra conversación, el ministro reconoció que su fracaso incluso en leer un libro era sólo indicio de una lucha todavía más profunda: —Francamente hablando —expresó—, me encuentro totalmente desorganizado y no logro hacer nada que valga la pena.

Simpatizo mucho con ese joven y con su confesión. Hubo un tiempo en mi propia vida en el cual yo hubiera podido decir lo mismo que él. Por otra parte, no creo que ninguno de los dos nos habríamos quedado solos si en aquella conferencia nuestros colegas hubiesen sido sinceros. El mundo está lleno de gente desorganizada que ha perdido el control de su tiempo.

Comentando sobre la indisciplinada vida de Samuel Taylor Coleridge, William Barclay escribió:

> Coleridge es la tragedia suprema de la indisciplina. Nunca una mente tan magnífica produjo tan poco. Abandonó la Universidad de Cambridge para alistarse en el ejército; luego lo dejó porque no podía almohazar un caballo; volvió a la Universidad de Oxford y salió de allí sin haber obtenido ningún título. Comenzó a publicar un periódico llamado *The Watchman* (El vigilante), cuya vida se limitó a sólo diez números.
>
> De Samuel Taylor Coleridge también se ha dicho que "se perdía en visiones de trabajo que necesitaba hacerse, y que siempre quedaba sin hacerse." Coleridge tenía todos los dones poéticos menos uno: el de concentrarse y mantenerse como la tarea lo demandaba". El tenía en la cabeza y la mente toda clase de libros, que como él mismo decía, sólo les faltaba "la transcripción". "Estoy a punto —expresó— de mandar a la imprenta dos volúmenes." Pero esos libros jamás se escribieron, salvo en la mente de Coleridge, porque él no era capaz de aceptar la disciplina de sentarse y redactarlos. Nadie ha alcanzado nunca ninguna eminencia, ni habiéndola alcanzado la ha mantenido jamás, sin disciplina.

Coleridge fue una prueba viviente de que se puede poseer multitud de talentos, una inteligencia prodigiosa y notables dones de comunicación, y sin embargo acabar malgastando todo eso a causa de la incapacidad de lograr el control del tiempo. Sus inútiles empresas en el mundo literario son igualadas por algunos cuya vocación es el hogar; la iglesia o la oficina.

Estoy seguro de que ninguno de nosotros quiere llegar al final de sus días y, como Coleridge, volver la mirada con tristeza hacia aquellas cosas que pudo haber realizado pero que no hizo. Pero para impedir que esto suceda, es necesario que entendamos cómo podemos controlar el tiempo que Dios nos ha dado.

SINTOMAS DE DESORGANIZACION

Tal vez el primer paso que tengamos que dar sea el de autoevaluar sin piedad nuestros hábitos en lo relacionado con el uso del tiempo. ¿Somos realmente desorganizados o no? Consideremos los rasgos de una vida desordenada. Algunos de ellos pueden parecer un poco ridículos, e incluso triviales; pero por lo general forman parte de un cuadro más amplio donde todo encaja. Permítame sugerirle algunos síntomas representativos.

Por ejemplo, cuando estoy cayendo en la desorganización, lo sé porque *mi escritorio toma un aspecto de confusión*; y lo mismo sucede con la parte de arriba de la cómoda de mi dormitorio. De hecho, casi todos los planos horizontales que se encuentran en la senda de mi recorrido diario, se llenan de papeles, notas a las que no he respondido, y tarea sin terminar. Me parece oír a alguna esposa que dice: "Mira, lee esto: ya tiene días de estar en tu despacho." Pero mi escritorio puede ser el mostrador de la cocina, el banco de trabajo, o el taller del sótano de algún otro. A todas estas cosas puede aplicarse el mismo principio.

Los síntomas de la desorganización se muestran también en *el estado de mi automóvil*: está sucio por dentro y por fuera, y yo me olvido de las fechas de la revisión que exige la ley y descubro que estoy dejando para el último día las cosas tales como el cambio de las llantas o la compra de la placa para la circulación del mismo.

Cuando la desorganización se impone, *me doy cuenta de una disminución de mi autoestima*. Siento que la paranoia está asomando a mi vida: un ligero miedo a que la gente descubra que no les estoy dando con mi labor lo que merece su dinero, y que lleguen a la conclusión de que no soy ni la mitad de ese hombre que creían que era.

Sé que estoy desorganizado cuando *veo una serie de citas olvidadas, de recados telefónicos a los cuales no he contestado, y de plazos que he empezado a pasar por alto*. Mis días se llenan de compromisos rotos y de excusas pobres. (Debo dejar bien claro que no me estoy refiriendo a esas ocasiones en las cuales ciertos acontecimientos fuera de mi control conspiran para hacer descarrilar aun mis mejores intenciones. Todos tenemos días así; incluso la persona más organizada los tiene.)

Si estoy desorganizado *tiendo a invertir mis energías en trabajos improductivos*. En realidad, me encuentro haciendo cosas insignificantes y aburridas sólo para decir que he hecho algo. Experimento asimismo una propensión a soñar despierto, a no tomar decisiones que necesitan ser tomadas, y al aplazamiento. La desorganización comienza a afectar a toda mi voluntad de trabajar con constancia y de manera excelente.

La gente desorganizada se siente mal en cuanto a su trabajo. Aquello que logran terminar no les satisface. Les resulta muy difícil aceptar los elogios de otros. En lo íntimo de su corazón saben que han entregado una labor de segundo orden.

En más de una ocasión, después de predicar en el culto del domingo por la mañana, he vuelto a casa en mi automóvil y mientras conducía, me veía golpeando el volante, frustrado porque sabía que podía haber predicado mejor si durante la semana hubiese empleado mi tiempo más eficazmente en estudiar y preparar el mensaje.

Los cristianos desorganizados pocas veces disfrutan de intimidad con Dios. Desde luego tienen intenciones de buscar esa comunión, pero jamás llegan a establecerla del todo. No hay necesidad de decirles que deben apartar ratos para el estudio bíblico y la reflexión, para adorar y para interceder. Lo saben muy bien —simplemente no lo hacen. Se excusan diciendo que no tienen tiempo; pero en su mundo interior están conscientes de que se trata más bien de un asunto de organización y de voluntad personal, que de ninguna otra cosa.

Si me encuentro en un estado de desorganización, *por lo general la calidad de mis relaciones personales lo revela.* Pasan los días sin tener una charla significativa con mi hijo o con mi hija. Mi esposa y yo estamos en contacto, pero nuestras conversaciones son superficiales, desprovistas de revelaciones íntimas, y poco afirmadoras. Puedo irritarme, y resentirme por cualquier intento de parte de ella de llamar mi atención a cosas que he dejado sin hacer o a personas con las cuales no he cumplido.

El hecho es que cuando estamos desorganizados en nuestro control del tiempo, *no nos gustamos a nosotros mismos, ni nos agrada nuestro trabajo, ni demasiadas otras cosas en nuestro propio mundo*, y resulta difícil romper el patrón destructivo que se establece.

Este terrible hábito-patrón del desorden debe ser roto, a menos que queramos que nuestro mundo interior caiga rápidamente en la desorganización total. Debemos decidirnos a tomar el control de nuestro tiempo.

Los psicólogos pueden sugerir muchas causas por las cuales la gente es desorganizada, y resulta útil reflexionar sobre algunas de ellas. Hay una buena cantidad de libros interesantes acerca del tema de la administración y la organización del tiempo. Pero bajo los ardides y trucos que ayudan a organizarse, se encuentran ciertos principios fundamentales que deben ser seriamente considerados por toda persona que trata de conseguir un orden en su mundo interior. El poner en práctica dichos principios supondrá un desafío para aquellos hombres y mujeres que han pasado por alto la importancia de controlar su propio tiempo.

PRESUPUESTO DEL TIEMPO

El principio básico de la organización personal en cuanto al tiempo es sencilla: *¡debemos presupuestarlo!*

La mayoría de nosotros hace mucho que aprendimos esto en lo referente al dinero. Cuando descubrimos que rara vez el sueldo nos alcanzaba para hacer todo aquello que queríamos, consideramos prudente sentarnos y examinar bien nuestras prioridades económicas.

En el caso del dinero, las prioridades eran obvias. Puesto que mi esposa y yo estamos comprometidos con el plan de mayordomía de Dios, nuestra prioridad financiera principal siempre ha sido dar el diezmo y ofrendar. Luego separamos los gastos fijos de comida, casa, luz, electricidad, libros (tanto ella como yo insistimos en que éstos son un gasto fijo), y los demás gastos, en cantidades que hemos aprendido a prever.

Sólo después de haber calculado el dinero para lo necesario, nos aventuramos a entrar en la parte discrecional del presupuesto, es decir, aquellas cosas que son más deseos que necesidades. Aquí podemos referirnos a una cena en nuestro restaurante predilecto, un aparato eléctrico que hace la vida algo más fácil, o un traje particularmente atractivo.

Cuando las personas no entienden la diferencia que hay entre los aspectos fijos de su vida financiera y los discrecionales, por lo general acaban endeudados, lo cual constituye la versión financiera de la desorganización.

Si uno tiene el dinero limitado, presupuesta. Y cuando esto le sucede con el tiempo, debe aplicar el mismo principio. La persona desorganizada ha de adquirir una perspectiva presupuestaria, lo cual significa distinguir entre lo fijo, o sea, lo que uno *tiene que* hacer, y lo discrecional, que es lo que a uno *le gustaría* hacer.

Estos fueron los aspectos que saqué a colación cuando mi amigo, aquel joven pastor, vino a hablarme acerca de lo improductivo que se sentía. El se quedó sorprendido al decirle que estábamos tratando de una de mis propias batallas diarias.

—Gordon —me dijo—, usted no da la impresión de que el tiempo se le escape jamás de las manos.

—A veces me pregunto —afirmé yo— si alguna vez he tenido algo de él en mis manos.

Todos esos síntomas de la vida desorganizada han sido, en una u otra época, mis propios síntomas; pero yo tomé la decisión (en realidad lo he hecho más de una vez) de que no viviría de esa manera ni un minuto más de lo necesario.

EL SEÑOR DEL TIEMPO

Obviamente aquel joven pastor esperaba que yo compartiera con él algunas de las ideas que me habían desafiado a ordenar mi mundo interior en el uso del tiempo. Si el creía que yo tenía un baúl de respuestas el cual facilitaría las cosas, se iba a llevar un chasco.

Continuando con nuestra conversación, le sugerí que considerara detenidamente a Uno que parecía no haber malgastado nunca ni un momento.

Cuando estudio la Biblia, quedo profundamente impresionado por las lecciones prácticas acerca de la organización que pueden aprenderse de la vida y obra de Jesucristo. Los cuatro evangelistas nos presentan a un Jesús que estaba bajo constantes presiones, acosado tanto por amigos como por enemigos. Cada palabra suya era examinada, cada acción era analizada, se comentaba cada

gesto suyo. En esencia, Jesús no tenía una vida privada de la cual hablar.

He tratado de imaginarme a nuestro Señor en el mundo actual. ¿Aceptaría El conferencias telefónicas? ¿Viajaría en avión en vez de ir a pie? ¿Tendría interés en campañas de publicidad por correo? ¿Cómo manejaría el gran número de relaciones que la tecnología moderna nos permite sostener? ¿Cómo encajaría El en una época en la que una palabra que se dice puede ser enviada, en cosa de segundos, por todo el mundo y constituir los titulares del periódico del día siguiente?

Aunque la escala de su mundo era mucho menor, parece como si Jesús hubiera vivido en una sociedad similar a la nuestra, con exigencias muy parecidas a las que nosotros estamos sometidos. Estudiando la vida de Cristo nunca vamos a ver que El haya ido de prisa, o tratado de ponerse al día con el trabajo atrasado o tomado por sorpresa por los acontecimientos. Cristo, no sólo era experto en manejar su vida pública sin una secretaria que le fijara las citas, sino que lograba tener suficiente tiempo a solas para dedicarlas a la oración y la meditación, así como para estar con los doce que había reunido a su alrededor con el objeto de discipularlos. Nuevamente, Jesús podía hacer todo eso porque tenía control sobre su tiempo.

Vale la pena tomar tiempo para preguntarse cómo se manifiesta el dominio de nuestro Señor sobre el tiempo. ¿Qué era lo que lo convertía en una persona tan organizada?

Lo primero que me impresiona es que *Cristo comprendía claramente cuál era su misión.* Tenía una tarea principal que realizar, y medía su uso del tiempo por aquel sentido de misión.

Esto resulta bastante evidente en su jornada final hacia Jerusalén, donde sería crucificado. Al acercarse a Jericó, según narra Lucas dieciocho, sus oídos captaron la estridente voz de un ciego, y El se detuvo, para gran consternación tanto de sus amigos como de sus críticos. Los irritaba que el Señor no tuviera en cuenta que Jerusalén se hallaba aún a seis o siete horas de camino, y que ellos querían llegar allá para cumplir su propósito: el de celebrar la Pascua.

Y en verdad tenían cierta razón —si es que el objetivo de Cristo era simplemente llegar a Jerusalén a tiempo para una celebración

religiosa. Pero como se nos dice a continuación, ésa no era la misión principal de Jesús. Para El, tocar personas quebrantadas como aquel ciego, suponía una inversión más importante de su tiempo.

No mucho después de ese primer encuentro, Jesús volvió a detenerse, esta vez bajo un árbol, para decirle a Zaqueo, un conocido recaudador de impuestos, que descendiera de allí. El Señor tuvo la idea de reunirse con él en su casa para conversar. Y una vez más, la multitud que rodeaba a Cristo se sintió exasperada. Primeramente, porque el viaje a Jerusalén quedaba interrumpido de nuevo, y en segundo lugar, a causa de la reputación de Zaqueo.

Desde su punto de vista, Jesús parecía estar malgastando el tiempo; sin embargo, según la opinión de Cristo, ese tiempo estaba siendo bien empleado, *porque se ajustaba a las normas de su misión.*

Lucas refiere las palabras de Jesús acerca de este mismo hecho: "Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido" (Lucas 19:10). A los discípulos les costaba mucho comprender aquello, y Cristo tuvo que confrontarlos incesantemente con los hechos específicos de su misión. Hasta que no entendieran dicha misión, no podrían comprender nunca cómo y según qué criterio organizaba Jesús su tiempo.

Una segunda introspección en la forma que tenía Cristo de organizar su tiempo es que *El comprendía sus propias limitaciones.* Cuando Jesús vino a la tierra como el Hijo de Dios encarnado, dejó a un lado algunos de los derechos que tenía en su calidad de Príncipe del cielo y aceptó, durante algún tiempo, ciertas limitaciones humanas, a fin de identificarse plenamente con nosotros. El compartió esas limitaciones nuestras, pero hizo frente a las mismas con eficacia —como debemos hacerlo nosotros.

No osamos minimizar el hecho de que Jesús durante su ministerio público, buscara pasar tiempo a solas con el Padre celestial antes de tomar decisiones y acciones importantes.

Prácticamente hubo treinta años de silencio antes que Jesús saliese a la luz pública con su misión, y sólo cuando se nos conceda una audiencia con El en la eternidad podremos comprender plenamente la importancia que tuvieron aquellas tres décadas. En el mejor de los casos, inferimos que las mismas constituyeron un

tiempo importante de preparación. Es impresionante saber que hubo treinta años de relativa oscuridad y vida privada para sólo tres de actividad importante.

No debe sorprendernos, por lo tanto, que Moisés pasase cuarenta años en el desierto antes de confrontar a Faraón; ni que Pablo pasara una buena cantidad de tiempo en el desierto escuchando a Dios antes de asumir sus responsabilidades apostólicas. Y la experiencia de estos hombres no fue excepcional.

Justo antes de que Jesús asumiera su ministerio público, pasó cuarenta días en el desierto, en comunión con el Padre. Y no olvidemos la noche que el Señor dedicó para orar antes de su elección de los Doce. . . El Señor también llevó a cabo una vigilia matutina en la ladera de la montaña el día después de haber tenido un tiempo muy ocupado en Capernaum. Y, desde luego, se apartó al Monte de la Transfiguración a fin de prepararse para la última caminata hacia Jerusalén. Por último, llegaría Getsemaní. . .

Jesús conocía bien sus limitaciones. Por extraño que pueda parecer, El sabía lo que nosotros cómodamente olvidamos: que *el tiempo debe presupuestarse con cuidado, a fin de reunir fortaleza y resolución interiores para compensar las propias debilidades cuando comienza la batalla espiritual.* Momentos privados como esos eran algo fijo en el presupuesto que Cristo hacía de su tiempo, ya que El conocía sus propias limitaciones. Incluso para las personas más próximas a El les resultaba muy difícil apreciar eso plenamente.

Creo que, en su filosofía de cómo presupuestar el tiempo, Jesús incluyó un tercer elemento importante: *apartar tiempo para el adiestramiento de los Doce.* Con un mundo de millones de personas que alcanzar, el Señor presupuestó la mayor parte de su tiempo a fin de pasarlo con unos pocos individuos sencillos.

El Señor invirtió los ratos más selectos en repasar las Escrituras con sus discípulos, y en compartir con ellos sus conocimientos celestiales. Asimismo dedicó momentos claves a compartir su ministerio con ciertos individuos, y a permitirles observar cada acción y oír sus palabras. Luego apartaba días especiales para explicarles el sentido más profundo de sus disertaciones a las multitudes. Dedicaba horas de incalculable valor para escuchar los informes de sus discípulos cuando ellos regresaban de alguna asignación, para corregirlos cuando fallaban y para afirmarlos cuando tenían éxito.

Más de una vez quizá nos hayamos sentido tentados a preguntarnos por qué Jesús pasaba tanto tiempo valioso con un grupo de hombres simples, cuando podía haber enseñado a personas que hubieran apreciado intelectualmente su pericia teológica. Pero el Señor estaba consciente de cuáles eran las cosas verdaderamente importantes y qué prioridades debía tener y donde usted tenga sus prioridades, allí estará también su tiempo.

Por estas razones, a Jesús nunca le faltó tiempo. Puesto que conocía el sentido de su misión, y estaba espiritualmente preparado por dedicar tiempo para estar a solas con el Padre, y sabía quiénes eran los hombres que habrían de perpetuar su ministerio mucho después de que El hubiera ascendido al cielo, a Cristo nunca le fue difícil decir un "No" rotundo a aquellas invitaciones y exigencias que a nosotros quizá nos hubiesen parecido buenas o aceptables.

Hubo un período en mi vida en el que el estudio de Jesús me hizo desear profundamente esa capacidad. Quería tomar decisiones sensatas acerca del presupuesto de mi tiempo, y estar libre de ese frenesí que nos lleva a estar siempre haciendo malabarismos con el mismo. ¿Sería posible? ¡No, si seguía por el camino en que iba!

El joven pastor que había venido a verme al final de mi conferencia quedó muy interesado, y le sugerí que nos reuniéramos otro día. Tal vez tuviese algunas cosas prácticas que compartir con él; pero habría de ser totalmente sincero con él. La mayoría de ellas yo las había aprendido del modo más difícil.

7

Cómo recobrar el tiempo perdido

Si mi mundo interior está en orden, es porque he comenzado a reparar las grietas por las que se me "escapaba el tiempo" y a repartir mis horas productivas según las aptitudes, los límites y las prioridades que tengo.

Unos días después, aquel joven pastor y yo habríamos de reanudar nuestra conversación. Mientras tanto, comencé a reunir ideas acerca de lo que personalmente había aprendido en el transcurso de los últimos años y que me había ayudado a empezar a componer mi propia vida en este terreno. ¿Qué había entendido yo por medio de los fallos y del hablar con otros de la manera en que aquel joven iba a hacerlo conmigo?

Cuanto más consideraba las lecciones aprendidas, tanto más me daba cuenta de lo importante que es lograr el control del tiempo lo antes posible en la vida. Al ponerlas por escrito, descubrí que éstas no reflejaban sino unos pocos principios básicos. No obstante, hasta que dichos principios básicos se dominaran bien, la cuestión del tiempo sería siempre considerable y potencialmente desalentadora. Lo que estuve escribiendo a modo de preparación para mi próxima entrevista, fue algo que he dado en llamar las "Leyes de MacDonald sobre el tiempo sin asignar". Son las siguientes:

LEYES DE MACDONALD SOBRE EL TIEMPO SIN ASIGNAR

Primera ley: El tiempo sin asignar fluye hacia mis debilidades

Puesto que yo no había definido adecuadamente un sentido de misión en los primeros años de mi ministerio, ni había sido lo bastante despiadado con mis debilidades, descubrí que, por lo general, empleaba una cantidad desmesurada de tiempo en hacer cosas que no sabía hacer bien, mientras que las tareas que hubiera podido realizar de modo sobresaliente y con eficacia, quedaban relegadas a un segundo plano.

Conozco a muchos líderes cristianos que admitirían francamente que pasan hasta un 80% de su tiempo haciendo cosas que no son su fuerte. Mi don mayor, por ejemplo, tiene que ver con la enseñanza y la predicación. Aunque soy un administrador relativamente bueno, ése no es mi mejor talento.

De manera que ¿por qué, cuando era más joven, dedicaba yo casi un 75% de mi tiempo disponible a tratar de administrar, y relativamente poco a estudiar y a prepararme para predicar buenos sermones? Porque el tiempo sin asignar fluye en dirección a la debilidad comparativa de uno. Puesto que yo sabía que era capaz de predicar un mensaje aceptable con un mínimo de preparación, en realidad estaba dando menos de lo que podía en el púlpito. Eso es lo que sucede cuando no evaluamos este asunto y hacemos algo drástico al respecto.

Por último, tomé una decisión drástica. Contaba con la asistencia de un puñado de laicos sensibles y lo suficientemente solícitos como para ayudarme a afrontar lo que estaba sucediendo, y hacerme ver que podía estar malgastando mi potencial. Con la ayuda de ellos tomé la determinación de delegar la labor gestora del ministerio de nuestra iglesia, a un competente pastor administrativo. Al principio aquello no fue fácil, ya que yo aún quería hacerme oír en cada decisión, expresar mi parecer acerca de cada tema. Tuve que retirarme y dejarlo en sus manos. ¡Pero dio resultado! Y cuando fui capaz de confiar plenamente en nuestro pastor administrativo (lo cual me resultó fácil), pude reconducir

una gran cantidad de energía hacia aquellas cosas que, con la ayuda de Dios, tengo más probabilidades de hacer bien.

Casi puedo oír a alguien decir: "Eso está muy bien si hay dinero para contratar a alguien a fin de que supla mi debilidad." Tal vez, en algunos casos, la única ayuda que puedan proporcionar estos comentarios sea hacernos ver *por qué* nos sentimos frustrados cuando el tiempo parece escapársenos de las manos. Pero debo añadir que quizá sea más posible de lo que pensamos encontrar formas imaginativas de compartir tareas con otros. En primer lugar, tenemos que sentarnos y considerar quién es el mejor en cada cosa; y esto se aplica al hogar, a la oficina, a la iglesia y en todas partes.

Segunda ley: El tiempo sin asignar cae bajo la influencia de las personas dominantes de mi mundo

Aquellas personas que no tienen control de su tiempo, descubren que son los individuos dominantes que los rodean quienes deciden en su lugar lo que debe hacerse con el mismo.

Ya que ellos no han fijado sus propios presupuestos de tiempo, otra gente se introduce en su mundo y les impone agendas y prioridades. Cuando yo era un joven pastor, descubrí que, puesto que mi tiempo no estaba plenamente organizado, estaba a merced de cualquiera que tuviese ganas de visitarme, me invitara a tomar un café o requiriese mi asistencia en alguna reunión de comité. ¿Cómo podía decir que no si tenía el calendario desorganizado? Especialmente de joven, cuando tanto ansiaba agradar a la gente.

Aquella falta de organización no sólo me privaba de mi tiempo más provechoso, sino que a menudo también le robaba a mi familia unas horas preciosas que yo debía dedicarles. Y así continuaron las cosas: las personas dominantes de mi mundo controlaban mi tiempo mejor que yo mismo, porque yo no había tomado la iniciativa de controlarlo antes de que ellas me echaran mano.

Tercera ley: El tiempo sin asignar cede a las demandas de cualquier emergencia

Charles Hummel lo expresa mejor en un pequeño folleto ya clásico: nos gobierna la tiranía de lo urgente. Los que entre nosotros tenemos algún tipo de responsabilidad en el liderazgo —ya sea en nuestra profesión, en el hogar o en el terreno de la fe— nos encontraremos continuamente rodeados de acontecimientos que reclamen a voces atención inmediata.

Uno de estos últimos veranos, mientras el pastor adjunto de nuestra iglesia y yo nos encontrábamos de vacaciones, nuestro ministro de Educación Cristiana recibió cierta llamada de un miembro de la congregación, que quería que yo presidiese el funeral de un pariente lejano suyo. Cuando se le dijo que yo estaría fuera todo el mes, preguntó por mi adjunto, y al descubrir que éste también estaba ausente, se sintió decepcionado. Aunque se le ofrecieron los servicios de otro pastor del cuerpo administrativo de la iglesia, él los rechazó, diciendo: "No, no aceptaré nada por debajo del número dos".

Su forma de pensar era del tipo que crea situaciones urgentes para los líderes. A todo el mundo le gustaría obtener la atención de los número uno. Cada comité y cada junta quisiera que la persona principal asistiese a sus reuniones —aun cuando no siempre tengan ganas de oír la opinión de ella. A la mayoría de los individuos, cuando se encuentran en algún tipo de dificultad, les gustaría recibir la respuesta inmediata del dirigente máximo.

Cierto sábado por la tarde sonó el teléfono de nuestro hogar, y al contestarlo escuché al otro lado de la línea la voz alterada de una mujer: —Tengo que verlo inmediatamente —me dijo.

Cuando supe su nombre, me di cuenta de que nunca antes había tenido contacto con ella, y que rara vez había asistido a nuestra iglesia.

—¿Y cuál es la razón de que tengamos que hablar ahora mismo? —inquirí.

Era una pregunta importante, una de ésas que la experiencia me ha enseñado a formular. Si esto hubiera sucedido bastantes años antes, cuando yo era joven, habría respondido en seguida a su tono de emergencia y habría fijado una cita con ella para diez minutos más tarde en mi despacho, aunque previamente albergase la esperanza de estar con mi familia o de dedicarme al estudio aquella tarde.

—Mi matrimonio está al borde de la ruptura —me contestó.

—¿Cuándo se dio usted cuenta de ello? —interrogué.

—El martes pasado.

Entonces le hice otra pregunta.

—¿Cuánto tiempo hace, según usted, que comenzó el proceso de ruptura?

No es posible olvidar su comentario:

—Oh, lo veía venir desde hace cinco años.

Logré amortiguar mi verdadera reacción y dije:

—Puesto que usted lo veía venir desde hace casi cinco años, y desde el martes pasado sabía que sucedería, ¿por qué es tan importante hablar conmigo acerca de ello precisamente ahora? Necesito saberlo.

Entonces, la mujer, contestó:

—Bueno, tenía un rato libre esta tarde y sencillamente pensé que podría ser un buen momento para reunirme con usted.

Por lo general, la ley número tres me habría hecho ceder a su deseo de verme inmediatamente. Pero a aquellas alturas de mi vida yo ya tenía la mayor parte de mi tiempo comprometido, de modo que le dije:

—Comprendo que usted piense que su problema es grave. Sin embargo, voy a serle muy franco: Mañana por la mañana tengo que predicar tres veces, y sinceramente mi mente se halla absorta en esa responsabilidad. Puesto que usted lleva ya varios años con tal situación, y que ha tenido unos cuantos días para pensar en ella, le propongo que me llame el lunes por la mañana y entonces podremos fijar un momento en el que mi mente esté en mejor condición. Quiero poder dedicarle el máximo de concentración, lo cual, probablemente, no sería posible esta tarde. ¿Qué le parece?

A ella le pareció una idea estupenda y pudo entender la razón que yo tenía para sugerir esa clase de plan. Ambos colgamos razonablemente satisfechos: ella, sabiendo que lograría hablar conmigo; y yo, porque había reservado mi tiempo para el asunto más importante aquel sábado por la tarde. Una cuestión, aparentemente urgente, no se había colado en mi presupuesto del tiempo. No todo lo que grita más fuerte es lo más perentorio.

En su autobiografía espiritual: ***While It Is Yet Day*** (Mientras el día dura), Elton Trueblood escribe lo siguiente:

> Un hombre público, aunque es necesario que esté disponible en muchas ocasiones, debe aprender a esconderse. Si siempre se halla a la mano, cuando lo está, no resulta tan valioso. En cierta ocasión escribí un capítulo en la estación de ferrocarril, lo cual fue en sí una forma de ocultarme, ya que nadie sabía quién era yo, y, por consiguiente, nadie se me acercó durante aquellas cinco horas maravillosas, hasta que partió el siguiente tren para Richmond. *Debemos utilizar el tiempo de que disponemos, puesto que, aún en el mejor de los casos, nunca hay suficiente.* (Cursivas mías)

Cuarta ley: El tiempo sin asignar se invierte en cosas que atraen la aclamación de la gente

En otras palabras: es más probable que demos nuestro tiempo no presupuestado a acontecimientos que nos proporcionarán la alabanza mayor y más inmediata.

Al principio de nuestra vida de casados, mi esposa y yo descubrimos que podíamos atraer gran cantidad de invitaciones a banquetes y reuniones de diferentes tipos, si estábamos dispuestos a cantar solos y dúos. Resultaba agradable recibir calurosos aplausos y obtener popularidad. Pero las actuaciones musicales, no constituían nuestro llamamiento y nuestra prioridad, sino la predicación y el cuidado pastoral. Desafortunadamente, en aquel entonces no había mucha demanda de predicadores jóvenes, y era una tentación hacer exactamente lo que a la gente le agradaba de nosotros.

Tuvimos que tomar una decisión crítica. Dedicaríamos nuestro tiempo a hacer aquello que a otros les gustaba más que hiciéramos, o enfocaríamos nuestra atención en lo que era más importante: aprender a predicar y a aconsejar. Afortunadamente elegimos apartarnos de la tentación de lo primero y abrazar esto último, lo cual valió la pena.

En nuestra vida de casados hemos tenido que tomar decisiones como ésa. Y en más de una ocasión he elegido mal. Hubo un tiempo en el cual atravesar el país en avión para hablar en un banquete nos parecía algo fructuoso; sin embargo, constituía un mal uso de nuestro tiempo. Ese viejo comentario de que "un sermón es algo que para predicarlo atravesaríamos el país, pero no cruzaríamos la calle para escucharlo" está demasiado próximo a la realidad para que resulte agradable. Parecía sugestivo encontrarse a la cabecera de la mesa en un desayuno de oración de algún político,

o ser entrevistado para un programa cristiano de radio, pero quizá el tiempo no fue empleado según las prioridades más altas.

Así, las leyes del tiempo sin asignar vuelven para obsesionar una y otra vez a la persona desorganizada, hasta que ella decida tomar la iniciativa antes de que la gente, o los acontecimientos, lo hagan por ella.

COMO SE RECUPERA EL TIEMPO

Mientras reunía material para mi próxima conversación con aquel joven pastor, hice un repaso de mi propia experiencia tratando de identificar los principios que, al ser puestos en práctica, proporcionaron algo de orden a mi mundo interior; y cuando pensé a fondo acerca del proceso por el que yo había pasado, descubrí que podía dar tres formas de poner asedio, con éxito, al tiempo.

Debo conocer mis períodos de máxima eficiencia

Un cuidadoso estudio de mis hábitos laborales me ha revelado una cosa importante: que hay diversas tareas que realizo mejor en ciertos momentos y en determinadas condiciones.

Por ejemplo, no estudio eficazmente para mi predicación dominical durante los primeros días de la semana. Dos horas de estudio el lunes tienen relativamente poco valor, mientras que una hora el jueves o el viernes resultan de incalculable provecho —simplemente me concentro mejor esos días. Por otro lado, estoy en posesión de mis más excelentes facultades para tratar la gente al comienzo de la semana, cuando la tensión de preparar el siguiente sermón no se ha apoderado aún de mi mente. Más tarde en la semana, cuando la experiencia de la predicación del domingo empieza a absorberme, tiende a reducirse mi eficiencia para tratar con las personas.

Puedo ser más incisivo en esta observación: el tiempo que dedico al estudio es más provechoso por la mañana cuando dispongo de ratos de soledad razonablemente prolongados. Y el tiempo que invierto en el trato con la gente me da mejor resultado por las tardes, cuando me siento reflexivo y perspicaz.

El conocer mis períodos de eficiencia me ha enseñado a reservar el tiempo de estudio para la última mitad de la semana, y a hacer planes para estar con la gente, y en comités, siempre que sea posible, durante la primera parte de la misma. De esta forma, mi presupuesto del tiempo refleja y utiliza los ritmos de mi vida.

También me he dado cuenta del hecho de que soy una persona matutina: puedo levantarme temprano y estar bastante activo si la noche anterior me he ido a la cama a una hora razonable. De manera que resulta importante para mí mantener una hora de acostarme bastante normal. A nuestros hijos les impusimos ese principio cuando eran pequeños. No sé por qué jamás se nos ocurrió que una hora normal de irnos a la cama, en la medida de lo posible, era probablemente algo sabio también para nosotros los adultos. Cuando por fin comprendí esto, empecé a tratar de irme a la cama a la misma hora cada noche.

Tras leer un artículo escrito por cierto especialista acerca del tema del dormir, comencé a hacer experimentos para descubrir cuánto sueño necesitaba yo. El escritor sugería que uno puede determinar sus necesidades de sueño poniendo el despertador a una cierta hora, durante tres días seguidos, y levantándose a dicha hora. Luego, durante los tres días siguientes, debe poner el reloj para que suene diez minutos antes. Continuando de este modo con incrementos sucesivos de diez minutos cada vez, durante períodos de tres días, se llega por último a un punto natural de fatiga, en el que a lo largo de todo el día siguiente uno no se siente debidamente descansado. Hice la prueba y descubrí que podía levantarme mucho antes de lo que yo había pensado, lo cual añadió a mi día casi dos valiosas horas.

De manera que hay períodos de eficiencia semanales, diarios y anuales. Descubrí que durante ciertos meses del año yo era dado a sufrir de una fatiga emocional anómala, períodos en los cuales parte de mi ser quería huir de la gente y de las responsabilidades. Tenía que afrontar el hecho.

Por otro lado, vi que durante el año había períodos en los que necesitaba ser relativamente más fuerte como líder cristiano, debido a que mucha gente a mi alrededor experimentaba demasiada fatiga y presión. Los meses de febrero y marzo, por ejemplo, son de esos períodos, ya que aquellos de nosotros que vivimos en el norte de los Estados Unidos, tenemos que hacer frente a los efectos

de un largo invierno y experimentamos una tendencia a la irritabilidad y al espíritu crítico. He aprendido a prepararme para ser de un aliento ultra especial para los demás durante ese tiempo. Y cuando llega la primavera, y la gente se siente revitalizada, puedo disfrutar de mi propio tiempo privado de relajamiento. El saber que esas cosas probablemente sucederán, ha sido para mí de una gran ayuda, ya que de este modo he podido preverlas.

También he aprendido que los meses de verano son un tiempo apropiado para leer más y para prepararme espiritualmente para el año siguiente. Pero por las razones que ya he mencionado, me propongo estar con la gente la mayor parte del tiempo, en enero, febrero y marzo, puesto que las necesidades de consejo pastoral son susceptibles de aumentar de forma impresionante durante ese tiempo. He escrito todos mis libros durante los meses de verano; jamás habría podido hacerlo en el invierno.

Conociendo mis períodos de eficiencia, no me sorprende sentirme interiormente vacío después de un tiempo de muchas conferencias y enseñanzas. No puedo vivir día tras día por encima de la línea de normalidad emocional sin que llegue un momento en el cual no haya de hundirme un poquitín por debajo de dicha línea, a fin de recuperar las fuerzas perdidas. Por lo tanto, es prudente no tomar decisiones importantes los lunes, tras haber predicado varios sermones el día anterior. Y si durante una época de días festivos me he esforzado mucho día tras día, mejor será que planee un corto período de descanso después de terminada dicha época.

Hubo un tiempo en el cual yo todavía no había aprendido a tomar en cuenta mis períodos de eficiencia. Recuerdo cierto día en particular en que de repente todo pareció hundirse. Yo había oficiado en dos entierros muy tristes en una semana, y había pasado diez días sin descansar lo suficiente. Durante ese tiempo también leí un libro desconcertante y abandoné mis disciplinas espirituales por completo. También mis ratos familiares habían estado desordenados por varios días, y parte de mi trabajo se encontraba en un punto desalentador. De manera que no debiera haberme sorprendido cuando cierto sábado por la tarde, en medio de una pequeña crisis personal, comencé súbitamente a llorar. Durante casi tres horas las lágrimas fluyeron sin que yo pudiera impedirlo.

Aun cuando de ninguna manera me encontraba cerca de un

colapso nervioso en el sentido clásico, de aquella dolorosa experiencia aprendí lo importante que es vigilar las presiones y tensiones, y cómo saber cuándo y de qué manera funciono mejor haciendo ciertas tareas. No quería que eso volviera a sucederme, y hasta ahora no ha ocurrido más. Aquella experiencia me asustó demasiado como para que yo fuera a permitirme otra vez el quedar tan endeudado emocionalmente. Tenía que presupuestar mejor mi tiempo.

Ahora puedo apreciar una parte de cierta carta que en una ocasión el general William Booth, fundador del Ejército de Salvación, recibió de su esposa, mientras se encontraba haciendo un extenso viaje. Ella le escribió:

> Tus notas del martes llegaron bien, y me alegró saber acerca de la continua prosperidad de la obra. No obstante lamenté que te encontraras tan agotado. Temo las consecuencias que toda ese entusiasmo y todo ese esfuerzo puedan tener sobre tu salud, y, aunque no me atrevería a ser un obstáculo a tu utilidad, sí te prevendría contra un derroche descuidado de tus fuerzas.
>
> Recuerda que una larga vida de trabajo estable, constante y santo producirá el doble de fruto que otra acortada y destruida por esfuerzos espasmódicos e inmoderados. Ten cuidado, y ahorra tus energías cuando y donde el esfuerzo resulte innecesario.

Debo tener un buen criterio para elegir como usar mi tiempo

Hace años, mi padre compartió sabiamente conmigo, que una de las grandes pruebas de carácter para el ser humano consiste en tomar decisiones críticas de selección y rechazo entre todas las oportunidades que acechan en la senda de la vida. "Tu desafío —me comentó— no estará en escoger lo bueno de lo malo, sino en echar mano a lo *mejor* de entre todo lo bueno posible." Tenía toda la razón del mundo. Verdaderamente tuve que aprender, en ocasiones de la manera más dura, que debía decir no a las cosas que quería de veras hacer, a fin de decir sí a las otras que eran las mejores.

El hacer caso de ese consejo ha supuesto para mí decir un "No" ocasional a ciertas invitaciones a cenar y a acontecimientos deportivos los sábados por la noche, para poder estar mental y físi-

camente fresco el domingo por la mañana. También a rechazar ciertas invitaciones para dar conferencias, cuando en realidad quería aceptarlas.

A veces se me hace difícil tomar esas decisiones, simplemente porque me gusta que la gente me apruebe. Cuando una persona aprende a decir "No" a las cosas buenas, corre el riesgo de hacerse enemigos y de ganar críticos, y ¿quién necesita más de ésos? Por eso encuentro difícil decir que no.

He descubierto que la mayoría de las personas cuya vida gira en torno al liderazgo, tienen este mismo problema. Pero si queremos gobernar nuestro tiempo, tenemos que decir un "No" cortés pero tajantemente a oportunidades que son buenas pero no las mejores.

Una vez más como en el ministerio de nuestro Señor, esto requiere un sentido de nuestra misión. ¿Qué somos llamados a hacer? ¿En qué empleamos mejor nuestro tiempo? ¿Cuáles son las cosas sin las cuales no podemos pasarnos? Todo lo demás debe considerarse como negociable, discrecional, no necesario.

Tomo control del tiempo y lo domino cuando hago un presupuesto del mismo con bastante antelación

Este último principio es el más importante: aquí es donde se gana o se pierde la batalla.

He aprendido del modo más duro que las partidas principales de mi presupuesto del tiempo han de estar apuntadas en el calendario ocho semanas antes de la fecha. ¡Ocho semanas!

Cuando estamos en agosto, empiezo a planear ya el mes de octubre. ¿Y qué pongo en el calendario? Los aspectos no negociables de mi mundo interior: mis disciplinas espirituales y mentales, tomar un descanso el día sábado y, desde luego, mis compromisos con la familia y con ciertas amistades especiales. Seguidamente introduzco en el calendario una segunda fila de prioridades: el programa del trabajo principal con el que estoy comprometido —el estudio para preparar mis sermones, el escribir, la formación de líderes y el discipulado.

En la medida de lo posible incorporo todas estas cosas al calendario muchas semanas antes de las fecha previstas, ya que al

ir acercándome a ellas descubro que hay gente que aparece con exigencias acerca del tiempo que me queda disponible. Algunas de esas personas tendrán demandas legítimas, y es de esperar que haya lugar para dichas demandas.

Pero otros presentarán exigencias inadecuadas, como una noche que yo haya planeado pasar con la familia. Otros querrán una hora de cierta mañana reservada para el estudio. ¡Mi mundo interior funciona mejor cuando dejo que ese trabajo *discurra alrededor* de mis prioridades y ocupe los huecos disponibles, en lugar de ser al contrario!

Cierto día se me ocurrió que mis partidas de tiempo más importantes tenían algo en común: jamás protestaban de inmediato cuando eran desatendidas. Por ejemplo, yo podía descuidar mis devociones espirituales y Dios no parecía armar demasiado alboroto al respecto. Durante algún tiempo me iba bien así. Y cuando no asignaba ratos a la familia, mi esposa y los niños por lo general eran comprensivos y me perdonaban —con frecuencia más que algunos miembros de la iglesia, quienes exigían una respuesta y atención inmediatas. También podía dejar impunemente de lado el estudio como prioridad durante cierto tiempo. Estas cosas podía pasarlas por alto sin sufrir consecuencias adversas durante un cierto plazo, y por eso quedaban tan a menudo excluidas cuando no presupuestaba tiempo para ellas con antelación. Entre tanto, otras cuestiones menos importantes que las mencionadas lograban echar a un lado éstas semana tras semana. Lo trágico es que si se descuidan cosas como la familia, el descanso o las disciplinas espirituales durante mucho tiempo, cuando por fin se repara en ellas, con frecuencia resultaba demasiado tarde para evitar las consecuencias adversas.

Cuando nuestro hijo Mark estaba en la escuela secundaria, era un atleta aventajado, y Kristen, nuestra hija adolescente, practicaba teatro y música. Ambos participaban en juegos y en actuaciones, y yo habría pasado por alto fácilmente esos acontecimientos, de no haber tenido apuntadas las fechas en el calendario con muchas semanas de anticipación. Por ejemplo, mi secretaria, siempre conservaba el programa de los partidos en el calendario de la oficina, y sabía muy bien que yo no me comprometería con nada que pudiera invadir esas ocasiones.

Si alguien me pedía que me reuniera con él una tarde en que había partido, yo muy bien podía sacar mi calendario y decir con aire pensativo mientras me frotaba la barbilla: "Lo siento, me resulta imposible hacerlo ese día, ya tengo un compromiso. ¿Qué tal este otro día?" Y rara vez tenía problemas. La clave estaba en planear y presupuestar con semanas de anterioridad.

¿Cuáles son sus asuntos no negociables? Con frecuencia descubro que la mayoría de los que nos quejamos de ser desorganizados, simplemente no sabemos cómo responder a esta pregunta. Como resultado de ello, las funciones importantes que cambiarían todo de arriba a abajo en lo referente a nuestra eficiencia, no llegan a entrar en el calendario hasta que es demasiado tarde. ¿Y con qué consecuencias? Desorganización y frustración: lo no esencial atesta nuestra agenda antes que las necesidades. Y a la larga esto resulta doloroso.

Hace poco, un hombre me tomó de sorpresa e inquirió de mí si podía desayunar con él cierto día por la mañana temprano.

—¿Cuán temprano? —pregunté.

—Usted es madrugador. . . —me contestó—, ¿qué le parece a las seis?

Dí un vistazo a mi calendario y le dije:

—Lo siento, ya tengo un compromiso para esa hora; ¿qué tal a las siete?

El convino enseguida en que fuera a las siete; pero pareció bastante sorprendido de que mi calendario reflejara planes para una hora tan temprana.

Yo sí tenía un compromiso aquella mañana a las seis. De hecho, comencé, antes: era un compromiso con Dios. Aquel día El estaba en el lugar que le corresponde siempre: el primero. Y ésa no es la clase de compromiso que se acomoda si uno quiere aprovechar el tiempo y mantenerlo bajo control. Ese compromiso es el comienzo de un día organizado, de una vida organizada y de un mundo interior organizado.

TERCERA PARTE: SABIDURIA Y CONOCIMIENTO

8

La derrota del mejor hombre

Si mi mundo interior está en orden es porque he decidido que cada día sea para mí una oportunidad para crecer en sabiduría y conocimiento.

Las únicas medallas de oro y los únicos máximos galardones que yo haya ganado jamás, los obtuve en carreras de pista y campo. Aun cuando yo habría podido ser un corredor más aventajado si me hubiera esforzado más, no obstante aquellos años de participación en carreras deportivas durante los estudios preuniversitarios y luego en la universidad, me brindaron la oportunidad de tener provechosas experiencias en lo referente a la adquisición de autodisciplina y carácter.

Entre todas aquellas experiencias juveniles, la lección más importante la aprendí en la ciudad de Filadelfia cierto día de primavera. En esa ocasión, yo era el primer corredor en el equipo de la carrera de relevos de mil seiscientos metros de nuestra escuela preuniversitaria —un puesto muy importante. Mi cometido era ponerme a la cabeza de la carrera, para que una vez completara mis cuatrocientos metros, traspasara aquella ventaja al segundo corredor de nuestro equipo.

El que yo no acabara aquel tramo de la carrera en primer lugar significaría que nuestro segundo hombre había de recibir el baton retrasado, en medio del grupo de corredores. En ese momento uno se arriesga a perder la zancada debido a los empellones que tenían lugar con frecuencia, y a sufrir un retraso de preciosas décimas de segundo. Ese tiempo podía ser muy valioso si la carrera estaba

bastante reñida en el trecho final.

Ya que nuestro equipo corría por el carril número dos, tuve curiosidad por ver quién corría por el de más adentro. Resultó ser un corredor de la escuela Politécnica de preparatoria que tenía una marca impresionante en los cien metros planos. Habíamos competido ya un par de veces uno con el otro en la distancia más corta, y él me había ganado por bastantes puntos. ¿Podría él hacer lo mismo en un recorrido que tenía trescientos metros más que el de la prueba en la que me había ganado? Resultaba obvio que él creía que sí, ya que así me lo hizo saber al darnos la mano en la línea de salida:

—MacDonald. . . —expresó mirándome a la cara—, que gane el mejor; te estaré esperando en la línea de meta.

Usted puede llamar a eso guerra psicológica deportiva; y en parte la estratagema dio resultado, ya que durante un momento tuve que luchar por recuperar mi equilibrio.

Sonó el disparo, y también mi contrincante salió disparado. Todavía recuerdo cómo sentí en mis piernas el picor de las piedrecillas que los clavos de sus zapatos lanzaron hacia atrás, mientras él parecía esfumarse al instante en la primera curva. Entre tanto, los otros siete corredores empezaron lo que daba la impresión de ser una pugna por las posiciones dos a ocho. Antes de haber recorrido cincuenta metros, comencé a prepararme mentalmente para obtener el segundo puesto, dando por hecho que por lo menos podría hacer eso.

Y eso mismo habría sucedido si la carrera hubiera sido más corta. No obstante, la cosa cambió de repente en algún lugar próximo a la señal de los trescientos metros. El corredor de la Politécnica de preparatoria, muy adelantado de los demás, súbitamente aflojó su carrera a toda velocidad, para un paso gimnástico. Un segundo después, al pasar junto a él abalanzado corriendo ahora a mi máxima velocidad, pude oír cómo luchaba por respirar. Apenas se movía de su sitio. No recuerdo en qué posición terminó, pero sí que cuando llegó a la línea de meta yo estaba allí esperándolo, haciendo un esfuerzo por no mostrar mi orgullo.

Aquel día aprendí una valiosa lección a costa del corredor de la escuela Politécnica de preparatoria. Sin quererlo, él me enseñó que aun las personas de gran talento y energía tienen que correr

la carrera *completa* para proclamarse vencedores. El tomar la primera curva a la cabeza no es nada, si no se cuenta con la resistencia suficiente para acabar enérgicamente. La carrera debe correrse a una velocidad estable hasta finalizarla. Un buen corredor está preparado incluso para terminar con un arranque adicional de velocidad. El talento atlético es de poca importancia a menos que vaya unido a la resistencia adecuada.

EL COSTO DE LA PEREZA MENTAL

He contado esta historia porque tiene mucho que ver con otra sección de nuestra vida interior la cual debe integrarse firmemente en el proceso de organización. El ordenar nuestro mundo interior no puede ocurrir sin una gran resistencia mental y el crecimiento intelectual que dicha resistencia produce.

En esta sociedad la presión en que vivimos, la gente que no está mentalmente en forma suele sucumbir a ideas y sistemas que resultan destructivos para el espíritu humano y para las relaciones humanas. Son engañados porque no se han enseñado a sí mismos a pensar, ni han emprendido la búsqueda permanente del desarrollo mental. Al no tener el recurso de una mente vigorosa, llegan a depender cada vez más de los pensamientos y de las opiniones de otros. En vez de abordar ideas y cuestiones, se reducen a sí mismos a una vida llena de reglas, sistemas y programas.

El suicidio en masa llevado a cabo en Guyana, en 1978, por los miembros de El Templo del Pueblo, es un vivo ejemplo de a dónde puede conducir la insensatez. Al permitir que Jim Jones pensase por ellos, los adeptos de la secta se expusieron al desastre. Vaciaron sus propias mentes y dependieron del funcionamiento de la de su líder. Y cuando la mente de Jones dejó de funcionar como es debido, todos sufrieron las consecuencias. El líder le había prometido a la gente dirección en medio de un mundo hostil y violento. Les había ofrecido respuestas y sustento. Y ellos, como precio por tal seguridad, renunciaron a su derecho de ejercer un juicio independiente.

No es que la gente cuya mente no está fortalecida para resistir sea siempre de corta inteligencia. En absoluto, sino que simplemente no se han detenido a pensar que el uso de la mente, con el

fin de crecer, es parte necesaria de un estilo de vida agradable a Dios. Resulta fácil caer en la trampa de permitir que nuestra mente se vuelva fláccida, especialmente cuando hay muchas personas dominantes a nuestro alrededor, que estarían encantadas de pensar por nosotros.

Tal negligencia puede verse en una familia falta de equilibrio —y de piedad— en la que uno de sus miembros, varón o mujer, intimida a todos los demás para que le dejen tomar todas las decisiones y de opinar por todos. Tenemos muchos ejemplos de iglesias en las que los laicos delegan la reflexión en un pastor altamente dominante. La tercera epístola de Juan habla en contra de un hombre llamado Diótrefes, un líder laico, quien, al igual que Jim Jones, tenía prácticamente a todo el mundo bajo su control. Los creyentes simplemente le entregaban su poder de raciocinio.

EL PELIGRO DE UN COMIENZO RAPIDO

Al igual que en una carrera en la cual el corredor con talento natural se abalanza desde los tacos de salida en un deslumbrante arranque de velocidad, hay personas que en la vida adulta gozan de rápidos comienzos, no porque sean grandes pensadores ni gigantes mentales, sino más bien debido a sus aptitudes naturales y a las amistades en buena posición. Tal vez hayan tenido la ventaja de criarse en familias de personas con talento, donde las personas que había a su alrededor eran muy comunicativas y estaban dotadas para abordar ideas y resolver problemas. Como resultado de ello, pueden haber adquirido una considerable confianza en sí mismos desde temprana edad.

Exposiciones tempranas como ésas enseñan a los jóvenes a dirigir, a competir con otros y a arreglárselas en situaciones difíciles. El resultado de ello es lo que podríamos denominar "éxito premaduro"; lo cual a menudo constituye más bien un obstáculo que una ayuda.

Por lo general el triunfador premaduro es alguien que aprende rápido y que es capaz de adquirir pericia con un mínimo de esfuerzo. Suele ser, asimismo, un individuo bendecido con buena salud y con energías abundantes, que al parecer logra entrar en cualquier situación o salir de ella gracias a su labia. A consecuencia de esto puede llegar a la conclusión de que es capaz de hacer casi cualquier cosa que se proponga, debido a que las cosas parecen salirle bien.

Lo que uno se pregunta es durante cuánto tiempo puede continuar eso. En ciertos casos supongo que toda la vida. Pero, según he podido observar, en algún momento entre los treinta y los treinta y cinco años de edad, empezarán a aparecer, en la vida del triunfador premaduro naturalmente dotado, indicios de posibles problemas. Tal vez se perciban entonces las primeras señales de que el resto de la carrera de la vida hay que correrlo basado en resistencia y la disciplina, y no del talento. Y al igual que el corredor de la escuela politécnica de preparatoria, el individuo puede empezar a ver cómo los corredores más lentos que él, pero que están en mejores condiciones, lo están alcanzando.

En mi labor de consejero he conocido a muchas personas que tienen problemas durante la mediana edad por esta razón. Veo un asombroso número de gente agotada y mentalmente vacía, que ha dejado de crecer y pasa su vida yendo en pos de poco más que la diversión.

Para muchos individuos, el divertirse equivale a vivir sin propósito. Y vivir sin propósito conduce a un sentimiento de desorganización personal. ¿Quiénes son los que funcionan de esta manera? Muy probablemente pueden ser personas de las que hace veinte años se decía: "Esta persona promete; tiene futuro." Puede ser el predicador que a los veintiún años de edad tenía facultades extraordinarias para predicar; el vendedor que empezó su carrera con un notable récord de ventas; la joven que dió el discurso de despedida al graduarse su clase. Suelen ser aquellos que jamás entendieron que se tiene que obligar, llenar, expandir y forzar la mente para que funcione. Los talentos naturales sólo llevan a las personas hasta un cierto punto, y luego las abandonan mucho antes de que la carrera haya terminado.

LA NECESIDAD DE UNA DISCIPLINA MENTAL

Nuestra mente tiene que ser adiestrada para que piense, analice, haga innovaciones. Las personas plenamente organizadas en su mundo interior se esfuerzan por ser pensadoras. Su mente se

mantiene despierta y viva, al recibir nuevas cantidades de información cada día, y al producir regularmente nuevos descubrimientos y conclusiones. Tales individuos se comprometen a ejercitar a diario la mente.

Elton Trueblood dice que: "No hay cristianismo vivo posible si no se desarrollan por lo menos tres de sus aspectos a saber: la vida devocional interna, la vida exterior de servicio y la *vida intelectual de racionalidad.*" Este tercer aspecto es el que más fácilmente pasan por alto muchos evangélicos, debido a que lo consideran demasiado mundano y agraviante para el Evangelio. Pero el embotamiento de la mente conduce por último a la desorganización del mundo interior de la persona.

Entiendo el éxito premaduro, ya que yo también descubrí en los primeros años después de cumplir los treinta, que me estaba dejando llevar por el talento natural y no prestaba la suficiente atención al desarrollo de mi mente. Por aquel entonces, comencé a ver que, a menos que hiciera algo al respecto, mi mente no me serviría adecuadamente en años posteriores, cuando quisiera correr al máximo de velocidad mental, haciendo las cosas lo mejor posible y dando lo más excelente de mí mismo.

Para mí, eso significaba que si quería llegar a ser un predicador más efectivo, alguien más comprensivo con los afligidos y un líder más útil, tendría que tomar en serio el desafío de agudizar mis facultades mentales, a fin de poder encarar mi mundo público. Aunque intelectualmente no estaba del todo dormido, tampoco estaba realizando el duro trabajo disciplinado que me ayudaría a ser esa persona innovadora e inspiradora para otros que, según creía, Dios quería que fuese.

No era de extrañar que sintiera los agudos dolores de la desorganización cuando me enfrentaba a situaciones en las cuales no tenía la suficiente sagacidad para comprender lo que estaba sucediendo. Como quien intenta levantar algo demasiado pesado, yo estaba, cada vez con mayor frecuencia, tratando de alzar ideas y dudas que mentalmente no era capaz de despegar del suelo.

Aunque los cristianos evangélicos han hecho un compromiso franco con la Educación Cristiana, no siempre se ha sabido atribuir un valor suficientemente alto al desarrollo de la mente. Pocos de nosotros hemos apreciado del todo el contraste que existe entre

los recolectores de reglas y detalles y los hábiles esgrimidores de la verdad. Puede que haya unos pocos que conozcan algo acerca de bastantes cosas, pero eso no garantiza que muchos de nosotros sepamos pensar en profundidad y con perspicacia acerca de lo que conocemos.

He podido observar a muchas personas que han llenado su mente de una enorme cantidad de información sobre la Biblia. Han aprendido un rico vocabulario cristiano. Las oraciones de estas personas pueden tener un sonido tan agradable que los que están a su alrededor escuchan con temor reverente. Consideramos a tales individuos como personas espirituales. Pero en otras ocasiones comenzamos a ver que se trata de personas rígidas e inflexibles, impermeables al cambio y a la innovación. Su respuesta a cualquier desafío serio de su forma de pensar, es un acceso de ira o de acusación.

Al igual que otros, yo también estoy convencido de que los cristianos debemos ser los pensadores más vigorosos, amplios e imaginativos del mundo. Fue el apóstol Pablo quien dijo que como cristianos se nos otorga la mente de Cristo. Esto proporciona una capacidad intelectual potencial que la mente no regenerada no posee. La misma ofrece una perspectiva eterna con que pensar. En Jesús tenemos un fundamento de la verdad que debe hacer que nuestras ideas, nuestros análisis de las cosas y nuestras innovaciones estén entre los más poderosos de la época. Pero, debido a que en la vida de muchos cristianos existe una esencial pereza y una desorganización interior, no siempre sucede así. Estamos perdiendo uno de los grandes dones que Dios nos proveyó en Cristo.

El misionero y evangelista Stanley Jones, escribió:

> Swami Shivananda, un famoso swami de la India, solía decir a sus discípulos: "Maten la mente, y entonces, sólo entonces, podrán meditar." La actitud cristiana es: "Amarás a Jehová tu Dios con toda tu mente (la naturaleza intelectual), con todo tu corazón (la naturaleza emocional), con toda tu alma (la naturaleza volitiva), y con todas tus fuerzas" (la naturaleza física). La persona entera ha de amarlo —mente, emociones, voluntad y fuerza física. Pero la "fuerzas" pueden querer decir el brío de las tres cosas anteriores. Algunos individuos lo aman con la fuerza de la mente y la debilidad de la emoción —los intelectuales religiosos—; otros con la fuerza de las emociones pero con la debilidad de la mente —los

> sentimentales de la religión—; y otros, por fin, con la fuerza de la voluntad y con la flojedad de las emociones —el hombre de hierro, poco tratable. *Pero el amar a Dios con la fuerza de la mente, la fuerza de la emoción y la fuerza de la voluntad, hace el carácter verdaderamente cristiano, equilibrado y firme.* (Cursivas mías)

El pensamiento es la asombrosa capacidad que Dios le ha dado al ser humano para descubrir y observar toda la creación, comparar y contrastar cada una de sus partes, y —siempre que ello sea posible— utilizar éstas últimas adecuadamente a fin de reflejar la gloria del Creador. Los pensadores ven cosas viejas con nuevos ojos; analizan hipótesis, separando lo verdadero de lo falso. A veces los pensadores describen viejas verdades con nuevas palabras y formas; ayudan a otros a ver cómo se pueden hacer aplicaciones a la vida. Los pensadores toman decisiones audaces, nos ayudan a ver nuevas visiones y vencen obstáculos de maneras antes no percibidas.

Estas cosas no son meramente ejercicios para los grandes e inteligentes, sino la tarea de todo aquel que posee una mente sana. Al igual que pasa con el cuerpo físico, algunos seremos más fuertes que otros, pero eso no nos releva de la responsabilidad de usar tanto nuestro cuerpo como nuestra mente.

Se dice que aun cuando Tomás Edison era propietario de más de mil patentes, él pensaba que sólo podía atribuirse un invento —el fonógrafo— como idea original suya. Todos los demás, decía, eran adaptaciones y mejoras de proyectos que otra gente había dejado sin desarrollar.

Nos haría bien considerarnos a nosotros mismos como esponjas. A lo largo y a lo ancho de la creación, Dios ha escondido cosas para que la humanidad las descubra, las disfrute y por medio de ellas perciba la naturaleza del Creador mismo. Deberíamos absorberlas todas.

> Gloria de Dios es encubrir un asunto; pero honra del rey es escudriñarlo. (Proverbios 25:2).

El trabajo del primer hombre y de la primera mujer consistía en descubrir e identificar las cosas que Dios había hecho, pero por su desobediencia a las leyes divinas perdieron algunas oportunidades de realizar aquella clase de labor maravillosa. Ahora tenían

que preocuparse más de cómo sobrevivir en un mundo hostil, que de seguir descubriendo lo que había en el mismo. La naturaleza del trabajo cambió bruscamente. Tengo la convicción de que la vida celestial recuperará de algún modo esa forma de trabajo original.

Sin embargo, el principio y el privilegio de descubrir aún es efectivo en parte. Algunos descubrimientos se hacen mediante un duro trabajo físico, tal como el excavar para extraer oro de la ladera de un cerro. Otros tienen lugar al observar el progreso de los seres vivos en los reinos vegetal, animal y humano. Y gran parte del estudio de la creación se lleva a cabo puramente dentro de la mente del hombre. Es como si caváramos para desenterrar ideas y verdades, y luego nos volviéramos para expresarlas artísticamente, en adoración y con inventiva.

El pensar es una gran tarea, que se realiza mejor cuando nuestra mente está entrenada y en forma, igual que sucede con las carreras de atletismo, que se efectúan con un cuerpo entrenado y en forma. La mejor clase de pensamiento se logra cuando nuestra reflexión tiene lugar en el contexto de la reverencia hacia el regio dominio de Dios sobre la creación entera. Es triste ver una gran labor intelectual y artística realizada por hombres y mujeres que no tienen ningún interés en descubrir el conocimiento del Creador. Piensan y hacen innovaciones sólo para engrandecerse ellos mismos o para el desarrollo de un sistema humano se supone que es capaz de arreglárselas sin Dios.

Parece que a algunos cristianos les da miedo pensar. Confunden la recopilación de hechos, los sistemas doctrinales y las listas de reglas con la reflexión. Por lo general, ésos creyentes se sienten incómodos cuando abordan cuestiones complejas, y no ven la importancia de luchar a favor de grandes ideas, si no puedan encontrar siempre respuestas fácilmente preparadas. Las consecuencias son una tendencia a la mediocridad en la vida personal y en la actividad mental, y la pérdida de muchas cosas que Dios quería que sus hijos disfrutaran mientras pasan por la creación descubriendo la obra de sus manos. La vida en tales circunstancias se convierte en *diversión* —funcionar sin pensar.

El cristiano que no piensa, aunque no se da cuenta de ello, está siendo peligrosamente absorbido por la cultura que lo rodea. Ya

que su mente no está adiestrada, ni llena, no tiene la capacidad de producir esas preguntas difíciles con las que el mundo necesita ser desafiado. El reto para el creyente moderno en una sociedad secular, tal vez sea hacer preguntas proféticas para que haya una oportunidad de proporcionar respuestas de orientación cristiana.

En algunas ocasiones, debido a las ingentes cantidades de información que nos bombardean regularmente, el cristiano que no piensa anhela batirse en retirada, dejando la reflexión seria a unos pocos teólogos o líderes cristianos importantes.

Harry Blamires en su perspicaz libro titulado *The Christian Mind* (La mente cristiana), pregunta dónde están los cristianos con mente bastante aguda como para confrontar a una cultura que se aleja constantemente de Dios. Blamires hace un llamamiento a la gente que piensa "cristianamente" acerca de importantes asuntos morales. Su temor, el cual comparto, es que nos engañemos y lleguemos a creer que somos individuos que piensan, cuando no lo somos. Con una provocativa reprensión al público cristiano, escribe:

> El cristianismo está castrado de su pertinencia intelectual. Tal vez siga siendo un vehículo de espiritualidad y de guía moral a nivel individual, pero en la esfera comunal constituye poco más que una expresión de solidaridad sentimentalizada.

Cuando la mente del creyente se embota, éste puede caer víctima de la propaganda de un sistema no cristiano, dirigido por gente que no ha descuidado su capacidad de pensar y que simplemente nos han superado en este campo.

Al igual que en otro tiempo mi entrenador me enseñó a preparar mi cuerpo a fin de terminar toda la carrera, también tuve que aprender lo que otros están teniendo que aprender ahora: que hay que entrenar asimismo la mente. El mundo interior del cristiano estará débil, indefenso y desorganizado si este sector del crecimiento intelectual no recibe una atención seria.

El hombre de la escuela politécnica era mejor corredor que yo, pero perdió. Y perdió porque cien metros de talento no son suficientes para ganar una carrera de cuatrocientos.

Una vez que evalué el orden del sector intelectual de mi mundo interior, llegué a comprender con gratitud que unos pocos dones

naturales o unos pocos años de educación, nunca harían de mí el hombre que Dios quería usar en cualquier parte del mundo donde El quería que yo trabajase. El que yo resistiera y llegara a ser útil en la medida de mis posibilidades, no iba a depender de mis talentos ni de mis títulos académicos, sino de que aprendiera a ejercitar los músculos de mi mente y los pusiera en forma.

Tenía que convertirme en un pensador. Tenía que familiarizarme con los derroteros que la historia estaba tomando. Necesitaba saber cómo abordar las grandes ideas de la humanidad, y aprender a formar mis juicios independientemente de lo que veía. Para mí había llegado el momento de empezar a trabajar en firme. Otros corredores me estaban alcanzando, y la carrera se hallaba lejos de concluir. Yo no quería ser el mejor en la primera vuelta y un perdedor al llegar a la meta, como consecuencia de haber tenido talento pero no resistencia.

9

Lo triste de un libro que jamás se llegó a leer

Si mi mundo interior está en orden, es porque siguiendo el ejemplo de Cristo trato de utilizar todo lo que aprendo para servir a los demás.

Cierto día, mi esposa y yo curioseábamos en una vieja librería tratando de encontrar, entre los libros de segunda mano, esos títulos especiales que cuando se hallan, producen tanta alegría. Mi esposa descubrió un ejemplar de cierta biografía de Daniel Webster que había sido publicada en el año 1840. Como el volumen parecía interesante, y a nosotros nos encantan las biografías, ella lo compró.

La cubierta parecía lo suficientemente gastada como para dar la impresión de que era un libro que había sido bastante leído. Uno podía imaginárselo como un apreciado volumen en la biblioteca de alguna familia de Nueva Inglaterra por varias generaciones. Tal vez ese libro había sido prestado en diversas ocasiones y había ayudado a muchos lectores.

Pero no era así en absoluto. Cuando mi esposa empezó a hojearlo, descubrió que el impresor había dejado de cortar debidamente las páginas, y muchas de ellas no podían abrirse a menos que fuera con la ayuda de un cuchillo. Esas páginas sin abrir eran clara evidencia de que el libro no había sido leído nunca. Su exterior daba la impresión de que hubiera sido usado constantemente, pero si tal era el caso, habría sido sólo para adornar un

estante, para detener una puerta, o proporcionar a un niño pequeño la altura necesaria para que pudiera sentarse a la mesa y comer. Quizá se había utilizado el libro, pero, desde luego, jamás se había leído.

El cristiano que no está creciendo intelectualmente es como un libro cuyas páginas permanecen sin abrir y sin ser leídas. Al igual que ese libro, un creyente así puede que tenga cierto valor, pero en modo alguno tanto como si hubiera elegido afinar y desarrollar su mente.

LA MODALIDAD DE CRECIMIENTO

Cuando una persona se propone utilizar su mente en forma deliberada para crecer y desarrollarse como individuo, en su mundo interior se establece un nuevo orden. La mente —un órgano ampliamente subdesarrollado en muchas personas— cobra vida y adquiere nuevas posibilidades cuando, como yo digo, adopta la *modalidad de crecimiento.*

El desarrollar la dimensión intelectual de nuestro mundo interior tiene por lo menos tres objetivos. Permítame ofrecérselos a modo de programa para su crecimiento mental.

Primer objetivo: Disciplinar la mente para que piense de un modo cristiano

Yo entiendo este objetivo porque me crié en un ambiente evangélico y tuve todas las ventajas de recibir enseñanza cristiana desde mi niñez.

Pensar de un modo cristiano significa ver nuestro mundo bajo la perspectiva de que Dios lo ha hecho y le pertenece a El, de que tendremos que dar cuenta de lo que hagamos con la creación, y de que es importante que hagamos nuestras opciones conforme a las leyes divinas; a esto la Biblia lo llama mayordomía. El pensamiento cristiano considera todos los temas e ideas desde el punto de vista de lo que Dios desea y de todo lo que traerá honra para El.

La persona que no ha tenido la bendición de vivir en un ambiente cristiano toda la vida, no es probable que adquiera fácil-

mente esa perspectiva completa. Si se convierte en seguidor de Cristo a una edad más avanzada, le resultará particularmente molesto comparar sus instintos y reacciones con los de creyentes más maduros que él o que ella, y propenderá a ser duro consigo mismo, preguntándose si será capaz de salir adelante en los asuntos de la fe.

Para esta clase de persona, el pensar será más bien un asunto de compromiso que de instinto cristiano. En otras palabras: que la reacción de los creyentes más nuevos ante un problema o una oportunidad, es muy probable que sea como la de un inconverso, y el nuevo creyente tendrá que cambiarla completamente por una respuesta cristiana más madura.

La persona que piensa de manera cristiana debido a su trasfondo, probablemente piensa y reacciona de manera adecuada —a menos que haya escogido deliberamente una vida de rebeldía. Pero sea que exprese su respuesta mental con una acción cristiana o no, es un asunto totalmente distinto.

Describo estas dos formas de pensamiento porque me he dado cuenta de que son de ayuda para la gente, especialmente para los nuevos cristianos que luchan con el significado del crecimiento espiritual. Ellos se preguntan por qué van siempre un segundo detrás de los creyentes más antiguos y parecen incapaces de alcanzarlos. Con frecuencia la clave se halla en la crianza cristiana, que ciertamente supone una ventaja, y habla a favor de la importancia de la familia cristiana. Este tipo de crianza está llegando a ser cada vez menos frecuente, a medida que el mundo que nos rodea se seculariza más y más, apartándose de una base cristiana.

Para el nuevo convertido, el crecimiento mental supondrá en parte cultivar la perspectiva cristiana, la respuesta cristiana a la vida y el sistema de valores cristiano en el mundo mercantil.

El cristiano que tiene muchos años de conocer al Señor tiene una lucha distinta. Aun cuando tal vez su reacción a la mayoría de las situaciones sea instintivamente cristiana, su compromiso puede no ser tan entusiasta como el del recién convertido. El pensar de un modo cristiano sin una renovación regular de nuestra dedicación a Cristo, conduce a una inercia religiosa, a una fe aburrida y a un ineficaz testimonio para Dios. Nosotros, que hemos crecido conociendo el Evangelio de Jesucristo, debemos poner mucho cuidado en que esto no suceda.

Segundo objetivo: La mente debe ser enseñada a observar y apreciar los mensajes que Dios ha escrito en la creación

"Los cielos cuentan la gloria de Dios" (Salmo 19:1). Todo lo que Dios ha hecho, incluso los seres humanos, tiene como propósito clave reflejar la honra de Dios.

Tristemente el poder del pecado ha manchado la capacidad de algunos aspectos de la creación de reflejar dicha honra. En realidad, el pecado parece haber hecho primero su obra en la humanidad; luego, por medio de los hombres y las mujeres, el pecado ha manchado sistemáticamente todo lo demás en la creación. Pero allí donde el hombre no ha podido confundir el asunto, la creación sigue proclamando su mensaje: ¡Alabado sea Dios, el Creador!

La mente que crece, llena del amor de Cristo, escudriña la creación en busca de esos mensajes. Debido a nuestros dones naturales y espirituales, cada uno de nosotros puede verlos y escucharlos en algunos aspectos más que en otros. Asimismo se nos capacita para tomar esta creación material e identificarla, darle forma, reconfigurarla o usarla de otra manera que redunde en una mayor gloria de Dios. El carpintero trabaja con madera; el médico presta atención al cuerpo; el músico junta las notas de manera armoniosa; el ejecutivo dirige el grupo; el educador prepara a los jóvenes; el investigador analiza, hace innovaciones y da un uso práctico a los elementos del universo.

Nosotros desarrollamos nuestra mente para estas tareas, y nos regocijamos al hacerlas por todo aquello que Dios nos está revelando movido por su amante corazón.

Tercer objetivo: La mente debe ser adiestrada para que busque información, ideas y nociones con el objeto de servir a las personas que forman parte de mi mundo

El desarrollo de la mente hace posible que los hombres y las mujeres sean servidores de su generación. Pienso, por ejemplo, en las contribuciones hechas por el médico y misionero Paul Brand, a quien se atribuye el mérito de haber desarrollado ciertas técnicas quirúrgicas con las que se ha restaurado el uso de sus miembros a personas afectadas por la enfermedad de Hansen (lepra).

También hemos sido enriquecidos por la mente de C. S. Lewis en la literatura o la de John Perkins en las relaciones interraciales. Hay asimismo hombres y mujeres cuyos nombres no son tan conocidos: un joven ingeniero civil que utiliza su pericia para ayudar a construir una presa hidroeléctrica en Ecuador; un contador que dedica un tiempo precioso para ayudar a la gente de pocos recursos económicos a reestructurar su vida en cuanto al uso del dinero; un constructor que se traslada al centro urbano y enseña cómo rehabilitar y preparar casas viejas para el invierno; o un operador de computadoras que dedica parte de su tiempo a enseñar a leer a hijos de inmigrantes. Todas estas personas están utilizando su mente para ministrar a otros.

No desarrollamos nuestro intelecto simplemente para nuestro propio progreso personal, sino que ponemos nuestra capacidad de pensamiento a trabajar para el bien de otros. Cuando me obligo a leer, o a archivar, recuerdo: "Estoy recopilando materia prima que un día se convertirá en un sermón de aliento o de iluminación para otros." A medida que mi mente se desarrolla, puede ayudar en el crecimiento a otros.

ORGANICE SU MENTE PARA QUE CREZCA

Recordando los primeros años de mi vida, recuerdo haber llegado en cierta ocasión a comprender, asombrado, que aun cuando había acumulado enormes cantidades de información sobre muchas cosas, jamás me había impelido realmente a ser un pensador enérgico. De hecho, no estoy seguro de que hubiera aprendido nunca a amar el aprender.

Durante mis años de estudiante, tuve la tendencia a ser de esos que se contentan con el mínimo. Yo decía: "Dígame, qué hay que hacer para pasar este curso, y se lo haré." Salvo en raras ocasiones, adopté esa filosofía y la mantuve durante la escuela secundaria y la universidad. De vez en cuando me topaba con algún profesor que entreveía esa visión limitada y me empujaba hacia la excelencia. Nunca dejé de preguntarme por qué apreciaba más a esos educadores que a los demás. Era verdaderamente divertido ser empujado a esforzarme y que lograran sacar de mí algo mejor que el promedio.

Pero cuando finalmente dejé atrás el proceso educativo formal, no tuve a nadie que me empujara o tirase de mí, a nadie que me exigiera la excelencia sino yo mismo. Pronto aprendí que debía aceptar la plena responsabilidad de mi propio crecimiento mental. Había llegado a la pubertad intelectual. Por primera vez me puse serio en cuanto a aprender a pensar y a instruirme yo solo.

¿Cómo emprende uno este proceso de organización intelectual en el mundo interior? Permítame enumerar varias formas:

Crecemos escuchando

Mi organización intelectual comenzó cuando aprendí a escuchar. Para alguien como yo, a quien le gusta hablar, el escuchar a otros puede resultarle difícil. Pero si un individuo no sabe escuchar, le está negando a su mente una de las principales fuentes de información que nos ayudan a crecer.

Tal vez el primer paso para llegar a ser un buen oidor sea *aprender a hacer preguntas*. Pocas veces me he encontrado con una persona o en una situación de las que no pudiese aprender algo valioso. Muchas veces para obligarme a oír, he tenido que interrogar primero, por lo que he aprendido a ser un buen interrogador. Las preguntas adecuadas obtienen una información valiosa para el propósito del crecimiento. Me gusta preguntar a las personas acerca de su trabajo, dónde conocieron a su cónyuge, qué han leído últimamente, cuál consideran que es su mayor desafío en la actualidad y en qué partes de su vida encuentran a Dios realmente. Las contestaciones son siempre muy útiles.

Aprendiendo a ser un buen oidor, he llegado a entender que la mayoría de la gente está ansiosa por compartir algo de sí misma. Muchas personas mayores no cuentan casi nunca con nadie que las escuche, aunque por lo general son fuentes de discernimiento. La gente que sufre, o la que padece de tensiones, tiene mucho que compartir con los que saben hacer las preguntas adecuadas. Y al preguntar no sólo aprendemos, sino que también podemos animar y mostrar amor.

Necesitamos aprender a escuchar de un modo especial a los ancianos y a los niños. Tanto unos como otros tienen relatos que contar, los cuales enriquecen la mente y el corazón. Los niños

simplifican las cosas —a menudo con una brutal sinceridad. Las personas mayores aportan la perspectiva de sus muchos años de experiencia. También la gente que sufre nos ayuda a comprender cuáles son los asuntos realmente importantes de la vida. Así que, siempre hay algo que aprender, de cualquier persona, si estamos dispuestos a sentarnos a sus pies y a humillarnos lo bastante como para hacerle las preguntas adecuadas.

Una segunda parte de mi crecimiento mental mediante el escuchar tuvo lugar cuando comencé a *visitar a la gente en sus lugares de trabajo* para ver lo que hacían, conocer a sus compañeros, y saber algo acerca de los desafíos particulares a los que se enfrentaban. Me esforcé en obtener una nueva apreciación de las contribuciones de diversos tipos que la gente que me rodea está haciendo a mi mundo. Ahora disfruto preguntándole a las personas acerca de su profesión, cosas tales como: "Dígame qué se necesita para hacer con excelencia un trabajo como el suyo. ¿A qué grandes desafíos se enfrenta usted en el mismo? ¿Dónde confronta cuestiones éticas y morales? ¿Qué facetas de esta clase de labor resultan fatigosas o desalentadoras? ¿Se pregunta usted alguna vez acerca de las maneras en que Dios está presente en su trabajo?"

Una tercera forma de crecer por medio de escuchar es *oyendo a los que nos aconsejan*. Toda mi vida, Dios me ha rodeado de una cadena de hombres y mujeres que tenían confianza en mí, demostraban solicitud y trataban de contribuir al desarrollo de cualquier potencial que Dios me haya dado. Estoy agradecido de que mis padres me enseñaran a escuchar a tales personas, ya que muchos de mis compañeros tendían a desechar el consejo y la sabiduría de esos mentores, perdiendo así valiosa información.

En cuarto lugar, puedo sugerirle que siempre hay crecimiento cuando, además, *escuchamos a nuestros críticos*. Y este no es nada fácil para ninguno de nosotros. Dawson Trotman, el fundador de los Navegantes, tenía un buen método para hacer frente a todas las críticas dirigidas contra él. Por muy injustas que pudieran parecerle, las llevaba siempre a su lugar secreto de oración, y allí las extendía delante de Dios, diciendo: "Señor: por favor, muéstrame el grano de verdad oculto en esta crítica."

La verdad puede ser ciertamente pequeña en algunas ocasiones, pero siempre vale la pena encontrarla y reflexionar sobre ella. Yo he sentido agradecimiento al saber el secreto de Dawson Trotman, el cual me ha librado de incontables malos momentos en los que de otro modo me habría visto tentado a adoptar una actitud defensiva cuando se me criticaba. En vez de ello, estoy aprendiendo a crecer a manos de mis críticos. Pocas veces he escuchado una crítica acerca de mí, que en efecto no contuviera un grano de provechosa verdad. Algunos de dichos granos han sido bastante pequeños, pero allí estaban.

Cuando repaso mentalmente las verdades más importantes en las cuales he basado el desarrollo de mi carácter y personalidad, me asombro al descubrir que la gran mayoría de dichas verdades las aprendí pasando por situaciones dolorosas en las que alguien, ya fuera por amor o movido por la ira, me reprendió o me criticó con firmeza. Siempre me acordaré de una ocasión en la que el doctor Raymond Buker mi profesor de misionología en el Seminario Denver, se me acercó al final de una asamblea especial en la que yo había leído una disertación acerca de cierto tema moral que ardía en él corazón de la generación estudiantil de aquellos días. Para preparar dicha disertación, había faltado a dos de sus clases, lo cual no lo había pasado desapercibido.

—Gordon... —me dijo—, la disertación que has leído esta noche era buena, pero no excelente. ¿Querrías saber por qué?

Yo no estaba seguro de quererlo, ya que preveía que me aguardaba algo de humillación; pero tragué saliva y le dije que tenía interés en escuchar su análisis.

—La disertación no era excelente —expresó golpeándome en el pecho con un dedo— porque para escribirla sacrificaste lo cotidiano.

En aquella ocasión aprendí con dolor una de las lecciones más importantes y necesarias de mi vida. Ya que como líder cristiano soy generalmente dueño de mi tiempo y me resultaría muy fácil eludir lo cotidiano, las responsabilidades poco espectaculares, y entregarme únicamente a hacer las cosas interesantes que se presentan. Pero la mayor parte de la vida está formada por la rutina, y el doctor Buker tenía razón: las personas que aprenden a cumplir con las responsabilidades y los deberes cotidianos, a la larga serán quienes realicen las mayores contribuciones.

No obstante, yo no habría aprendido esa lección, ni habría crecido gracias a ella, al menos en esa época de mi vida, si no hubiera habido un hombre dispuesto a reprenderme, y si yo no hubiese estado dispuesto a escuchar y aprender.

De modo que crecemos escuchando, y escuchando de una manera agresiva: haciendo preguntas, observando atentamente lo que sucede a nuestro alrededor y tomando nota de las cosas buenas o malas que acontecen a la gente como resultado de sus decisiones.

Crecemos leyendo

Una segunda forma de crecer es mediante la lectura. En esta era dominada por los medios de comunicación, a la nueva generación le está resultando cada vez más difícil adquirir la disciplina de leer, lo cual quizás sea una de las pérdidas más importantes de nuestro tiempo. Nada substituye lo que se puede descubrir en los libros.

Pablo demostró su propia hambre de lectura al escribir a Timoteo pidiéndole los pergaminos y libros. Incluso ya anciano todavía, estaba ansioso por crecer. Algunos de nosotros no somos dados a leer de un modo natural, y nos resulta difícil hacerlo; pero en la medida que sea, debemos esforzarnos en ese sentido y adquirir la costumbre de leer sistemáticamente.

Mi esposa y yo somos estudiosos de las biografías, y difícilmente hay alguna ocasión en nuestro hogar en la cual no estemos ambos leyendo dos o tres relatos biográficos a la vez. Tales libros han vertido en nuestra mente valiosísimas ideas.

Otros tal vez se sientan atraídos por la psicología, la teología, la historia o las novelas de calidad; pero todos necesitamos estar leyendo por lo menos un buen libro en todo tiempo, o si es posible más. Cuando hablo con pastores que luchan con su propia eficiencia, a menudo les pregunto: "¿Qué ha estado leyendo últimamente?" Casi puede predecirse que cuando un pastor lucha con el fracaso en su ministerio, no puede nombrar ni un solo título o autor que esté leyendo en esos días. Si no lee, es bastante probable que no esté creciendo; y si no está creciendo, puede caer rápidamente en la ineficacia.

Durante la crisis de los rehenes en Irán, cierta mujer parecía

destacarse del resto de las cincuenta y tantas víctimas de aquella terrible prueba: Katherine Koob, quien se convirtió en una inspiración para muchos. Cuando volvió a su hogar y pudo explicar qué fue lo que la mantuvo mentalmente sana y vigorosa en aquellas condiciones, reconoció de buen agrado que fueron la lectura y la memorización que había hecho a lo largo de toda su vida. En su mente, Katherine tenía almacenada una cantidad enorme de material, del que extraía fuerza y determinación para sí misma, así como la verdad necesaria para consolar a otros.

En mis disciplinas espirituales he procurado apartar como mínimo una hora diaria para la lectura. He descubierto que siempre se debe leer con un lápiz en la mano para subrayar ciertos pasajes sobresalientes. A este fin, he inventado una serie de códigos sencillos que me recuerdan los pensamientos notables o ciertas citas dignas de ser marcadas con sujetapapeles y archivadas para un uso posterior.

Conforme leo, voy apuntando pensamientos e ideas claves que luego se convertirán en sustancia de artículos y sermones. Y es así como con frecuencia de la página salta alguna idea valiosa para alguien que conozco. Por lo que, a menudo, el hacer una copia de esa cita o referencia en particular, y enviarla como una porción de estímulo o de instrucción, ha constituido una forma de ministerio.

Si un escritor me ha sido de especial estímulo a la mente y al corazón, trato de conseguir todo lo que él haya escrito. Presto atención cuidadosa a las bibliografías, las notas al pie de las páginas, y los índices, en busca de material que valga la pena para examinar por mí mismo.

En el transcurso de los años, he aprendido a preguntar a todo aquel que sé que está aficionado al estudio o a la lectura de cualquier tipo: "¿Qué está leyendo actualmente?" Si la persona puede sugerirme media docena de títulos, se lo agradezco infinitamente y los consigno en una lista de libros para leer. Entre los componentes de un grupo resulta fácil distinguir quiénes son los que leen, cuando se menciona algún libro particularmente bueno. Los lectores son aquellos que sacan inmediatamente una libreta, o una tarjeta de referencia, y anotan el título y el autor.

Crecemos estudiando disciplinadamente

Una tercera forma de crecimiento mental se consigue mediante la disciplina del estudio. La cantidad de tiempo dedicada a estudiar variará de una persona a otra, y tendrá mucho que ver con nuestra profesión: Los predicadores, sencillamente deben hacerlo si quieren suministrar la clase de alimento espiritual que se les ha ordenado que provean.

En mis primeros años de ministerio, cuando esta clase de crecimiento mental no se había convertido aún en una disciplina para mí, la mayor parte de mis estudios eran lo que ahora llamo *estudios defensivos*. Con esto quiero decir que estudiaba frenéticamente, sólo porque tenía a la vista algún sermón que predicar o una charla que dar. Todo mi estudio iba dirigido al cumplimiento de esa tarea.

Pero, más tarde, descubrí la importancia de algo que ahora llamo *estudio ofensivo*; ésto es un estudio que tiene por objetivo la recopilación de grandes cantidades de información e ideas, a partir de las cuales se pueden desarrollar futuros sermones, charlas, libros y artículos. En la primera clase de estudio uno está limitado a un tema elegido. En la segunda, se explora, se descubren verdades y se adquiere entendimiento de muchas fuentes. Tanto el estudio ofensivo como el defensivo resultan necesarios en mi vida.

Crecemos cuando seguimos la disciplina del estudio ofensivo. Esto se hace leyendo, tomando algunos cursos de vez en cuando para ensanchar nuestro entendimiento, aceptando desafíos que nos obligan a aprender cosas nuevas y explorando distintas disciplinas por el puro placer de saber más acerca del mundo de Dios.

Cada año, aparto ciertos libros y proyectos con los cuales deseo familiarizarme,; y cuando los meses menos ocupados me proporcionan un tiempo libre suplementario, me pongo a trabajar. Es de esperar que al final del verano esté listo para acometer la parte más densa del ciclo anual, con cantidades considerables de materia prima en mis cuadernos de notas, destinada a sermones y estudios bíblicos para el año siguiente.

Como ya he mencionado antes en este libro, le saco mejor partido a mi tiempo de estudio cuando lo tengo a primeras horas de la mañana pero esto lo puedo lograr tan sólo reservando un espacio

para ello en mi calendario con suficiente anticipación. Cuando hago trampas con el tiempo, casi siempre acabo lamentándolo. Esta es una cita a la que jamás se debe faltar.

Tengo una esposa que me apoya, que protege y alienta mi tiempo de estudio, lo cual contribuye también a su propio crecimiento. En nuestros primeros años de casados y de ministerio, ella al igual que yo tuvo que aprender la importancia de los estudios ofensivo y defensivo. Como joven esposa, cuando me veía leyendo un libro o sentado ante mi escritorio, no vacilaba en interrumpirme. Después de todo, era fácil de entender: ¿qué importancia podía tener una interrupción de treinta segundos para contestar alguna pregunta o una pequeña pausa para sacar la basura?

Pero ella llegó a comprender que el estudio constituye un trabajo intenso para mí, y que las interrupciones a menudo dan al traste con mi ímpetu mental. Una vez entendido esto, ella no sólo se convirtió en una protectora de mi tiempo, sino en su promotora, amonestándome hábilmente cuando me encontraba derrochándolo o dejando largas a mis compromisos para "más tarde". Ninguno de mis libros se hubieran escrito jamás de no haber determinado ella conmigo que Dios quería que escribiese y que yo iba a necesitar el apoyo de ella así como su estímulo.

Hace algunos meses llevé a cabo un seminario para pastores sobre el tema de la predicación, y hablé acerca de las cuestiones del estudio y de la preparación de mensajes. Ya que se encontraban presentes cierto número de esposas, dije al grupo: "Ahora bien, algunos de ustedes pueden verse tentados a pensar que cuando su cónyuge está leyendo, lo que hacen es gastar un tiempo de segunda categoría. De modo que están propensos a sentirse libres para interrumpirlos según se les antoje. Lo que necesitan comprender es que él o ella está trabajando tanto como el carpintero que se halla en su taller afilando la hoja de una sierra. Dentro de unos límites razonables, ustedes no sólo deben evitar el interrumpir a su cónyuge, sino también procurar que el retiro de él o ella sea máximo, si lo que desean es que él o ella crezca en eficiencia."

Un par de meses después, cierta pareja vino a platicar conmigo en otro encuentro en el que yo estaba dando algunas charlas. Iban de la mano y se sonreían alegremente. El joven me tendió la mano y dijo: "Hemos venido a darle las gracias por cambiar nuestra vida."

Ya que no soy muy dado a pensar que puedo cambiar vidas, sentí curiosidad por saber qué había hecho yo; a lo que la dama contestó:

—Hace algunos meses estuvimos presentes en el seminario que usted dio sobre la predicación, en cual nos habló de la importancia de considerar la lectura y el estudio como trabajo. Usted puso énfasis en que protegiésemos cada uno el tiempo que el otro dedicaba a ello. ¿recuerda?

Naturalmente que lo recordaba.

—Entonces comprendí —prosiguió ella— que yo jamás había visto la lectura y el estudio de mi esposo desde ese ángulo, y prometí a Dios que al llegar a casa actuaría de un modo distinto.

—Y eso ha cambiado mi vida —intervino el joven pastor—. Le estamos muy agradecidos.

Estudiar implica crear un buen sistema de archivo a fin de poder almacenar mi información para que nunca se malgaste. Quiere decir, asimismo, hacer sacrificios para adquirir una buena biblioteca de libros de consulta. Pero, sobre todo, el estudio implica determinación y disciplina; el resultado de lo cual es siempre crecimiento.

Quiero hacer un comentario más sobre la importancia del estudio para todos nosotros. He hablado primordialmente de los pastores, porque éste es mi mundo, y por la gran trascendencia que el estudiar tiene para los pastores, pero en principio estoy dirigiéndome a todos los cristianos: hombres y mujeres. He comprendido la importancia no sólo de que mi esposa haga posible el estudio para mí, sino también a la inversa. Se trata de una disciplina mutua a la que nos estimulamos el uno al otro —los dos debemos ocuparnos de nuestro crecimiento mental.

Quiero dejar claro que esto significa que *nosotros los esposos debemos preguntarnos si estamos promoviendo y salvaguardando o no tiempo para que nuestra esposa lea y estudie.* En nuestra labor de orientación matrimonial, hablamos con muchas parejas cuyo problema es el de un crecimiento mental dispar entre el esposo y la esposa. Después de diez o quince años de matrimonio, uno de los cónyuges está creciendo mientras que el otro no. Para ser francos, la mayoría de las veces nos damos cuenta que la mujer una vez pasados los cuarenta sigue manteniendo su ímpetu intelectual, en tanto que el esposo prefiere sentarse a ver la televisión, pero el problema puede ser también a la inversa.

Es posible reconocer a los estudiantes de cualquier edad principalmente porque suelen tomar apuntes. Hace muchos años que mi esposa y yo adoptamos un tamaño especial de papel para notas y compramos docenas de archivadores. Todos nuestros apuntes se archivan en esos libros bajo códigos temáticos especiales. Prácticamente no vamos a ningún sitio sin llevar papel y lápiz, a fin de estar listos para anotar los pensamientos de cualquiera que se cruce en nuestro camino y tenga algo importante que decir. Uno no sabe nunca cuándo descubrirá un libro o tendrá alguna experiencia que valgan la pena registrar para una cita futura.

El cristiano que desea crecer tomará siempre apuntes durante la predicación o los estudios bíblicos. Esta es una forma práctica de afianzar la fe en que Dios dará al que escucha algo que le sea útil en el futuro para el servicio a los demás. Una buena costumbre de tomar apuntes constituye una forma de almacenar la información y las ideas que llegan a nosotros constantemente, y por lo tanto, de aprovechar al máximo el crecimiento que se halla a nuestro alcance.

Esdras, el escriba antiguotestamentario, creía en el crecimiento de la mente en el capítulo 7 y versículo 10 del libro que lleva su nombre dice: "Esdras había preparado su corazón para inquirir la ley de Jehová y para cumplirla, y para enseñar en Israel sus estatutos y decretos". El orden de esta descripción de crecimiento personal en el mundo interior de un hombre es digno de subrayarse: Esdras estudiaba, cumplía lo que había aprendido y compartía aquello que valía la pena. Era algo así como un estudiante profesional, y dedicaba al estudio mucho más tiempo del que ninguno de nosotros dará jamás. Pero sentó un gran precedente, y ya que su mente y su espíritu estaban llenos, Dios lo designó para la gigantesca tarea de conducir una gran fuerza operativa humana a través del desierto para reconstruir Jerusalén.

Si usted viniera a nuestra casa en la actualidad, y quitara del estante aquella vieja biografía de Webster, descubriría que hemos abierto cada página del libro a fin de poder leer la historia de ese gran hombre. El libro aún tiene un aspecto terriblemente gastado, pero ahora es por las razones debidas: ¡por fin ha sido leído!

Al igual que aquel libro cuando lo encontramos, muchas personas manifiestan las marcas externas de un deterioro de la vida. Pero dentro de ellas hay grandes aspectos de su mundo interior que permanecen sin abrir. Se hallan desorganizados por dentro, porque jamás han ensanchado ni acondicionado su mente a fin de poder manejar la información y los desafíos de nuestros tiempos. No han sacado provecho de todo lo que Dios ha puesto aquí para que lo descubramos, disfrutemos y usemos.

Pero cuando tomamos en serio el crecimiento y el desarrollo de nuestra mente, ocurre algo maravilloso: llegamos a conocer a Dios plenamente y somos mucho más útiles en el servicio a los demás, ya que del mismo modo que la creación fue diseñada en un principio para reflejar la gloria de Dios, nosotros —nuestra mente incisiva— comenzamos a reflejarlo también.

¡Qué maravilloso es ver a una persona, en el mundo de Dios, en posesión de una inteligencia aguzada después de abrir cada página con discernimiento y verdad!

CUARTA PARTE: FORTALEZA ESPIRITUAL

10

Orden en el huerto

Si mi mundo interior está en orden es porque escojo regularmente ampliar el centro espiritual de mi vida.

Howard Rutledge, piloto de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, fue derribado en Vietnam al comienzo de la guerra, y pasó varios años desdichados en manos de sus apresadores antes de ser puesto en libertad al final de la contienda.

En su libro *In the Presence of Mine Enemies* (En presencia de mis enemigos), Rutledge reflexiona sobre los recursos que lo mantuvieron en aquellos días difíciles en los cuales la vida parecía intolerable.

> Durante aquellos períodos más largos de reflexión forzosa se me hizo mucho más fácil separar lo importante de lo trivial, lo que valía la pena de lo inútil. En el pasado, por ejemplo, los domingos yo solía trabajar o jugar mucho, y no tenía tiempo para ir a la iglesia. Durante años, Phyllis [su esposa] me estuvo animando a ir a la iglesia con la familia. Ella jamás me sermoneó ni me reconvino, sino simplemente siguió esperando. Pero yo estaba demasiado ocupado y absorto para pasar una o dos cortas horas a la semana pensando en lo que era realmente importante.
>
> Ahora tenía a mi alrededor por todas partes las escenas, sonidos y olores de la muerte. Mi hambre espiritual pronto superó el deseo de comerme un filete. Ahora quería saber acerca de esa parte de mí mismo que nunca moriría, y hablar de Dios, de Cristo y de la iglesia. Pero en la incomunicación solitaria de

> Congoja [nombre que los prisioneros de guerra le dieron a aquel campo] *no había* pastor, ni maestro de Escuela Dominical, ni Biblia, ni himnario, ni comunidad de creyentes que me guiara y sostuviese. *Yo había descuidado por completo la dimensión espiritual de mi vida, y fue necesaria la prisión para mostrarme lo vacía que es la existencia sin Dios.* (Cursivas mías)

Se requirió la presión de un campo de prisioneros de guerra para hacer ver a Rutledge que en su mundo interior existía un centro el cual él prácticamente había descuidado durante toda la vida. Me gusta referirme a ése centro como el espíritu de la persona —otros lo llaman el alma. Fisiológicamente hablando no se puede situar el centro espiritual del mundo interior de un individuo, pero ahí está. Es un centro eterno: el punto donde nos comunicamos con nuestro Padre celestial en la forma más íntima. El espíritu jamás puede perder su naturaleza eterna, pero sí existir en un estado de tal desorganización que sea casi imposible la comunión con Dios. Por lo general, eso conduce a un caos total en otras partes del mundo interior del individuo.

El cristiano está teológicamente convencido de la existencia del alma, pero muchos creyentes luchan con la calidad de vida en ese centro. Al menos ésa es la impresión que saco al escuchar durante largo rato a aquellos que quieren hablar del significado de la actividad espiritual interior. Muchos hombres y mujeres se encuentran penosamente insatisfechos con el nivel de contacto que tienen con Dios. Uno de sus comentarios típicos es: "Sencillamente no siento que logro comunicarme con El muy a menudo."

Con frecuencia un espíritu desorganizado supone a menudo falta de serenidad interior. Para algunos, lo que debería ser tranquilidad, no es, sino entumecimiento o vacío. Otros sufren de desazón, de un sentimiento de no dar jamás la talla de las expectativas que, según creen, Dios tiene de ellos. Una preocupación corriente es la incapacidad de mantener el ímpetu espiritual, de tener actitudes y deseos razonablemente constantes. Cierto joven comentaba: "Empiezo la semana con magníficas intenciones, pero para el miércoles por la mañana ya he perdido el interés. Sencillamente no puedo mantener una vida espiritual satisfactoria. De modo que llega un momento en el que me canso de intentarlo."

LA INYECCION RAPIDA

Un vistazo a la vida de los grandes santos de la Escritura a veces nos produce envidia. Reflexionamos acerca de la experiencia de Moisés frente a la zarza ardiente, de la visión de Isaías en el templo y de la confrontación de Pablo en el camino de Damasco, y nos sentimos tentados a decir: "Si yo hubiera podido tener una experiencia como la de cualquiera de ellos, no necesitaría más dosis en toda mi vida."

Pensamos que nuestra espiritualidad podría mejorarse con algún momento dramático que se nos quedara indeleblemente grabado en la conciencia, y que una vez impresionados por tan espectacular contacto con Dios, jamás nos veríamos tentados a dudar de nuevo del asunto.

Esa es una razón por la que muchos de nosotros sentimos la tentación de buscar una especie de "inyección rápida", que nos haga parecer a Dios más real e íntimo. Algunos se sienten profundamente enriquecidos si un predicador que lanza con furia acusaciones y denuncias los hace sentirse terriblemente culpables. Otros buscan experiencias emocionales que los saquen de sí mismos y los eleven a niveles de éxtasis. Hay también aquellos que se sumergen en interminables rondas de enseñanza y estudio de la Biblia, convirtiendo la búsqueda de la doctrina pura en una forma de encontrar intimidad satisfactoria con Dios. Otros aún tratan de llegar a la espiritualidad por medio de la actividad en la iglesia. Por lo general, la elección de estas u otras formas de llenar nuestro espíritu aparentemente vacío, se basa en el temperamento sicológico que tenemos —lo qué nos toca más efectivamente en el momento y nos hace sentirnos en paz.

Pero el hecho es que no es probable que la persona común y corriente, como usted y yo, tenga nunca una gran confrontación bíblica, ni quedaríamos satisfechos con las experiencias dramáticas de otros. Para desarrollar una vida espiritual que nos produzca contentamiento hemos de enfocar la espiritualidad como una disciplina, de un modo muy parecido al del atleta que se prepara físicamente para la competencia.

Una cosa es cierta, y es que si no escogemos adoptar esa disciplina, llegará un día en el que, al igual que Howard Rutledge, lamentaremos no haber aceptado el desafío.

EL CULTIVO DEL HUERTO

¿Cómo podríamos describir este centro del que estamos hablando; este territorio espiritual interior donde los encuentros son casi demasiado sagrados para expresarlos? Fuera de las definiciones teológicas no disponemos de mucho más que de un conjunto de metáforas.

David el salmista estaba pensando metafóricamente al imaginar su espíritu como un pastizal donde Dios, el pastor, lo conducía como a un cordero. En ésa metáfora había aguas tranquilas, pastos verdes y mesas repletas de comida para ser gustada con seguridad. Según David, se trataba de un lugar en el que el alma era restaurada.

Para mí, la metáfora que describe apropiadamente este centro espiritual interior es un huerto: un lugar de paz y tranquilidad potenciales. Este huerto es el sitio donde el Espíritu de Dios viene a revelarse, a compartir su sabiduría, a confirmar o reprender a la persona, a suministrar aliento y a dar dirección y guía. Cuando dicho huerto está debidamente ordenado, constituye un lugar tranquilo, sin agitación, ni ruido contaminador ni confusión.

El huerto interior es un sitio delicado, y si no se lo conserva como es debido, pronto estará lleno de maleza extraña. Dios no se pasea con frecuencia por huertos desordenados, y por esta razón los huertos interiores que se descuidan son tenidos por vacíos.

Con eso era precisamente con lo que luchaba Howard Rutledge cuando la presión se hacía máxima en la cárcel de Congoja. La incomunicación total, las frecuentes palizas y el deterioro de su salud habían convertido su mundo en un lugar hostil. ¿A qué podía recurrir él para sostenerse? Según su propia confesión, había malgastado las oportunidades anteriores de su vida para almacenar fortaleza y resolución en su huerto interior. "Estaba demasiado ocupado y absorto —dice— para pasar una o dos cortas horas a la semana pensando en lo que realmente era importante." Sin embargo, tomó lo poco que guardaba de su infancia y lo desarrolló; y de repente Dios se convirtió en una parte muy real e importante de su existencia.

Poner orden en la dimensión espiritual de nuestro mundo interior es horticultura espiritual. Es el cuidadoso cultivo de la tierra de nuestro espíritu. El hortelano remueve el suelo, arranca las malezas, planea el uso de la tierra, planta semillas, riega y abona, y disfruta de las cosechas resultantes. Todo esto compone lo que muchos han llamado disciplina espiritual.

Me encantan las palabras del hermano Lorenzo, un cristiano reflexivo de hace muchos siglos que empleaba la metáfora de una capilla:

> Para estar con Dios no siempre es necesario estar en la iglesia. Convertimos en capilla nuestro corazón, y allí podemos, de vez en cuando retirarnos para tener una mansa, humilde y amorosa comunión con El. Todo el mundo puede tener esas conversaciones familiares con Dios, unos más y otros menos —El conoce nuestras aptitudes. *Empecemos a hacerlo; quizá Dios sólo espera que tomemos una decisión sincera. ¡Animo! Nuestra vida es corta.* (Cursivas mías)

El hermano Lorenzo nos insta a comenzar pronto; ¡tenemos poco tiempo! La disciplina del espíritu debe empezar *ahora.*

PRIVILEGIOS QUE PODEMOS PERDER

A menos que empecemos esa disciplina, sufriremos pérdida en cierto número de privilegios que Dios ideó para que estuviésemos rebosantes de vida. Por ejemplo: *no aprenderemos nunca a disfrutar de la infinita y eterna perspectiva de esa realidad para la que fuimos creados,* por lo que nuestras facultades de juicio se verán substancialmente recortadas.

David nos muestra un poco de esa perspectiva eterna al escribir acerca de "los reyes de la tierra" que inician movimientos y sistemas con los cuales pretenden reemplazar a Dios (Salmo 2:2). David habría sido intimidado por esos reyes y movimientos, de no haber tenido la perspectiva de un Dios eterno y soberano al que describe sentado en los cielos y riéndose de todas esas inútiles maquinaciones. ¿Y el resultado? David no era dado al temor, como algunos habrían podido serlo no teniendo la perspectiva eterna.

Si no disciplinamos el centro espiritual de nuestro mundo interior, un segundo privilegio que nos faltará será el de *una amistad dinámica y vivificadora con Jesucristo.* David estuvo muy consciente de que había perdido ese tipo de contacto con su Dios al

pecar con Betsabé, y sólo pudo soportarlo por cierto tiempo, después de lo cual fue corriendo al Señor con un llanto de confesión y súplica para ser restaurado. Esa intimidad con Dios significaba demasiado para él.

Un tercer privilegio que perderán los espíritus indisciplinados será *el del temor de tener que dar cuentas a Dios*. Habrá un creciente olvido por su parte de que todo cuanto somos y poseemos procede de la bondadosa mano del Señor, y caerán en la costumbre de suponer que todo nos pertenece a nosotros. Esto fue lo que le sucedió al rey Uzías de Judá, quien había tenido una magnífica relación con Dios y la dejó deteriorarse (2 Crónicas 26). El resultado fue un aumento de su orgullo que lo condujo a una vergonzosa caída. Uzías empezó como un héroe, pero acabó como un necio. La diferencia consistió en el creciente caos y desorden de su huerto interior.

El permitir que nuestro centro espiritual se deteriore significará, en cuarto lugar, que perderemos *la conciencia de nuestra magnitud real en comparación con la del Creador*. Y en sentido inverso, olvidaremos el *carácter especial y el valor que tenemos para El como sus hijos*. Olvidando estas cosas, cometemos los errores del hijo pródigo y terminamos haciendo una serie de juicios desastrosos que producen dolorosas consecuencias.

Por último, un descuidado y desordenado centro espiritual implica, generalmente, pocas *reservas o determinación para momentos de crisis* tales como el fracaso, la humillación, el sufrimiento, la muerte de un ser querido o la soledad. Esta era la desesperada situación de Rutledge. ¡Qué distinta de la situación de Pablo en la cárcel romana! Todos habían dejado al apóstol, por buenas o malas razones, pero él estaba seguro de que no se hallaba solo. ¿Y de dónde le venía esa seguridad? Le venía de aquellos años de disciplina espiritual, de cultivo interno que habían dado como resultado un lugar en el que él y Dios podían encontrarse a solas, a pesar de toda la hostilidad del mundo público que lo rodeaba.

¿CUAL SERA EL PRECIO?

Cuando el huerto interior se está cultivando y el Espíritu de Dios se halla presente, las cosechas son acontecimientos regulares. ¿Y los frutos? Cosas tales como valor, esperanza, amor, perseverancia, gozo y mucha paz. Y también aptitudes extraordinarias para el dominio propio, y la habilidad para el discernimiento del mal y el descubrimiento de la verdad. Como expresa el autor de Proverbios:

> Cuando la sabiduría entrare en tu corazón,
> Y la ciencia fuere grata a tu alma,
> La discreción te guardará;
> te preservará la inteligencia,
> Para librarte del mal camino,
> De los hombres que hablan perversidades.
>
> (Proverbios 2:10–12)

Richard Foster, citando a Thomas Kelly, uno de mis escritores favoritos, dice:

> Sentimos francamente la presión de muchas obligaciones, y tratamos de cumplirlas todas. Entonces nos sentimos infelices, inquietos, tensos, oprimidos, y temerosos de ser superficiales. . . . Tenemos indicios de que hay una forma de vida mucho más rica y profunda que toda esta apresurada existencia: una vida de serenidad, de paz y de poder sin prisas. ¡Ah, si pudiéramos deslizarnos dentro de ese Centro!. . . Hemos visto y conocido a algunos que han encontrado este profundo Centro de la vida, donde las molestas demandas de la vida se integran; donde puede decirse con confianza tanto "No" como "Sí".

Como bien lo expresa Kelly: ¡Ah, si pudiéramos desplazarnos dentro de ese Centro!

A lo largo de los siglos, los místicos cristianos han sido quienes tomaban muy en serio la disciplina espiritual. Estudiaban dicha disciplina, la practicaban, y en ocasiones llevaban sus ejercicios a unos extremos malsanos y peligrosos. Pero ellos creían que debía haber experiencias regulares de apartamiento de la rutina y de las relaciones, para buscar a Dios en un huerto interior. Estos místicos nos decían prontamente que los cultos de la iglesia y las celebraciones religiosas eran muy poco adecuados. Que hombres y mujeres debían, a su parecer, crearse una capilla, aguas tranquilas o un huerto en su mundo interior. No había otra alternativa.

Jesús, ciertamente, buscó la disciplina de su espíritu. Sabemos

que David lo hizo; y también Moisés, los apóstoles y Pablo, quien escribía acerca de sus propias costumbres:

> Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado (1 Corintios 9:26, 27).

¿No habremos menospreciado esta disciplina espiritual, este cultivo de nuestro huerto interior? Hoy en día los cristianos hablamos de la importancia del "tiempo devocional" diario, que muchas veces queda reducido a un sistema o un método rápido y facilitado. Lo abreviamos a siete o treinta minutos, según el tiempo que tengamos disponible. Utilizamos guías de estudio bíblico, devocionales, folletos de meditación diaria y listas de oración cuidadosamente organizadas. Todo eso está bien —supongo que es mejor que nada—, pero ni siquiera se acerca a la actividad tan eficaz como la que los místicos tenían en mente.

No hace mucho, una de las principales revistas cristianas me llamó para preguntarme si estaría dispuesto a pasar un día con determinado líder cristiano prominente de otro país, que se hallaba de visita en nuestra ciudad. Querían que yo hiciera una entrevista muy completa a dicho líder sobre su persona, para que los lectores pudieran conocerlo como individuo.

Yo acepté el ofrecimiento y fui a visitarlo a fin de obtener su beneplácito para la conversación.

—¿Y de qué hablaremos? —me preguntó.

—He pensado que podríamos conversar acerca de su experiencia como predicador, escritor y erudito —contesté—, y quizá tocar otros temas tales como sus ideas sobre la vida familiar, las amistades... y sus disciplinas espirituales.

—¿Mis disciplinas espirituales? —me interrumpió él.

—Sí —repliqué—, a mucha gente le encantaría saber algo en cuanto a cómo ha practicado usted su caminar con Dios.

Jamás olvidaré su respuesta.

—Esa parte de mi vida es demasiado privada para compartirla con nadie.

Todavía pienso que muchos de nosotros, hombres y mujeres más jóvenes en el ministerio, habríamos sacado bastante provecho

de las opiniones de este hombre ya mayor; no obstante, escuché lo que trataba de decirme. Ese aspecto de su mundo interior era, como acababa de expresar, estrictamente privado. Se había desarrollado en el secreto y seguiría así. El y Dios lo compartirían juntos —y a solas. No quedaría reducido a un sistema.

¿Qué se necesitaría para obligarnos a un cultivo disciplinado del huerto interior de nuestro mundo interior? ¿Una experiencia de gran sufrimiento? Eso es lo que la historia parece indicar vez tras vez: los que se hallan bajo presión buscan a Dios, ya que no les queda nada más. Los que están colmados de "bendiciones" tienden a dejarse llevar por la corriente. Es por eso que a veces pongo en duda la palabra *bendición*. Ciertamente no puede considerarse una bendición algo que nos induce a abandonar ese cultivo espiritual interior.

¿Podemos apreciar la importancia del centro interno de nuestro mundo interior antes de llegar a las puertas de la muerte o de sufrir una derrota o una humillación? El mandamiento y los precedentes siguen volviendo a nosotros vez tras vez, tanto en las Escrituras como en la historia de los grandes santos. Aquel que ordena su mundo espiritual interior prepara un lugar para que Dios lo visite y le hable; y cuando la voz del Señor se deja oír, no puede compararse a ninguna otra cosa jamás hablada. Eso fue lo que descubrió Howard Rutledge; pero para ello tuvo que pasar forzosamente por una experiencia como prisionero de guerra.

El hermano Lorenzo expresa: "Empecemos a hacerlo." Thomas Kelly nos exhorta: "¡Deslicémonos dentro de ese centro!" Cristo nos llama y dice: "Aprended de mí." ¿Y cómo tiene lugar esta disciplina del espíritu?

11

No se necesitan apoyos externos

Si mi mundo interior está en orden es porque no tengo miedo de permanecer solo y en silencio ante Cristo.

Cuando E. Stanley Jones el misionero metodista en la India, era ya anciano, sufrió un ataque de apoplejía debilitadora que lo dejó inmóvil y prácticamente sin habla; pero no sin fe. "No necesito de apoyos externos para sostener mi fe —escribió—, ya que es ella la que me sostiene a mí." Pero Jones pudo comprobar tristemente que ésa no era la experiencia de todos los que lo rodeaban. A continuación cito sus palabras:

> Estaba hablando con un obispo jubilado, y vi que lo embargaba la frustración. Al no ser ya el centro de atención como obispo, se sentía desalentado y así me lo hizo saber. Quería conocer el secreto de la vida victoriosa. Yo le dije que ese secreto estaba en la rendición a Cristo. *La diferencia estaba en entregar lo más íntimo de su ser a Jesús*; estaba en la textura de las cosas que lo sostenían. Cuando la jubilación rompió las hebras externas de su vida, las internas resultaron no ser lo bastante fuertes para sostenerlo. Aparentemente se trataba de un caso de "complejo de prominencia", y no de rendición a Jesús. *Por fortuna, en lo referente a mí, la rendición a Cristo era lo primordial, y cuando las hebras exteriores quedaron cortadas por esta parálisis, mi vida no se estremeció.* (Cursivas mías)

Jones comprendía lo que quiere decir Thomas Kelly cuando nos llama a desplazarnos dentro del Centro. ¿A quién de nosotros no le gustaría tener la perspectiva y la resistencia de Stanley

Jones? Sin embargo, muchos de nosotros estamos destinados a caer en la misma trampa que aquel obispo había preparado para sí, cuando descuidamos nuestro huerto interior. ¿Cómo cultivamos ese huerto de nuestro mundo interior?

Debido a que este libro no es principalmente un tratado sobre las disciplinas espirituales, me resulta imposible hacer un estudio de todas las formas que los santos han encontrado para fortalecer el espíritu. En vez de ello, he seleccionado cuatro ejercicios espirituales de importancia primordial, ejercicios que muchos cristianos, según puedo ver, descuidan. Se trata de: la búsqueda de *soledad y silencio; una escucha habitual de la voz de Dios;* la experiencia de *la reflexión y la meditación;* y *la oración como medio de adoración y de intercesión.*

EL SILENCIO Y LA SOLEDAD

Según nos cuenta Henri Nouwen, los anacoretas del desierto de siglos atrás comprendían la importancia de un ambiente silencioso para el cultivo del espíritu, ya que se gritaban unos a otros: *"Fuge, terche, et quisset"* —silencio, soledad y paz interior.

Pocos de nosotros podemos apreciar plenamente la terrible conspiración de ruido que hay a nuestro alrededor, ruido que nos niega el silencio y la soledad que necesitamos para cultivar el huerto de nuestro espíritu. No sería difícil creer que el archienemigo de Dios ha maquinado rodearnos, en todo momento concebible de nuestra vida, de los ruidos de la civilización que interfieren, los cuales, si no se acallan, por lo general ahogan la voz del Señor. Los que andan con Dios pueden confirmárselo: generalmente El no grita para hacerse oir. Como Elías descubrió, Dios suele susurrar en el huerto.

Hace poco visité un centro misionero en América Latina donde algunos obreros estaban construyendo el estudio de sonido para una emisora radiofónica. Aquellos hombres tomaban cuidadosas medidas a fin de hacer a prueba de sonido las habitaciones, para que ningún ruido de las calles de la ciudad pudiera estropear las emisiones y grabaciones que salían de aquel lugar. Hemos de aprender a aislar nuestro corazón de esos ruidos intrusos del mundo público, con objeto de escuchar lo que Dios quiere decirnos.

Me encantan las palabras de la Madre Teresa de Calcuta:

> Necesitamos encontrar a Dios, y a El no se lo puede hallar en el ruido y la agitación. *Dios es amigo del silencio.* Vean cómo la naturaleza —los árboles, las flores, la hierba... — crecen quedamente; vean cómo las estrellas, el sol y la luna se mueven en silencio... cuanto más recibimos en la oración en quietud tanto más podemos dar en nuestra vida activa. *Para poder tocar almas necesitamos el silencio.* Lo esencial no es lo que nosotros decimos, sino lo que Dios nos dice a nosotros y expresa por medio de nosotros. Todas nuestras palabras resultarán inútiles, a menos que salgan de adentro —las palabras que no transmiten la luz de Cristo no hacen sino aumentar las tinieblas. (Cursivas mías)

Nuestro mundo, lo que nos rodea, está lleno del ruido de una incesante música, de charlas y de programas llenos. Nos hemos acostumbrado tanto al ruido que cuando nos falta nos ponemos inquietos. En los cultos, a la congregación le resulta difícil permanecer sentada en silencio durante más de un minuto o dos. Cuando esto sucede, damos por hecho que algo ha fallado o que a alguien se le ha olvidado su participación. La mayoría de nosotros tendríamos dificultad para pasarnos siquiera una hora sin hablar o sin oír a alguien decir algo.

Y la lucha puede ser igual en la experiencia de *la soledad.* A menudo, no sólo nos molesta el silencio, sino que pocos de nosotros nos sentimos a gusto en momentos de soledad. No obstante debemos tener retiros: momentos en los que rompamos con la rutina, dejemos otras relaciones y digamos no a las exigencias del mundo exterior para encontrarnos con Dios en el huerto. Esto no podemos hacerlo en grandes reuniones ni en celebraciones espectaculares.

Henri Nouwen cita a Thomas Merton, estudiante de aquellos extraños místicos de los primeros siglos del cristianismo que a veces se excedían en su búsqueda de la soledad. Lo que él dice acerca de ellos es instructivo. ¿Por qué buscaban la soledad?

> Sabían que no podían hacer ningún bien a otros mientras se debatieran entre los restos del naufragio [de la humanidad]. Pero una vez que hacían pie en tierra firme, las cosas eran diferentes. Entonces, no sólo tenían el poder, sino también la obligación de tirar del mundo entero para ponerlo a salvo tras ellos.

Resulta interesante que el ángel de Dios utilizase el silencio para refrenar los pensamientos de imposibilidad del anciano Zacarías, cuando éste supo que él y su esposa habrían de ser los padres de Juan el Bautista. Si Zacarías no podía aceptar la palabra de Dios como le había llegado, entonces su lengua quedaría acallada durante varios meses y él podría reflexionar sobre el asunto. Por otro lado, cuando Elisabet, su mujer, comprendió lo que estaba sucediendo, según dice la Escritura, se retiró, en parte porque era la costumbre de las mujeres encintas, pero también, a mi parecer, porque necesitaba meditar en las cosas extrañas y misteriosas que estaban ocurriendo.

Luego tenemos a María, quien, cuando supo el papel que iba a jugar en el nacimiento de nuestro Señor, no fue por ahí en seguida publicando todos los planes de Dios, sino que escogió el silencio. "... María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón" (Lucas 2:19). La venida de Cristo fue anunciada, no sólo por el canto y la alabanza de los ángeles, sino también por el silencio de los participantes humanos, quienes necesitaban soledad para poder reflexionar y apreciar la maravilla.

Como nos dice Wayne Oates:

> El silencio no es natural de mi mundo, y probablemente tampoco lo sea del suyo. Si usted y yo queremos tener silencio alguna vez en nuestro ruidoso corazón, habremos de cultivarlo. Usted puede fomentar el silencio en su alborotador corazón si lo valora, lo estima y está ansioso por nutrirlo.

El silencio y la soledad no son cosas que me hayan resultado fáciles en absoluto. En otro tiempo los equiparaba con la pereza, la inacción y la improductividad. En cuanto estaba solo, mi mente reventaba con una lista de cosas que debía hacer: llamadas telefónicas que efectuar, papeles que archivar, libros que leer, sermones que preparar y gente que ver.

El menor ruido al otro lado de la puerta de mi estudio constituía una fuerte intrusión en mi concentración. Parecía como si mi sentido del oído se hiciera supersensible, y podía acertar a oír conversaciones que se desarrollaban en el otro extremo de la casa.

Pero aun cuando hubiera silencio, el concentrarme se me hacía desesperadamente difícil. Aprendí que tenía que pasar por un período de calentamiento, tenía que aceptar el hecho de que durante alrededor de quince minutos mi mente haría todo lo posible por

resistir la soledad. De manera que, entre otras cosas, me ponía a leer o escribir acerca del tema de mis metas espirituales. Poco a poco, al parecer, mi mente consciente captaba el mensaje: ella y yo íbamos a adorar y a meditar, y cuanto antes se pusiera en contacto con el huerto interior sobre el asunto, tanto mejor sería.

Supongo que tendré que pelear esta batalla de la soledad y del silencio mientras viva. Sin embargo, quiero decir que a medida que ha ido pasando el tiempo y he empezado a cosechar los beneficios de los ratos de quietud, mi anhelo por un aumento de los mismos ha ido creciendo. Pero aún existe esa primera resistencia que vencer. Cuando uno es activo por naturaleza, el retirarse puede suponer un duro esfuerzo necesario.

En mi caso, encuentro mejor ese silencio y esa soledad durante las horas más tempranas de la mañana. De manera que esto ocupa dicho espacio en mi calendario antes de que nadie pueda sugerirme otros proyectos para ese tiempo. Hay quienes tal vez preferirán dejarlo para tarde por la noche. Pero cualquiera que desee poner en orden el sector espiritual de su mundo interior, debe encontrar el lugar y la hora que mejor se ajusten a su temperamento personal.

ESCUCHAR A DIOS

Para Moisés debió haber sido como una ducha de agua fría de madrugada el bajar del monte, después de haber estado allí con Dios, y encontrarse a su pueblo hebreo danzando alrededor de un becerro de oro. Durante días había vivido en la presencia de la santidad misma, y en su espíritu se había grabado el sentido de la gloria y la justicia del Señor. ¡Y tener ahora que aguantar ese espectáculo! ¡Se le partía el corazón!

¿Cómo había sucedido aquello? La razón era que mientras él escuchaba a Dios, su hermano Aarón, el sumo sacerdote de todo el pueblo, había estado escuchando a la gente. Lo recibido por ambos era decididamente distinto. Cuando Moisés escuchó, recibió la revelación divina de la ley de justicia. Cuando Aarón escuchó, oyó quejas, anhelos y exigencias. Moisés trajo consigo las normas rectas del cielo; Aarón cedió a los caprichos de los hombres. *Todo dependió de lo que ellos escucharon.*

Cultivamos el huerto de nuestro mundo interior, no sólo apartándonos para tener momentos de silencio y soledad, sino también comenzando deliberadamente a practicar, en ese ambiente, la disciplina del escuchar. No he conocido a mucha gente que sepa escuchar a Dios. A las personas atareadas les cuesta trabajo aprender a hacerlo. La mayoría de los cristianos aprendieron, desde bien pequeños, a hablarle al Señor, pero no a escucharlo.

Escuchamos cada vez que abrimos la Biblia y nos ponemos a los pies de los autores inspirados que revelan los misterios de Dios. Escuchamos, como más adelante explicaré, cuando nos sensibilizamos a los estímulos del Espíritu Santo de Dios que mora en nosotros. Y escuchamos, cuando somos instruídos por un predicador o maestro de la Palabra, investidos con el poder del Espíritu de Dios.

Vale la pena considerar todas estas cosas (¡y no digamos hacerlas!), pero por el momento quisiera hablar acerca de otro ejercicio que puede establecer una base para cada una de las demás formas de escuchar.

Llevar un diario es una manera de escuchar a Dios

Cuando estudié algunos de los cristianos místicos y contemplativos descubrí que una forma práctica de aprender a escuchar a Dios cuando habla en el huerto de mi mundo interior, era llevar un diario. Con un lápiz en la mano y dispuesto a escribir, vi que había una expectación, una disposición en mí de oír cualquier cosa que Dios deseara susurrarme por medio de la lectura y de la reflexión.

Ese descubrimiento lo hice hace casi veinte años, mientras leía una biografía. El protagonista de la misma había mantenido durante toda la vida la costumbre de registrar su propia peregrinación espiritual. Ahora yo me estaba beneficiando de aquella disciplina, aun cuando él había escrito más para su propio beneficio que para el mío. Según le había instruido el Espíritu de Dios, él había llevado notas cuidadosas. ¡Qué gran instrumento debió ser aquello al cual retornar vez tras vez y descubrir así la mano del Señor sobre su vida!

Me impresionó el hecho de que tantísimos hombres y mujeres

piadosos, a lo largo de los siglos, hubieran llevado diarios, y empecé a preguntarme si no habrían encontrado una ayuda para el crecimiento espiritual. A fin de satisfacer mi curiosidad, decidí experimentar yo mismo y comencé a llevar mi propio diario.

Al principio me resultó difícil. Me sentía cohibido. Temía perder el diario o que alguien fisgara en él para ver lo que decía. Pero poco a poco, aquella cohibición empezó a desaparecer y me encontré compartiendo en el diario cada vez más pensamientos de los que inundaban mi espíritu. En él quedaron registradas palabras que describían mis sentimientos, mi temor y mi sentido de debilidad, mis esperanzas y mis descubrimientos de hacia dónde Cristo me estaba guiando. Cuando me sentía vacío o derrotado, también hablaba de ello en mi diario.

Lentamente empecé a comprender que el diario me estaba ayudando a enfrentarme con una parte enorme de mi personalidad interior, acerca de la cual jamás había sido totalmente sincero. Ya no podía dejar dentro de mí, sin definir, los temores y las luchas, sino que tenía que sacarlos y hacerles frente. Poco a poco me dí cuenta de que el Espíritu Santo de Dios estaba dirigiendo muchos de los pensamientos y de las ideas que yo escribía. Sobre el papel el Señor y yo manteníamos una comunión personal. El me estaba ayudando, para usar las palabras de David, a "examinar mi corazón". Me estimulaba a expresar con vocablos mis temores, a dar forma a mis dudas. Y cuando yo era franco al respecto, con frecuencia surgían, de las Escrituras o de la meditación de mi propio corazón, las confirmaciones, las reprensiones y las exhortaciones que tanto necesitaba. Pero esto empezó a ocurrirme sólo cuando utilizaba el diario.

Debido a que con frecuencia mis oraciones parecían incoherentes y yo no era capaz de concentrarme (en ocasiones ni siquiera de mantenerme despierto), a menudo me preguntaba si llegaría algún día a desarrollar una vigorosa vida intercesora y de adoración. Aquí, nuevamente, el diario fue un vehículo para elevar oraciones escritas cuando a las habladas les faltaba cohesión. Entonces, el contenido de mis súplicas se hizo razonable y yo empecé a disfrutar anotando mi avance como creyente y seguidor de Cristo.

Una contribución clave del diario llegó a ser el registro, no sólo

de los buenos momentos, sino también de los malos. Cuando se presentaban ocasiones de desaliento, e incluso de desesperación, podía describir mis sentimientos y decir cómo el Espíritu de Dios finalmente me había ministrado para fortalecer mi determinación. Estos pasajes se convirtieron en algo especial que repasar, y me ayudaban a celebrar el poder de Dios en medio de mi propia debilidad.

Me viene a la mente que en cierta ocasión el Señor hizo que los israelitas guardaran "un gomer de maná" (Exodo 16:33) a modo de recordatorio tangible de su cuidado constante de ellos. Pues el diario se convirtió en mi propio "gomer", ya que en él yo tenía todo el testimonio que necesitaba de la fidelidad de Dios en mi vida. Este proceso de remembranza que proporciona el diario es muy importante.

Hoy día, después de veinte años de llevar un diario, el hacerlo se ha convertido en un hábito para mí. Apenas pasa una mañana sin que lo abra y anote las cosas que Dios me dice por medio de mi lectura, mi meditación y mi experiencia cotidiana. Cuando abro el diario, sucede lo mismo con el oído de mi corazón: si Dios quiere hablar, yo estoy dispuesto a escucharlo.

Cuando W. E. Sangster era un joven pastor en Inglaterra, empezó a sentirse cada vez más inquieto con respecto al clima espiritual reinante en la Iglesia Metodista inglesa, y cavilando acerca de su propio papel en un futuro liderazgo, recurrió a su diario a fin de moldear sus ideas. Allí en él, sobre el papel, pudo desplegar sus más íntimos pensamientos y meditaciones y percibir lo que Dios estaba poniendo en su corazón. La lectura de sus pensamientos varias décadas después, revela cómo aquel hombre utilizó un diario para ordenar su mundo interior, de modo que pudiera ser usado más tarde para promover el orden en su mundo exterior.

Cierto día, Sangster escribió:

> Siento el encargo de trabajar, en sumisión a Dios, para el avivamiento de este sector de su iglesia, despreocupado en cuanto a mi propia reputación, indiferente a los comentarios de hombres mayores y envidiosos. Tengo treinta y seis años, y si he de servir a Dios de esta manera, no debo continuar rehuyendo la tarea, sino acometerla.
>
> He buscado en mi corazón la ambición, y estoy seguro de no te-

nerla. Aborrezco la crítica que despertaré y el doloroso parloteo de la gente. Lo que personalmente me agrada es el anonimato, el curiosear entre libros y el servicio a las personas sencillas; pero, por la voluntad de Dios, *ésta es mi tarea*...
Perplejo e incrédulo, escuché la voz de Dios que me decía: "Quiero dar esa nota por medio tuyo." Oh Señor, ¿hubo alguna vez un apóstol que se acobardara más que yo ante su misión? No me atrevo a decir "No", pero, como Jonás, saldría huyendo gustoso. Dios, ayúdame; Dios, ayúdame. ¿Cuál es la tarea inicial? Llamar al metodismo a volver a su verdadera obra.

Estas palabras constituyen un hermoso ejemplo de alguien que escuchaba a Dios en su mundo interior mediante el uso de un diario. Sangster expresó sus sueños sobre papel, a fin de separar la ambición destructiva del llamamiento genuino. Buscó indicios de que sus pensamientos no fueran los de su Padre celestial. Luchó con la desconfianza en sí mismo. ¿No resulta interesante que al percibir el susurro divino, él transformase en escritura la voz suave y tranquila de su Señor?

Como llevar un diario

Las veces que he hablado en público acerca del tema de llevar un diario, he descubierto que mucha gente está sumamente interesada y tiene bastantes preguntas al respecto. La curiosidad inicial suele centrarse más en la técnica que en ninguna otra cosa. ¿Qué aspecto tiene su diario? ¿Con qué frecuencia escribe en él? ¿Qué clase de cosas incluye usted en el mismo? ¿No será sólo una mera relación de hechos? ¿Le permite a su esposa leerlo? Aunque no soy en absoluto un experto en llevar diarios, me esfuerzo por contestar lo mejor que puedo.

Mis propios diarios son cuadernos de notas de espiral que compro en una tienda de suministros de oficina. Su aspecto es bastante corriente. Tardo en completar uno de ellos aproximadamente tres meses. La ventaja de su reducido tamaño no sólo reside en que es fácil de llevar consigo, sino en que si se extravía, no habré perdido un año o más de material escrito.

Escribo en mi diario casi todos los días; pero no me inquieto exageradamente si pasa alguna jornada sin que haga ninguna anotación en él. Me he acostumbrado a escribir en los primeros

momentos de mi ejercicio espiritual; lo que significa que es lo primero que llevo a cabo por la mañana.

¿Y qué contiene mi diario? Pues un relato de las cosas que hice el día anterior, la gente que conocí, cosas que aprendí, los sentimientos que experimenté y las impresiones que creo que Dios quiso que tuviera.

Como dije antes, incluyo también oraciones si me apetece escribirlas, ideas procedentes de mi lectura bíblica y de otra literatura espiritual, y preocupaciones que tengo acerca de mi propio comportamiento. Me encanta anotar cosas que veo en la vida de los miembros de mi familia. Preveo que algún día nuestros hijos leerán algunos de esos diarios, y si póstumamente puedo confirmarlos en cuanto a cosas que actualmente observo en su existencia joven, para ellos constituirá un tesoro.

Todo esto forma parte de escuchar a Dios. Al escribir me doy cuenta de que lo que anoto, puede ser realmente lo que Dios quiere decirme. Me atrevo a suponer que su Espíritu obra a menudo en las cosas en que decido pensar y que anoto. Me resulta importante escudriñar mi corazón para ver qué conclusiones puede estar formando El en mi mente, qué asuntos quiere recordarme y qué temas espera estampar en mi mundo interior.

En una ocasión reciente, yo estaba contemplando un enorme desafío al que me enfrentaba en mi ministerio, y mi diario captó estas palabras de reflexión:

Señor, ¿qué sé yo en realidad de lo que es servirme de tu fuerza? Yo, con esta mente superficial, este espíritu débil y esta mínima disciplina. ¿Qué hay en mí que tú puedas usar? Tengo talentos; pero otros tienen más que yo y los usan mejor. Tengo experiencia; pero la de otros es mayor que la mía y la han aprovechado más. Entonces, ¿qué hay en mí?

Tal vez la respuesta se halle en alguna parte del comentario de Hudson Taylor que dice: "Dios utiliza hombres que son lo suficientemente débiles y vacilantes como para apoyarse en El." Pero, Señor, me preocupa que siendo lo bastante débil, no sea sin embargo lo suficientemente listo como para saber de dónde viene mi ayuda.

En caso de que me ordenaras hacer esta tarea, ¿qué será lo que me sostendrá? ¿Qué me dices de las noches sin dormir en que estaré tan solo? ¿Y de la atracción de los aplausos? ¿O de la ten-

tación de creer en los símbolos del liderato? ¿Qué mantendrá claros mis juicios, aguda mi mente y lleno mi espíritu? Ahora pregunto sinceramente: ¿Puedo beber esa copa? ¿Qué me convencerá de las necesidades de los perdidos? ¿Qué será lo que me mantendrá sensible a los pobres? ¿Qué me hará escuchar, orar, estudiar y conservarme sencillo? ¡Oh Señor, nada sino una visitación tuya!

Según escribo en páginas sucesivas del diario, también lo hago desde atrás hacia delante. Las páginas posteriores contienen mi lista de personas y preocupaciones que he decidido convertir en temas de oración intercesora. Al principio de dichas páginas he escrito la pregunta: "¿Refleja mi lista de oración la gente y los programas a los que estoy más dedicado?"

Luego, mientras sigo trabajando desde las páginas posteriores hacia el centro del diario, a menudo introduzco extractos de lo que estoy leyendo en el momento y que me impresiona particularmente. Con frecuencia, tomo tiempo para leer simplemente muchos de esos párrafos breves, que pueden ser oraciones, comentarios reflexivos de las obras de personas tales como A. W. Tozer y Amy Carmichael, o porciones de la Escritura.

Cuando las anotaciones cotidianas que empiezan al principio del diario se encuentran con las reflexiones que vienen de atrás, simplemente concluyo el volumen y empiezo otro nuevo. Se ha convertido en un álbum de recortes más que describe mi peregrinación espiritual, con sus luchas y sus experiencias de aprendizaje. Y el montón de álbumes de recortes espirituales sigue creciendo. En caso de que alguna vez nuestro hogar comenzara a arder, y suponiendo que la familia hubiese sido debidamente evacuada, creo que la primera cosa que trataría de tomar y sacar por la puerta conmigo serían esos diarios.

¿Lee mi esposa los diarios? Imagino que de vez en cuando ha echado alguna mirada a hurtadillas. Pero, francamente, tengo muy mala letra y utilizo una especie de taquigrafía, de manera que supongo que le costaría mucho descifrar cualquier cosa que yo hubiese anotado. No obstante, nuestra relación es lo suficientemente íntima como para que haya algo en dichos diarios que pueda sorprenderla.

A aquellos que les preocupa una posible falta de intimidad en tales asuntos, les sugiero que sencillamente busquen un sitio en

que puedan guardar bajo llave el diario, para evitar que lo miren personas que prefieren que no vean lo que contiene. Si lo confidencial es importante, usted encontrará sin duda la forma de mantenerla. La preocupación por la intimidad no constituye una razón adecuada para no intentar llevar un diario.

Para la mayoría de las personas el llevar un diario se convierte en hábito si perseveran en ello durante la mayor parte de un año. La mayoría de la gente desiste demasiado pronto, y no llega a adquirir nunca la costumbre, lo cual es una pena.

Mi diario de apuntes me acompaña en los viajes. Me ayuda a mantener una lista de las personas que he conocido, de modo que cuando vuelvo a lugares que ya he visitado, puedo simplemente repasar mi estancia anterior anotada en el diario y recuperar las relaciones que puedan haber quedado suspendidas a causa de la distancia.

El comentar la costumbre de llevar un diario me ha conducido a decir los beneficios que la misma produce en lo referente a las relaciones interpersonales; esos beneficios son grandes. Pero el valor principal de un diario reside en que es un instrumento para escuchar esa sosegada Voz que sale del huerto de nuestro mundo interior. El llevar un diario de apuntes sirve como un maravilloso instrumento para el retiro personal y para tener comunión con el Padre. Cuando escribo, es como si estuviera en una conversación directa con Dios. La sensación es de que en las palabras que somos guiados a escribir se halla misteriosamente activo el Espíritu de Dios, y tiene lugar una comunión en el grado más profundo.

Mi pensamiento vuelve a Howard Rutledge allá en su campo de prisioneros. Todas las voces que oía eran hostiles, y cada ruido introducía la posibilidad de que algo malo estuviese a punto de suceder. ¿Había alguna voz amiga, algún sonido agradable que pudiera oírse en alguna parte de aquel lugar tan terrible? Sí, si usted ha educado su oído para escuchar en el huerto interior de su espíritu. Allí se pueden oír los sonidos más grandiosos: los procedentes de Aquel que busca nuestro compañerismo y crecimiento. Un himno antiguo y muy sentimental lo expresa así:

Tan dulce es la voz del Señor,
Que las aves guardan silencio.

(C. Austin Miles, "A solas al huerto yo voy". Tr., Vicente Mendoza)

12

Todo ha de quedar incorporado

Si mi mundo interior está en orden es porque incorporo las palabras de Cristo en mis actitudes y acciones.

E. Stanley Jones no fue siempre la clase de persona que podía decir en un doloroso lecho de muerte: "Las hebras más internas son las más fuertes. No necesito de apoyos externos para sostener mi fe, ya que es ella la que me sostiene a mí". En los primeros tiempos de su ministerio le había sobrevenido un colapso de socavón temporal, y durante más de un año languideció de ineficacia tanto espiritual como física. "El decaimiento espiritual —escribiría más tarde— produjo una debilidad física. El colapso exterior sucedió porque la experiencia interna no podía sostener la vida exterior. Como yo había convertido en lema de mi vida el que no predicaría aquello que no estuviese experimentando, lo externo y lo interno se vinieron juntamente abajo."

La disciplina del espíritu, lo que he dado en llamar el cultivo del huerto interior, depende de la disposición que tengan los cristianos para buscar la soledad y el silencio, y para escuchar el susurro de Dios.

Pero las cosas que oímos en la soledad y el silencio hemos de incorporarlas a nuestra vida.

Estoy escribiendo este libro con la ayuda de una computadora personal y de un programa de procesamiento de palabras. Al empezar a utilizar la computadora, tuve que aprender la función de la tecla 'enter'. El manual para el usuario me enseñó que yo podía escribir lo que quisiera en la pantalla que tenía delante, pero

hasta que no pulsara dicha tecla, la computadora no "oiría" ni me respondería a una sola palabra de las que hubiese tecleado. Todo lo que hubiera escrito, por imponente que fuera, esperaría simplemente en la pantalla hasta que yo lo 'entrara' o incorporara en el corazón (la memoria) de la máquina.

Yo también tengo la capacidad de oír cosas *y, no obstante, no 'entrarlas' o incorporarlas.* Lo que se asienta en mi mente no penetra forzosamente en mi corazón.

El comisionado Samuel Logan Brengle, evangelista del Ejército de Salvación, escribió hablando de sus disciplinas espirituales:

> Escucho bastante. La oración no debe ser un monólogo, sino un diálogo, una comunión, una charla amistosa. Aun cuando el Señor se comunica conmigo principalmente por medio de su Palabra, también me proporciona mucho consuelo de un modo directo. Por "consuelo" no entiendo cariños o mimos, sino *seguridad* —de su presencia conmigo y de su agrado en mi servicio. Es más bien como el consuelo que da un jefe militar a un soldado o enviado al que manda a una difícil misión: "Vé, ponte tu armadura; te estaré observando, y te enviaré todos los refuerzos necesarios en la medida que los precises." Necesito mucho esa clase de consuelo. Yo no supongo simplemente que Dios está cerca de mí y se agrada de mí, sino que debo tener un renovado testimonio de ello a diario.

La Biblia nos habla de otro Samuel: un niño que vivía interno en el Templo y era discípulo de Elí, el sumo sacerdote. Por la noche, Samuel oye una voz que lo llama y va corriendo a la cama de Elí, creyendo que lo llama para alguna tarea. Pero Elí no lo ha llamado, y el niño vuelve a su habitación. Pero la llamada se repite una y otra vez. Es el sumo sacerdote quien comprende al fin y le sugiere a Samuel cómo puede responder en la siguiente ocasión. "Vé y acuéstate; y si te llamare dirás: Habla, Jehová, porque tu siervo oye". Dicho de otro modo: Samuel, aprieta la tecla 'enter'.

Y eso fue lo que hizo Samuel, y Dios habló, y las palabras de Dios penetraron en su corazón y cambiaron su destino.

Fortalecemos nuestras hebras más íntimas —como lo expresó Jones— asegurándonos de que las palabras de Dios entran en el huerto de nuestro mundo interior. El primer paso que tenemos que dar en la disciplina espiritual es buscar soledad y silencio; el

segundo es aprender a escuchar a Dios. El tercero —que equivale a pulsar la tecla 'enter'—, es *reflexionar y meditar.*

Algunos cristianos se sienten incómodos y adoptan una actitud negativa cuando se mencionan estas palabras. Piensan que tales prácticas pueden abrir la puerta a una actividad sin mucha dirección y que puede conducir a conclusiones erróneas. Evocan imágenes de personas sentada en la posición del loto y que está en estado de trance.

Pero la Biblia está llena de pasajes reflexivos o meditativos, y nos llama a que abramos nuestro mundo interior a éstos. Entre los más populares tenemos aquellos pasajes de los salmos en que el escritor fija su mente en algunos aspectos del ser de Dios y en su constante cuidado de nosotros.

El salmista miró a través de todo tipo de lentes meditativos. Por ejemplo: vio a Dios como pastor, como general en jefe y como director de ejercicios espirituales.

Meditar es como sintonizar el espíritu con las frecuencias del cielo. Se toma una porción de la Escritura y simplemente se la deja entrar en los lugares más recónditos del ser. A menudo hay varios resultados diferentes: limpieza, seguridad, deseo de alabar y de dar gracias. En ocasiones, la meditación acerca de algún atributo de la naturaleza divina o acerca de sus acciones, abre nuestra mente a una nueva dirección o un nuevo conocimiento de algo que el Señor tal vez está tratando de decirnos.

John Baillie en su libro de oraciones manifiesta un espíritu meditativo cuando dice:

> Omnipotente Dios, en esta hora devocional busco la comunión contigo. Quisiera ahora apartarme del apuro y la agitación del trajín diario, de los disonantes ruidos del mundo, de la alabanza y la censura de los hombres, de los pensamientos confusos y de las vanas imaginaciones de mi corazón, y buscar la calma de tu presencia. Durante todo el día me he afanado y he luchado; pero ahora, en la quietud del corazón y en la clara luz de tu eternidad, quisiera considerar el patrón que mi vida está entretejiendo.

Naturalmente, sólo podemos realizar la meditación cuando hemos escogido un ambiente en el que habrá tiempo adecuado y suficiente, silencio e intimidad. No nos es posible meditar mucho en un autobús o mientras conducimos en medio del tráfico —aunque he oído afirmar a ciertas personas que ese era el rato que dedicaban a la disciplina espiritual.

Muchos de nosotros descubriremos que para meditar se necesita un tiempo de preparación. Tal vez usted haya tenido la experiencia de volver a casa después de realizar un ejercicio enérgico, respirando todavía aceleradamente, y sabe que durante varios minutos es prácticamente imposible sentarse y estar quieto. El jadeo y el tomar aliento no permite estar sentado quietamente. Lo mismo sucede con la reflexión. Con frecuencia entramos en nuestra cámara para encontrarnos con Dios mientras aún estamos emocionalmente sin aliento. En un principio nos resulta difícil concentrar nuestros pensamientos y traerlos a la presencia del Señor. Necesitamos relajarnos tranquilamente durante un breve rato, mientras la mente se acostumbra a la actividad espiritual en el ambiente del "huerto". De modo que eso llevará tiempo —un tiempo que algunas personas son reacias a dedicar.

Los cristianos siempre hemos considerado la Biblia como la revelación central de nuestra fe, y una obra digna de ser meditada. Permítame añadir que la lectura de los grandes clásicos cristianos es importante para el crecimiento espiritual. A lo largo de los siglos ha habido hombres y mujeres que han escrito sus reflexiones y ejercicios para que nosotros los leyéramos, y aunque esos libros no poseen la autoridad de la Biblia misma, sin embargo contienen una enorme cantidad de alimento espiritual.

La reflexión y la meditación requieren cierta dosis de imaginación. Cuando leemos el Salmo 1, por ejemplo, nos imaginamos un árbol plantado junto a un río. ¿Qué hay de verdad en la comparación que el escritor hace entre ese árbol tremendo y la persona que anda con Dios? En el caso del Salmo 19, dejamos que nuestra mente recorra el universo e imagine los cuerpos celestes y su increíble mensaje.

Cuando leemos los pasajes que describen el ministerio de Jesús, nuestra mente reflexiva nos sitúa en el relato mismo, y vemos al Salvador sanando, lo escuchamos enseñar, y respondemos a sus instrucciones. Meditando hacemos propias las expresiones de los profetas, tal vez aprendemos de memoria pequeñas porciones, y dejamos que las palabras destilen sobre la estructura de nuestro ser interior al repetirlas una y otra vez. De tales ejercicios

salen conclusiones nuevas y maravillosas. La Palabra de Dios se *incorpora* a nuestro mundo interior. Y puesto que hemos fijado nuestra atención en ella, podemos estar seguros de que el Espíritu Santo guiará las meditaciones que hagamos.

C. S. Lewis le escribió a un amigo y le comentó acerca de los ejercicios de reflexión:

> ¿No es cierto que todos pasamos por períodos de sequedad en nuestras oraciones? Dudo que éstos . . . sean necesariamente un mal síntoma. A veces sospecho que lo que sentimos como nuestras mejores plegarias, son en realidad las peores; que de lo que disfrutamos es de la satisfacción del éxito aparente, como sucede cuando ejecutamos una danza o recitamos un poema. ¿No se estropean a veces nuestras oraciones porque insistimos en hablarle a Dios cuando El quiere dirigirse a nosotros? Joy [su esposa] me ha contado que hace años cierta mañana, ella se hallaba obsesionada con la sensación de que el Señor quería algo de ella. Era una presión insistente parecida al remordimiento que se siente por un deber no cumplido, y hasta bien entrada la mañana siguió preguntándose qué sería. Pero, en el momento que dejó de preocuparse, la respuesta le llegó tan clara como una evoz. Esta respuesta decía: "No quiero que *hagas* nada; quiero *darte* algo"; e inmediatamente su corazón se llenó de paz y de gozo. San Agustín expresó: "Dios da a aquellos que encuentra con las manos vacías." Un hombre cuyas manos están llenas de paquetes no puede recibir un regalo. Tal vez esos paquetes no sean siempre pecados o afanes del mundo, sino simplemente intentos confusos de adorar a Dios a *nuestra* manera. A propósito, lo que interrumpe mis propias oraciones con mayor frecuencia no son las distracciones grandes, sino las pequeñas —aquellas cosas que tendré que hacer o que evitar en el transcurso de la hora siguiente.

Este es un buen ejemplo del ejercicio de reflexión y meditación. Dios habla, nosotros escuchamos; y el mensaje se incorpora a nuestro corazón. La necesidad de apoyos externos queda así reducida y cultivamos nuestro huerto interior. El hombre o la mujer que tienen disciplina espiritual se fortalecen en su mundo interior.

13

Mirando con ojos celestiales

> Si mi mundo interior está en orden es porque he comenzado a practicar la disciplina de mirar los acontecimientos y a las personas a través de los ojos de Cristo, de modo que mis oraciones reflejen el deseo que tengo de estar alineado con El en sus propósitos y promesas para con el prójimo.

En un librito muy perspicaz acerca de la fe contemplativa escrito hace más de sesenta años, un cristiano europeo llamado Bridget Herman expresaba:

> Cuando leemos las biografías de los santos, nos llama la atención el gran sosiego que iba a la par con una notable efectividad. Ellos jamás tenían prisa; hacían relativamente pocas cosas, y éstas no siempre eran llamativas o importantes. Además, apenas les preocupaba su propia influencia. Sin embargo, parecían atinar en cada ocasión; cada pequeña parte de su vida hablaba; sus actos más sencillos tenían una distinción, una exquisitez que recordaba al artista. La razón no hay que buscarla muy lejos: su santidad residía en el hábito de remitir aun las más pequeñas acciones a Dios. Vivían en Dios; actuaban por un puro motivo de amor a El. Estaban tan libres de la consideración de sí mismos, como de la esclavitud a la buena opinión que de ellos pudieran tener otros. Dios veía y recompensaba, ¿qué más necesitaban ellos? Poseían a Dios y se poseían a sí mismos en El. De ahí la inalienable dignidad de aquellas figuras mansas y tranquilas que parecen producir tan maravillosos efectos con material tan humilde.

La cuarta forma en que podemos mejorar la comunión con Dios en el huerto de nuestro mundo interior es mediante la *oración a*

modo de adoración e intercesión. Esto es lo que según Bridget Herman caracterizaba a los santos: "Su santidad residía en el hábito de remitir a Dios aun las más pequeñas acciones."

"Que tu última acción antes de quedarte dormido, y la primera al despertarte, sea orar para tus adentros —escribía Thomas Kelly—; y andando el tiempo descubrirás, como el hermano Lorenzo, que 'aquellos que poseen la brisa del Espíritu Santo avanzan aun cuando están dormidos'."

La mayoría de nosotros jamás hemos experimentado esto. La oración disciplinada diaria es uno de los ejercicios más arduos que acometen los cristianos.

Por ejemplo los hombres casados reconocen con frecuencia que tienen mucha dificultad en orar con su esposa. ¿Por qué? Pues en realidad *no lo saben.* A veces los pastores, en un momento de confesión, revelan que la integridad de sus vidas de oración les resulta, por lo general un motivo de vergüenza; pero también les cuesta explicar la razón.

Después de charlar con muchos cristianos, la impresión que tengo es que la adoración y la intercesión van a la cabeza de cualquier lista de luchas espirituales. Nadie negará que el orar es importante; pero pocos creen que su vida de oración se esté desarrollando debidamente. Y ésta es una de las principales razones de por qué el huerto interior de tanto mundo interior se encuentra en un estado de desorden. Es por lo que a la mayoría de nosotros nos resultaría difícil decir, como E. Stanley Jones: "No se necesitan apoyos externos."

POR QUE NOS CUESTA TRABAJO ORAR

¿Por qué tanta gente tiene luchas cuando se trata de orar? Permítame sugerirle tres razones posibles:

La adoración y la intercesión parecen ser actos contrarios a nuestra naturaleza

En un principio el hombre fue creado, para que deseara tener comunión con Dios. Pero los efectos del pecado han enfriado la mayor parte de ese deseo humano original. El pecado ha convertido una actividad natural en una función antinatural.

Me imagino que como el pecado afectó al hombre tan profundamente, el pecado tocó del modo más serio, ante todo, sus dimensiones espirituales, dejando sus apetitos y deseos físicos originales prácticamente sin disminuir. Es probable que nuestras preocupaciones instintivas por la comida, el placer sexual y la seguridad se hallen próximas a sus niveles originales. Tal vez sea útil especular que el hombre, en su naturaleza inocente, tenía probablemente tanto deseo, si no más, de comunión con el Creador, como el que tiene hoy de satisfacer sus apetitos e instintos naturales y muy reales. Pero esa hambre espiritual, en otro tiempo indudablemente intensa, ha sido terriblemente debilitada por el poder del pecado. Por lo tanto, la adoración y la intercesión se han convertido en difíciles desafíos para nosotros.

A consecuencia de ello, el orar de cualquier forma significativa se opone prácticamente a todo lo que hay en nuestra propia naturaleza y es extraño a lo que nuestra cultura nos enseña como forma de vida.

Ese es el meollo del problema. Poca gente se da cuenta de lo lavado que tenemos el cerebro todos nosotros. Cada día nuestro mundo interior se ve bombardeado por mensajes que nos dicen que cualquier cosa que sea de naturaleza espiritual es realmente una pérdida de tiempo. Desde nuestros años más tempranos se nos inculca sutilmente que la única forma de conseguir algo es mediante la acción. Pero el orar parece una forma de inacción. A la persona que tiene su mundo privado en desorden le da la impresión de que con ello no se logra nada.

Hasta que no creamos que la oración es realmente una actividad verdadera y altamente importante, la cual de hecho va más allá del espacio y del tiempo al único Dios verdadero jamás adquiriremos el hábito de la adoración y la intercesión. Para adquirir dicho hábito debemos hacer un esfuerzo consciente por vencer esa parte nuestra que piensa que el orar no es una parte natural de la vida.

La adoración y la intercesión son admisiones tácitas de debilidad

Una segunda razón por la que a la gente le resulta difícil entrar en adoración e intercesión, es porque esos actos son, por natura-

leza, reconocimientos de nuestra debilidad personal. En la acción de orar, algo dentro de nuestro huerto interior admite que dependemos por entero de Aquel a quien dirigimos nuestras palabras.

Ahora bien, podemos *decir* que somos personas débiles y que dependemos de Dios para toda nuestra subsistencia, pero lo cierto es que algo, en lo más profundo de nuestro ser, no está dispuesto a *reconocerlo*; algo que niega enérgicamente nuestra dependencia de El.

A menudo me he sentido fascinado por la renuencia de muchos hombres cristianos a orar con su esposa, o a sentirse con libertad para guiar en oración a un grupo mixto. Es bastante corriente oír a una esposa cristiana quejarse de que su marido nunca ora con ella y que ella no puede comprender eso.

La respuesta puede estar en el hecho de que, en nuestra cultura, a los hombres se les ha enseñado a no manifestar jamás su debilidad ni tomar parte en ninguna actividad que pueda revelarla. La oración, en su forma más auténtica, reconoce que somos débiles y que dependemos de nuestro Dios. Algo en el varón sabe esto y lucha inconscientemente por no identificarse con esa dependencia.

Por otro lado, he observado que la mayoría de las mujeres, por lo menos hasta hace poco, jamás han tenido que luchar para reconocer sus propias debilidades; y esto puede ser una razón por la cual, se sienten más a gusto como grupo, que los hombres con la oración.

La persona que puede admitir su necesidad de una relación con Dios para cumplir el propósito por el cuál fue creada, demuestra un crecimiento espiritual significativo. El comprender esto produce una enorme sensación de liberación.

El hermano Lorenzo escribía:

> Debemos investigar cuidadosamente de qué virtudes estamos más faltos, cuáles son más difíciles de adquirir, en qué pecados caemos con mayor frecuencia y cuáles son las ocasiones más frecuentes e inevitables de nuestras caídas. En la hora de la batalla debemos volvernos a Dios con plena confianza, permanecer firmemente en la presencia de su divina majestad, adorarlo humildemente, y poner delante de El nuestras miserias y debilidades. De este modo encontraremos en Dios todas las virtudes, aunque a nosotros nos falten todas ellas.

El hermano Lorenzo parecía no tener nunca ningún problema en afrontar sus debilidades, y ésa era una de las razones de por qué su vida de oración era tan viva.

A veces la oración no parece guardar relación alguna con el resultado

Una tercera razón por la cual el orar nos resulta difícil es porque con frecuencia parece no tener relación con los resultados obtenidos. Ponga atención para que no piense que niego una enseñanza substancial de las Escrituras. Desde luego creo que Dios contesta la oración, pero la mayoría de nosotros hemos tenido suficiente experiencia como para comprender que sus respuestas no siempre nos llegan en la forma que nosotros habíamos planeado.

Cuando yo era un pastor muy joven, solía confesar a mi esposa mi confusión acerca de este asunto de la oración personal: "A veces —decía yo— parece como si las semanas en que oro muy poco, mis sermones tuvieran mucho poder; mientras que en las que creo haber hecho realmente mi tarea de oración, predico peor. Ahora dime —la desafiaba—, ¿qué espera Dios que yo haga cuando El no parece darme, equitativamente, las bendiciones que corresponden a lo invertido en la oración?"

Al igual que otros, he orado por sanidades, por milagros, por dirección y por ayuda. Francamente, ha habido veces en las cuales yo estaba seguro de que Dios contestaría, porque yo había reunido vigorosos sentimientos de fe. Sin embargo, muchas de esas veces no pasó nada; o si pasó, fue algo totalmente distinto de lo que yo esperaba.

Vivimos en una sociedad razonablemente organizada. Eche una carta al buzón y, por lo general, llegará allá donde usted quería. Pida por correo cierto artículo de un catálogo y, habitualmente, lo recibirá de la talla, el color y el modelo correctos. Solicite un servicio y lo normal es esperar que suceda lo mismo. En otras palabras, estamos acostumbrados a que los resultados se ajusten a aquello que hemos dispuesto. Esta es la razón por la cual para algunos de nosotros la oración puede ser desalentadora. ¿Cómo podemos predecir el resultado? Nos vemos tentados a abandonar

la plegaria como ejercicio viable e intentar conseguir los resultados por nuestra cuenta.

Pero el hecho es que mi vida de oración no puede estar ligada directamente a los resultados que yo espero o exijo. A estas alturas ya he tenido muchas oportunidades de ver que las cosas que quiero que Dios haga en respuesta a mis oraciones, pueden no ser saludables para mí. He empezado a comprender que *la adoración y la intercesión tienen mucho más que ver con que yo me alinee con los propósitos de Dios, que con pedirle a El que se alinee con los míos.*

Henry Nouwen lo expresa mejor cuando escribe:

> La oración es una conversión radical de todos nuestros procesos mentales, ya que al orar nos alejamos de nosotros mismos, de nuestras preocupaciones y de nuestra autosatisfacción, y dirigimos todo aquello que reconocemos como nuestro hacia Dios, con la confianza sencilla de que, por medio de su amor, todo será hecho nuevo.

Cuando nuestro Señor fue al huerto la noche en que fue arrestado, su oración, justo antes de ser capturado, se centró en la afirmación de su identificación con los propósitos del Padre. Esa es la oración madura.

Muchas veces me he puesto a orar teniendo los resultados en mente. Quería obtener control sobre la gente y los acontecimientos, y oraba por ello dictándole al Padre mis puntos de vista acerca de cómo debían salir las cosas. Cuando hago esto, estoy mirando a la gente y a los acontecimientos a través de un lente terrenal y no celestial. Oro como si yo supiera mejor que Dios el resultado que conviene más.

Thomas Kelly sugiere que una forma más adecuada de oración es la de decir: "Oh Señor, sé Tú mi voluntad." Tal vez entre las oraciones más puras que podamos hacer, está ésa que consiste en pedir simplemente: "Padre, que yo vea la tierra a través de los ojos celestiales."

Kelly escribe otra vez:

> La persona que quiere ser plenamente obediente, sumisa y atenta a la voz de Dios, resulta asombrosamente completa. Sus gozos son arrebatadores, su paz profunda, su humildad, la más honda que existe; tiene un poder capaz de sacudir el mundo, un amor envolvente, y la sencillez de un niño confiado.

Esta clase de pensamientos fue lo que me ayudó a vencer los obstáculos para mi adoración e intercesión, que a menudo habían sido muy reales para mí. Sí, el orar es algo forzado para el hombre natural. Pero cuando Cristo entra en nuestra vida, lo antinatural se vuelve natural, si se pide el poder para que así sea. Sí, la oración indica debilidad y dependencia; pero esa es la verdad en cuanto a mí, y me resulta más saludable afrontar el hecho. También es cierto que las respuestas a mis oraciones no siempre coinciden con lo que yo espero. Pero el problema son mis expectativas, no las aptitudes o la sensibilidad de Dios.

Habiéndonos encontrado con estos obstáculos, ¿cómo desarrollamos entonces la disciplina de la adoración y la intercesión en el huerto?

NUESTRAS ENTREVISTAS CON DIOS

El lado práctico de la adoración y la intercesión se relaciona con el *tiempo* —cuándo orar—, la *posición* —cómo orar—, y el *contenido* —qué incluir en nuestras charlas con el Padre.

Cada uno de nosotros preferirá una cierta parte del día para llevar a cabo sus disciplinas espirituales. Yo soy una persona matutina; pero uno de mis mejores amigos me ha dicho que a él le van mejor en las horas de la noche. En tanto que yo inicio el día con oración, él lo termina así. Ninguno de los dos tiene argumentos herméticos en cuanto a su opción. Yo creo que esto depende del ritmo de cada individuo. En Babilonia, Daniel resolvía el problema siendo una persona matutina y vespertina a la vez —¡y también del mediodía!

Cuando llega la hora de la mañana, me resulta prácticamente imposible iniciar la adoración o la intercesión en el momento mismo en que entro en mi aposento de retiro. ¿Recuerda usted lo que decíamos acerca de estar sin aliento? El orar con una mente en plena actividad, que acaba de verse involucrada en muchas conversaciones y decisiones, es difícil si no imposible. Para tener una comunión significativa con Dios, hay que ir reduciendo el ritmo del pensamiento hasta llegar a una cadencia reflexiva.

A fin de que esto suceda, con frecuencia empiezo leyendo o escribiendo en mi diario. Este tipo de actividad convence poco a

poco a mi mente de que voy en serio en cuanto a realizar el ejercicio espiritual, y hace menos probable que se rebele cuando me vuelvo hacia la oración.

¿Hay una posición primordial para orar? Probablemente no; aunque a algunos les gustaría hacernos creer que sí. En las culturas bíblicas, la gente solía permanecer en pie mientras oraba. No obstante, la misma palabra *oración*, en el Antiguo Testamento, significa postrarse; y eso puede significar, en ocasiones, tenderse a todo lo largo en el suelo.

Ciertos amigos de A.W. Tozer, un gran hombre de oración de nuestro tiempo, me han contado que él tenía en el armario de su estudio un par de guardapolvos, y que cuando llegaban sus momentos de oración diarios, se los ponía y se extendía sobre el duro suelo. Esas ropas, naturalmente, servían para proteger de la suciedad sus prendas de vestir.

La postura de oración de los musulmanes es algo que vale la pena intentar. Consiste en ponerse de rodillas y luego inclinarse hacia delante hasta tocar el suelo con la frente. He descubierto que cuando estoy cansado, esta postura me ayuda a permanecer alerta mental y espiritualmente.

En ocasiones oro paseándome de acá para allá en mi estudio; otras veces me contento simplemente con estar sentado. Lo que quiero decir es que se puede orar en diferentes posturas; tal vez incluso sea mejor adoptar todas ellas en distintas ocasiones.

Los intercesores formales llevan listas de oración. Aun cuando no quiero dar a entender con esto que me considero un intercesor formal, yo también llevo una, que se encuentra, como ya he dicho, en la parte trasera de mi diario. Allí puedo repasar mis compromisos principales cuando oro, es la única forma que tengo de asegurarme de que aquellas personas por las cuales Dios me ha dado una carga, son presentadas ante El de un modo responsable, como expresión de mi amor y mi solicitud por ellas.

EL CONTENIDO DE LA ORACION

¿Acerca de qué debemos orar? Demos un vistazo a un extracto de las oraciones de Samuel Logan Brengle, evangelista de comienzo de siglo del Ejército de Salvación:

> Señor guárdame de hacerme mental y espiritualmente torpe y necio. Ayúdame a mantener la energía física, mental y espiritual del atleta; del hombre que se niega a sí mismo a diario, que toma su cruz y te sigue. Dame éxito en mi trabajo, pero esconde de mí el orgullo. Sálvame de la autocomplacencia que tan a menudo acompaña al éxito y a la prosperidad. Sálvame del espíritu de pereza y autoindulgencia cuando los achaques y el debilitamiento físico me acechan.

No es de extrañar que Brengle fuera eficaz: sabía cómo y por qué cosas orar. No retenía nada —aun en un breve fragmento de intercesión como éste. Tras registrar esta oración, el biógrafo de Samuel Logan Brengle añade: "Orando de esta manera cada día y cada hora, el profeta mantuvo su pasión ardiente y su ojo justo aun en el ocaso de su vida".

Adoración

En nuestras disciplinas espirituales, cuando nos entrevistamos con el Padre en nuestro huerto interior, la adoración debe ser lo primero en el programa de culto.

¿Cómo podemos adorar en oración? Reflexionando primero acerca de quién es Dios y dándole gracias por las cosas que El ha revelado sobre su Persona. Adorar en oración es permitir que nuestro espíritu se deleite en lo que Dios ha dado a conocer referente a sus actos en un pasado lejano y reciente, y en lo que nos ha dicho acerca de sí mismo. Poco a poco, mientras repasamos esas cosas en una actitud de acción de gracias y de reconocimiento, podemos sentir que nuestro espíritu comienza a expandirse y a comprender la realidad más amplia de la presencia y del ser de Dios. Paulatinamente, nuestra conciencia llega a aceptar el hecho de que el universo que nos rodea no está cerrado ni limitado, sino que es en realidad todo lo expansivo que el Creador quiso que fuese. Al empezar a adorar a Dios, hacemos memoria de cuán grande es El.

Confesión

A la luz de la majestad de Dios somos llamados a la sinceridad en cuanto a nosotros mismos —a reconocer lo que somos, por contraste con El. Este es el segundo aspecto de la oración: la confesión.

La disciplina espiritual requiere una admisión frecuente de nuestra verdadera naturaleza y de nuestras actitudes y hechos específicos del pasado reciente, que no han sido agradables a Dios cuando El buscaba nuestra comunión y obediencia.

Una versión abreviada de la oración de confesión es: "Señor, sé propicio a mí pecador." Necesitamos a diario la humilladora experiencia del quebrantamiento delante de Dios, mientras afrontamos nuestras imperfecciones y nuestra propensión a andar por malos caminos. Lo que me ha asombrado como cristiano ha sido el constante conocimiento de nuevos niveles de pecado que antes no había percibido en mí.

Hace algunos años, cuando mi esposa y yo adquirimos una vieja y abandonada granja en New Hampshire que ahora llamamos "Cresta de paz", encontramos el sitio donde queríamos construir nuestra casa de campo cercado de piedras y de grandes cantos rodados. Iba a ser necesaria una buena dosis de arduo trabajo para limpiar todo aquello y poder sembrar plantas y hierba. Toda la familia fue a trabajar en el proceso de limpieza. La primera fase del proyecto fue sencilla: los grandes cantos rodados salían fácilmente, una vez quitados, empezamos a ver que había un montón de piedras más pequeñas que retirar también, de manera que limpiamos el terreno de nuevo. Pero cuando terminamos de quitar aquellos cantos rodados y piedras, reparamos en todo el cascajo y los guijarros que no habíamos visto antes. Ese trabajo resultó mucho más duro y pesado que el anterior. Pero perseveramos en él y llegó el día en que el terreno estuvo listo para plantar hierba.

Nuestra vida interior se parece bastante a aquel campo. Cuando empecé a seguir a Cristo en serio, El me indicó muchos patrones de conducta y actitudes importantes que tenía que abandonar. Y con el paso de los años, bastantes de aquellos grandes cantos rodados se quitaron ciertamente. Pero al comenzar a desaparecer los mismos, descubrí todo un nuevo estrato de acciones y actitudes en mi vida que antes no había visto. Cristo sí había reparado en ellas y las fue reprendiendo una por una. De modo que el proceso de remoción comenzó otra vez. Luego, llegué a un punto en mi experiencia cristiana en el que el Señor y yo tuvimos que empezar a lidiar con el cascajo y los guijarros. Estos son tan numerosos que exceden a toda imaginación, y según preveo, habré de trabajar en deshacerme del mucho cascajo y de los muchos guijarros toda mi vida. Cada día, en el tiempo de mi disciplina espiritual, es como que el proceso de limpieza sufre una nueva estocada.

Pero no debo terminar este relato sin indicar antes una cosa más. Cada primavera, cuando la helada ha desaparecido de la tierra, descubrimos en "Cresta de paz", alrededor de nuestra casa, nuevas piedras y cantos rodados. Estos han estado todo ese tiempo bajo la superficie del suelo, pugnando por salir, y a su tiempo, empiezan a aparecer uno por uno. Algunos de ellos resultan muy desalentadores, ya que parecen pequeños hasta que tratamos de quitarlos. Hasta entonces nos damos cuenta de que tienen más volumen del que salta a la vista.

Lo mismo sucede exactamente, con mi pecaminosidad. Esta consta de cascajo, guijarros y cantos rodados que van saliendo a la superficie uno por uno. La persona que pasa por alto la experiencia diaria de la confesión en su disciplina espiritual, pronto se verá abrumada por ellos. Puedo comprender que el apóstol Pablo, a una edad ya avanzada, se llamase a sí mismo "el primero de los pecadores". Incluso en la cárcel, y al término de su vida, estaba todavía quitando guijarros y cantos rodados.

Sonrío cuando los nuevos creyentes me dicen que están desanimados a causa de todo el pecado que ven en su vida. El hecho de que por lo menos puedan ver ese pecado y sentirse repelidos por él, demuestra que en realidad están creciendo. Hay demasiadas personas que pretenden ser seguidores de Cristo y que hace años que perdieron de vista su propia pecaminosidad. Estos, si asisten al culto los domingos, salen del mismo sin haber tenido siquiera esa experiencia de quebrantamiento y contrición ante Dios que caracteriza a la verdadera adoración. Eso conduce a un cristianismo de segunda categoría.

E. Stanley Jones escribió acerca de la importancia de la confesión en nuestra disciplina espiritual lo siguiente:

> Sé que hay ciertas actitudes mentales, emocionales, morales y espirituales que perjudican la salud: la ira, el resentimiento, el miedo, la preocupación, el deseo de dominar, el egocentrismo, los sentimientos de culpa, la impureza sexual, los celos, la falta de actividad creativa, los complejos de inferioridad y la falta de amor.

Estos son los doce apóstoles de la mala salud. *De manera que, en la oración, he aprendido a ir entregando esas cosas a Jesucristo a medida que van apareciendo.* Una vez pregunté al doctor Kagawa: "¿Qué es la oración?"; Y él me contestó: "La oración es la entrega de uno mismo." Estoy de acuerdo: orar es primordialmente rendirnos sin condiciones día tras día. Esto es todo lo que sabemos y todo lo que no sabemos. "Todo lo que no sabemos" abarca el futuro que se abre ante nosotros y los problemas según van surgiendo. De manera que, si en la oración aparecen algunas de estas doce cosas —y no hay duda de que aparecerán, ya que nadie está libre de las insinuaciones de ninguna de ellas—, he aprendido a abordarlas: no luchando contra ellas, sino entregándoselas a Jesucristo, y diciendo: "Ahora, Señor, queda en tus manos."

EL MINISTERIO DE LA INTERCESION

Todos los grandes guerreros de la oración parecen estar de acuerdo en que la intercesión sólo puede comenzar después de que hemos adorado plenamente. Una vez que nos hemos puesto en contacto con el Dios viviente, estamos preparados para orar con lo que Thomas Kelly llamaba "los ojos del cielo".

El anciano comisionado Brengle era un hombre de oración. Veamos lo que escribe su biógrafo C.W. Hall:

Orando era un estudio en comunión. Tenía la costumbre, salvo durante aquellos períodos en los que estaba demasiado enfermo, de levantarse entre las cuatro y las cinco de la madrugada y dedicar por lo menos una hora entera, antes del desayuno, a la comunión con su Señor. El doctor Hayes, cuyo libro *The Heights of Christian Devotion* (Las alturas de la devoción cristiana) lleva estas palabras de dedicatoria: "El comisionado Samuel Logan Brengle, un hombre de oración", nos da esta visión fugaz:

"Cuando Brengle ha sido huésped en mi hogar, a menudo lo he encontrado de rodillas, con la Biblia abierta delante de él sobre la cama o sobre una silla, leyendo de esa manera las Escrituras. Decía que tal postura lo ayudaba a convertir todo lo que leía en una petición personal: "Señor, ayúdame a hacer esto, o a no hacer aquello... Ayúdame a ser como tal hombre, o a evitar ese error..."

Una vez terminada la adoración, puede comenzar la intercesión. Esta última, por lo general, significa oración a favor de otros.

Para mí constituye el mayor ministerio particular que los cristianos tienen el privilegio de ejercer —y tal vez el más difícil también.

¿Se ha dado usted cuenta de que la mayoría de los intercesores fieles suelen ser personas de edad avanzada? ¿Por qué? Una razón de ello quizá sea que han tenido que simplificar sus actividades. Pero piense también que la gente mayor puede haber llegado a comprender que la intercesión es mucho más eficaz que horas enteras de actividad sin oración. Además, naturalmente, la experiencia adquirida mediante el proceso de experimentación les ha enseñado la sabiduría que hay en apoyarse en la fuerza confiable de Dios.

En estos últimos años me he propuesto dominar el ministerio de la intercesión a fin de ministrar a otros. El progreso en este terreno es lento, y tal vez suponga el desafío más grande de mi mundo interior.

Cuanto mayor es la autoridad y responsabilidad espirituales que tiene una persona, tanto más importante resulta que desarrolle aptitudes intercesoras. Eso requiere tiempo y la clase de disciplina que a muchos nos es difícil adquirir.

Creo que esto es lo que los apóstoles, líderes de la congregación primitiva de Jerusalén, querían decir en Hechos 6 cuando pidieron ayudantes que se hicieran cargo de las tareas de ministrar a los huérfanos y a las viudas, a fin de que ellos pudieran persistir "en la oración y en el ministerio de la palabra". Fíjese en lo que viene primero en la lista de prioridades de aquellos ocupadísimos hombres. Estaban empezando a pasar por alto la oración, y esa situación los preocupaba bastante.

Interceder significa literalmente ponerse entre dos partes en conflicto y defender la causa de una de ellas ante la otra. ¿Hay ejemplo más grande de intercesión que la labor implorante de Moisés, quien se entregó con frecuencia a una ardua súplica a favor del desobediente pueblo de Israel?

¿Generalmente por quiénes intercedemos? Si estamos casados, es evidente que lo haremos por nuestro cónyuge e hijos. Pero la intercesión implica asimismo ensanchar ese círculo para incorporar al mismo a amigos íntimos, a aquellos de quienes Dios nos ha hecho responsables, a nuestros compañeros de trabajo, y a aquellos individuos de nuestras congregaciones y vecindarios cu-

yas necesidades personales conocemos.

Mi lista de intercesión incluye a muchos líderes espirituales y organizaciones cristianas. Hay bastantes a quienes conozco y aprecio; pero debo confesar que no tengo más que alguna carga ocasional de oración por ellos. Por el contrario, hay algunos cuyas necesidades y presiones resultan muy reales para mí, y los sostengo delante del Señor a diario en mi ejercicio intercesor. Para ellos supone un inmenso estímulo oírme decir: "Oro por ti todos los días." Teniendo cierto grado de responsabilidad en el liderazgo cristiano, he aprendido qué apoyo se experimenta al saber que hay un puñado de personas que me sostienen delante del trono de Dios en intercesión cada día.

Interceder implica asimismo tomar en cuenta el mandato de la evangelización mundial. A fin de orar sistemáticamente por los diversos países del globo, he dividido los continentes de tal forma que puedo pedir cada día por uno de ellos: el domingo, por la América del Sur; el lunes, por Centroamérica; el martes, por la América del Norte; el miércoles, por Europa; el jueves, por Africa; el viernes, por Asia; y el sábado, por los países del Pacífico. En cada una de estas áreas incluyo la intercesión por la iglesia nacional, por los misioneros que conozco y por el terrible sufrimiento al que se enfrenta la población de esos lugares.

También se nos anima a que traigamos nuestros propios ruegos y peticiones ante el Señor. En cierto modo creo que éstos deberían ocupar el último puesto en nuestra actividad de oración, aunque esto no es más que una opinión personal. Pienso en cuestiones relacionadas con mi vida privada en las que lo mejor parece ser pedirle a Dios sabiduría y provisión. He estado luchando acerca de cuánto debo pedirle al Señor (hay quienes dicen que todo) y cuánto El espera que maneje yo mismo. No sé si tengo una buena respuesta en cuanto a esto, pero descubro que a medida que mi fe crece me siento constreñido a pedir cada vez menos para mí y más y más por otros. Y mis peticiones personales tienden a ser más y más por recursos y aptitudes que supongan un mayor beneficio para otros.

El huerto de nuestro mundo interior no puede quedarse sin cultivar durante mucho tiempo sin que se llene del tipo de maleza que lo hace repelente, tanto para el Señor que mora en nosotros como para nosotros mismos. Cuando dicho huerto se descuida por un período largo, llega a parecerse más a un basurero que a un vergel. Y entonces tenemos que depender de recursos de fortaleza y dirección externos para seguir avanzando en la vida.

Esa fue la causa de la lucha de Howard Rutledge en el campo de prisioneros de Vietnam del Norte. Rutledge testifica que soportó aquello por la gracia de Dios. Pero jamás olvidará lo que supone pasar por una prueba tan severa cuando el mundo interior de uno se ha dejado generalmente sin cultivar.

Un conocido personaje cristiano de nuestro siglo, Eric Lidell, corredor y campeón olímpico, en cuya vida se basa la película *Carros de fuego*, tuvo una experiencia notablemente distinta en cierta prisión del norte de China durante la Segunda Guerra Mundial. Sally Magnusson, su biógrafa, habla de la gran estima de que gozaba Lidell en el Campo Weinsen. ¿Y cuál era el secreto de su extraordinario poder de liderazgo, de su gozo y de su integridad en medio de aquel enorme infortunio? La biógrafa cita estas palabras de una mujer que estuvo en ese mismo campo por aquel entonces y quien, junto con su esposo, conocía bien a Lidell:

> ¿Cuál era su secreto? Una vez se lo pregunté aunque en realidad ya lo sabía porque mi esposo estaba en su mismo dormitorio y compartía dicho secreto con él. Todas las mañanas, a las seis, con las cortinas bien corridas para que no se viera el resplandor de nuestra lamparilla de aceite de cacahuate, no fuera a ser que la ronda de vigilantes pensara que alguien estaba tratando de escapar, él solía bajar de su litera de arriba y pasar por delante de las siluetas dormidas de sus compañeros de dormitorio. Luego, los dos hombres se sentaban muy juntos ante la pequeña mesa china, con la luz apenas suficiente para alumbrar sus Biblias y sus cuadernos de notas. Allá leían, oraban y pensaban en silencio acerca de lo que debía hacerse. *Eric era un hombre de oración, no sólo en momentos fijos* —aunque no le gustaba perderse una reunión de oración ni un culto de Santa Cena cuando se podían celebrar tales cosas. *Hablaba con Dios todo el tiempo, de un modo natural, como sabe hacerlo uno que entra en la "Escuela de la Oración" para aprender esta forma de disciplina interior.* Parecía no tener problemas mentales serios: su vida estaba fundada en Dios, en la fe y en la confianza.

Poner orden en nuestro mundo interior es cultivar el huerto

interior como hacía Lidell. Según el escritor de Proverbios 4:23, de tales ejercicios proviene un corazón del que fluye energía vivificadora.

A sus ochenta años de edad, y postrado en cama con una apoplejía que debilitaba su habla y paralizaba la mano con que solía escribir, E. Stanley Jones se preguntaba: ¿Puedo enfrentarme a esta crisis? Y su respuesta era un "Sí" categórico. "Las hebras más recónditas son las más fuertes. No necesito de apoyos externos para sostener mi fe."

QUINTA PARTE: RESTAURACION

14

Descanso más allá de la holganza

> Si mi mundo interior está en orden es porque he escogido imprimir la paz que viene de Dios en el ajetreo y la rutina de mi vida diaria, con el objeto de encontrar el descanso que Dios prescribió para sí mismo y para toda la humanidad.

William Wilberforce, cristiano dedicado al Señor, fue miembro del Parlamento inglés durante los primeros años del siglo XIX. Como hombre público, fue conocido por su enérgico liderato en la tarea de convencer al Parlamento para que aprobase un histórico proyecto de ley que declaraba ilegal la esclavitud en el Imperio Británico. Eso no resultó tarea fácil. De hecho, puede que haya sido uno de los actos políticos de más envergadura y valentía en toda la historia de la democracia.

A Wilberforce le llevó casi veinte años construir la coalición de legisladores que con el tiempo aprobó aquella medida contra la esclavitud. Ello requirió juntar una detallada documentación de las injusticias y crueldades sufridas por los esclavos; persuadir a los legisladores que no querían dañar los intereses de los grandes comerciantes; y mantenerse firme contra una hueste de enemigos políticos a quienes les habría gustado verlo caer.

La fortaleza espiritual y el valor moral de Wilberforce debieron ser inmensos. Sabemos algo acerca del origen de esa fortaleza y valor por un incidente ocurrido en 1801, unos años antes de que se aprobara la disposición contra la esclavitud.

Lord Addington había llevado su partido al poder, y como nuevo primer ministro, estaba empezando a formar su gabinete.

El tema central de aquellos días en Inglaterra era la paz: Napoleón aterrorizaba a Europa, y había la preocupación de si Inglaterra podía o no mantenerse fuera de la guerra. Habían rumores de que Wilberforce estaba entre los candidatos a un puesto en el gobierno, y debido a la política sobre la paz, él se sintió tremendamente ansioso por obtener ese nombramiento. Garth Lean, uno de los más recientes biógrafos de Wilberforce, nos cuenta la historia:

> Wilberforce no tardó mucho en quedar absorto por la posibilidad de su nombramiento. Durante días el asunto se adueñó de su mente apartando de ella todo lo demás. Según él mismo admitiría, experimentaba "aumentos de ambición" y estaban paralizando su alma.

Pero en la vida de William Wilberforce había un "freno y equilibrio" disciplinado, y en aquella situación particular ese hábito resultó indispensable. Como expresa Lean: "El domingo trajo consigo la cura". Porque cada semana había un tiempo regular de *descanso* en el mundo interior de Wilberforce.

El diario de ése político cristiano cuenta mejor la historia, en la anotación que hizo al final de aquella semana de terribles ensueños y tentaciones relacionados con la posición en la vida pública. Esa nota dice: "Bendito sea Dios por el día de descanso y de ocupación religiosa en el que *las cosas terrenales adquieren sus verdaderas proporciones. La ambición se ha atrofiado.*" (Cursivas del autor)

El "freno y equilibrio" de William Wilberforce para su atareada vida era el Día del Señor. Wilberforce había llegado a comprender lo que constituía el verdadero descanso, y había descubierto que la persona que asigna un bloque de tiempo regular al reposo ordenado por Dios, tiene más probabilidades de mantener toda su vida en la perspectiva adecuada y de no "quemarse" ni sufrir un colapso nervioso.

Pero no todos los que formaban parte del mundo público de Wilberforce se regían por ese secreto. La adicción al trabajo y el activismo frenético eran tan de aquel entonces como de hoy. Acerca de William Pitt, por ejemplo, Wilberforce escribió: "Pobre hombre, jamás disciplina su mente *mediante el cese de la reflexión política*, la más cegadora, endurecedora y desabrida de todas." Y de otros dos políticos que terminaron quitándose la vida, expresó: "Si hubieran pasado domingos pacíficos, sus cuerdas jamás se habrían roto a causa de la tensión excesiva."

Poco orden puede haber en el mundo interior de una persona cuando ésta no aprecia el significado y propósito del descanso verdadero, el *cese* —como decía Wilberforce— de las rutinas de nuestros días. Desde el comienzo de la historia éste ha sido un axioma fundamental para la vida saludable. Desafortunadamente, es un principio tremendamente malinterpretado por aquellos cuya existencia es compelida hacia el logro y la adquisición.

NECESITAMOS DESCANSO

Tengo la sensación de que somos una generación cansada. Las pruebas de este cansancio abundan en un sinfín de artículos sobre problemas de salud relacionados con el exceso de trabajo y el agotamiento. *Adicción al trabajo* es una expresión moderna. Sin importar cuán arduamente estemos dispuestos a trabajar en nuestro competitivo mundo, siempre parece haber alguien listo para dedicar algunas horas más que nosotros.

Lo raro acerca de nuestra fatiga general, es el hecho de que seamos una sociedad tan orientada hacia el tiempo libre. En realidad tenemos lo que se llama una industria del ocio entre las más rentables de nuestra economía. Hay compañías, organizaciones y cadenas de tiendas dedicadas enteramente a proporcionar artículos con los cuales la gente puede divertirse y pasar buenos ratos.

En la actualidad probablemente tenemos más tiempo para el ocio que nunca antes en la historia. Después de todo, la semana laboral de cinco días es una innovación bastante reciente. Nos hemos alejado del campo, donde siempre había más que hacer, y si lo deseamos, podemos dejar atrás el trabajo y buscar el ocio. ¿Entonces, por qué existe tanto agotamiento y fatiga hoy? ¿Se trata de algo real? ¿Imaginario? ¿No será el tipo de agotamiento moderno evidencia de que ya no comprendemos lo que es el verdadero descanso, el cual se diferencia de la mera búsqueda del ocio?

Hay un enfoque bíblico del descanso que necesitamos descubrir y examinar. De hecho, las Escrituras revelan que Dios mismo fue

el primero que "reposó". "Y reposó el día séptimo . . . ." Otro comentario aun más esclarecedor es el que hace Moisés en Exodo 31:17: ". . . En seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó y reposó."

¿Pero realmente necesita Dios descansar? ¡Pues claro que no! Pero ¿no optó Dios por reposar? ¿Y por qué? Porque El sujetó la creación a un ritmo de descanso y trabajo, el cual reveló observándolo El mismo, sentando así un precedente para los demás. De esta manera el Señor nos mostró una clave para el orden en nuestro mundo interior.

Este descanso no pretendía ser un lujo, sino más bien una necesidad para aquellos que desean crecer y madurar. Sin embargo, al no entender nosotros el descanso de esta manera, hemos llegado a pervertir su significado, substituyendo ese reposo que Dios demostró originalmente con cosas tales como el ocio o la diversión. Estas cosas no traen ningún orden en absoluto a nuestro mundo interior. El ocio y la diversión pueden ser agradables, pero suponen para nuestro mundo interior lo que el algodón con caramelo de las ferias para el sistema digestivo, proporcionan un estímulo momentáneo que no dura.

No critico en modo alguno la búsqueda de momentos de diversión, ni entretenimiento, risa o recreo. Lo que sugiero es que estas cosas, por sí solas, no restauran el alma en la forma que anhelamos. Aun cuando tal vez proporcionen una especie de descanso momentáneo para el cuerpo, no pueden satisfacer la profunda necesidad de reposo que tiene nuestro mundo interior.

Hace años hubo una famosa campaña publicitaria de cierto linimento la cual prometía que el producto en cuestión penetraría profundamente en los músculos adoloridos y aliviaría sus dolores. El reposo penetra hasta los niveles más hondos de fatiga que hay en el mundo interior. Esa fatiga rara vez se ve afectada por alguno de los pasatiempos modernos.

EL SIGNIFICADO DEL DIA DE REPOSO

Un circuito cerrado

Cuando Dios descansó, miró su obra, disfrutó del aspecto de la misma y luego reflexionó sobre su significado: "Y vio Dios que era bueno." Esto nos enseña el primero de los tres principios que gobiernan el descanso verdadero. Dios confirió significado a su obra y reconoció que estaba completa. Al hacerlo así, nos enseñó que nuestros quehaceres cotidianos requieren un ejercicio de aprecio y dedicación.

A los diseñadores de sistemas de alta tecnología les gusta usar la expresión "cerrar el circuito" para describir el acto de completar una fase en un circuito eléctrico. También utilizan la misma frase cuando quieren decir que se ha completado una tarea o que cada persona implicada en un proyecto ha sido informada o consultada.

Por consiguiente, podría decirse que en el séptimo día Dios "cerró el circuito" de su actividad de creación. Lo hizo descansando y examinando aquello que se había llevado a cabo.

De modo que el descanso es, en primer lugar, una ocasión para mirar atrás, para "cerrar el circuito". Contemplamos nuestro trabajo y nos hacemos preguntas tales como: ¿Qué significa lo que he hecho? ¿Para quién lo he hecho? ¿Está bien realizado? ¿Por qué lo he hecho? ¿Qué resultados esperaba y qué he conseguido?

Para decirlo de otro modo, el descanso que Dios instituyó, tenía como objetivo principal que *interpretáramos nuestro trabajo, le confiriéramos sentido y nos aseguráramos de que sabíamos a quién estaba debidamente dedicado.*

El hermano Lorenzo era cocinero en un monasterio, y aprendió a infundir sentido prácticamente a cada una de las acciones de su día. Fíjese en la capacidad que tenía de ver, no sólo sentido, sino también propósito en su labor:

> Le doy vuelta a mi pequeña tortilla de huevo en la sartén por amor de Dios. Una vez acabada la misma, si no tengo nada que hacer, me postro en tierra y adoro a mi Dios, quien me ha dado esta gracia de prepararla, después de lo cual me levanto más feliz que un rey. Cuando no puedo hacer nada más, me basta con haber recogido una paja por amor de Dios. La gente busca maneras de aprender a amar a Dios. Esperan lograrlo por medio de un sinfín de prácticas. Se afanan por permanecer en su presencia usando diversos medios. Pero ¿no es una forma más corta y directa hacer todo por amor a El; utilizar cada una de las tareas que nos depara la vida para demostrarle ese amor, y mantener su presencia dentro de nosotros mediante la comunión de nuestro corazón con el

suyo? Eso no resulta nada complicado; lo único que hay que hacer es entregarse a ello simple y sinceramente.

Estoy seguro de que la mayoría de nosotros deseamos pasar períodos de tiempo como ésos. El trabajador normal tiene una desesperada necesidad de sentir que su trabajo significa algo, tiene importancia, es apreciado. Pero, aunque anhelamos esa seguridad, no reconocemos la trascendencia de dedicar tiempo a conseguirla. Un activismo, un ritmo frenético se apodera de nosotros y posponemos nuestra búsqueda de significado e interpretación; y no pasa mucho tiempo antes de que aprendamos a pasarnos sin ella. Perdemos de vista la pregunta: ¿Para qué sirve todo esto? Nos contentamos con dejar que el significado de nuestro trabajo se calcule meramente por la cantidad que se nos paga por él. Poca gente se da cuenta qué seco y estéril esto deja a nuestro mundo interior.

Cierto hombre a quien aprecio mucho hace poco perdió el trabajo en su compañía después de veintidós años de servicio en la misma. La situación financiera había hecho necesario un recorte general del presupuesto, y su trabajo fue considerado no esencial para la supervivencia de la empresa. ¡Estaba despedido!

Mi amigo tenía la convicción de que en cosa de pocos días sería contratado por otra compañía del mismo ramo. Después de todo, me explicó, tenía muchas conexiones, antecedentes de productividad, y bastantes años de servicio. Decía que no estaba preocupado.

Pero pasaron varios meses sin que le hicieran ninguna oferta. Se le agotaron las "conexiones" y nadie respondía a sus tentativas ni a los envíos de su *currículum vitae*. Se vio obligado a permanecer en casa sentado a la espera de que sonase el teléfono.

Cierto día, después de tantos meses de angustia, me confesó: "Todo este asunto me ha obligado a reflexionar mucho. Después de entregarme a mi profesión durante años mira lo que me sucede. Y, de cualquier forma, ¿para qué sirvió todo? Hombre, se me han abierto los ojos."

¿Abierto los ojos a qué? Mi amigo es un buen cristiano, pero, según admitió, había tenido los ojos cerrados a lo que su profesión había llegado a significar para él. Lo que ahora veía era el hecho de que había trabajado durante años sin preguntarse el significado de todo aquello, para qué servía todo y cuál podía ser el resultado. Jamás había llegado a descubrir el ejercicio de la reflexión dentro del contexto de ese reposo bíblico.

Un estilo de trabajo incesante da como resultado personas inquietas. El trabajar mes tras mes sin una auténtica pausa para inquirir sobre el significado y el propósito de esa labor, puede muy bien engordar la cuenta bancaria y realzar la reputación profesional, pero vaciará su mundo interior de vitalidad y de gozo. ¡Qué importante resulta cerrar regularmente el circuito de nuestra actividad!

Regreso a las verdades eternas

Hay una segunda forma en que el reposo bíblico restaura el orden en nuestro mundo interior. Ese verdadero descanso tiene lugar cuando hacemos regularmente una pausa en medio de nuestras tareas cotidianas para distinguir las verdades y compromisos que componen nuestra vida.

A diario somos objeto de un bombardeo de mensajes que compiten por nuestra lealtad y nuestros esfuerzos. Somos empujados y halados de otro en mil direcciones distintas; se nos pide que tomemos decisiones y hagamos juicios de valores, y que invirtamos nuestros recursos y nuestro tiempo. ¿Según qué criterio de verdad tomamos dichas resoluciones?

Dios quiso que su pueblo apartase un día cada semana para dilucidar bien esto. Y en realidad, les hizo reservar una serie de días de fiesta al año durante los cuales pudiesen recordar y celebrar temas capitales de la verdad eterna y de la acción divina. A esto podríamos llamarlo una comprobación regular del espíritu.

El distinguir las verdades que son esenciales para la vida resulta imprescindible cuando recordamos que, según Jeremías, el corazón es engañoso. Somos vulnerables en todo tiempo a las distorsiones de la verdad, a las persuasiones de que lo cierto es en realidad falso y lo falso verdadero. Como expresa Robert Robinson en su himno:

> Propenso a vagar, Señor, yo soy;
> Propenso a dejarte a ti, mi Dios...

Este himno es una reflexión sobre nuestra inexorable tenden-

cia interior la cual debemos verificar regularmente comparando nuestros pensamientos y valores con las verdades eternas que han sido reveladas por medio de las Escrituras y de las poderosas obras de Dios.

El teólogo judío Abraham Joshua Heschel, considerando el descanso según la tradición sabática, escribió acerca del mismo:

> El significado del día de reposo es celebrar más bien el tiempo que el espacio. Seis días por semana vivimos bajo la tiranía de las cosas relativas al espacio, y el día de reposo tratamos de armonizar con la santidad en el tiempo. Se trata de un día en el que se nos llama a compartir lo que es eterno en el tiempo; a volver la mirada de los resultados de la creación al misterio de ésta, del mundo creado a la creación del mundo.

Tenemos que preguntarnos: ¿Le está pasando esto a mi mundo interior?

Las tejas de madera del techo de nuestra casa de New Hampshire se ensanchan y se contraen como consecuencia de las temperaturas extremas. Como resultado de esto, algunos clavos se aflojan y han de ser clavados otra vez para que estén fijos. Ese "reclavado" es lo que sucede durante un período de descanso verdadero —ya sea en la intimidad de ese día tranquilo o en medio de una congregación mientras adoramos al Dios vivo.

Cuando cantamos esos magníficos himnos antiguos o hacemos ciertas oraciones: estamos reclavando los clavos y restaurando el orden a un espíritu que se desvía en nuestro mundo interior. En ese día especial de descanso ocurrirán reafirmaciones si dedicamos tiempo a leer, meditar y reflexionar en privado.

Mi esposa ha compartido conmigo una anotación de su diario acerca de este mismo tema:

> Un glorioso Día del Señor. He estado leyendo extensamente sobre el sábado judío, y siento cada vez con más fuerza que no he utilizado plenamente el mandamiento de Dios de descansar.
>
> No se trata de una regla que limita, sino de una regla que libera. Porque El me hizo como para que necesite el descanso. Si vivimos según las "especificaciones de su plan", somos liberados física y mentalmente para dar un mejor rendimiento. Y es un día para acordarnos de quién es Dios. Cada siete días necesito volver a ese Centro fijo.
>
> Don Stephenson ha comentado hoy que para él, así como para otros, el domingo es simplemente eso: un día para volver a la regla y recibir aliento para regresar al "cenagal".

Yo sugiero que necesitamos preguntarnos seriamente, tanto nosotros mismos como preguntarle a nuestra iglesia, si la clase de descanso que reafirma la verdad está teniendo lugar en realidad o no. Es posible que los cristianos y sus congregaciones lleguen a estar tan ocupados realizando programas —con los buenos fines que sea— que nunca se dé entre ellos ese descanso de adoración necesario para su mundo interior.

Por lo tanto, el descanso no es sólo un mirar atrás al significado de mi trabajo y a la senda en que he andado más recientemente en mi vida; sino también una renovación de mi fe en Cristo y de mi compromiso con El. Se trata de un ajustar bien mis instrumentos de navegación interiores de modo que pueda abrirme paso por el mundo una semana más.

¿Cual es nuestra misión?

Si los dos primeros significados se centraban en lo que era pasado y presente, éste tiene que ver con el futuro. Al descansar, en el sentido bíblico, afirmamos nuestra intención de buscar un mañana cristocéntrico. Consideramos bien cuál será nuestro rumbo la próxima semana, el próximo mes o el próximo año. Definimos nuestras intenciones y hacemos nuestra dedicación.

El general George Patton exigía que sus hombres supieran y fuesen capaces de explicar con precisión en qué consistía la misión del momento. Con frecuencia preguntaba: "¿Cuál es vuestra misión?" La definición de su cometido era para Patton la información más importante que un soldado podía llevar consigo al combate. Basándose en ese conocimiento le era posible tomar sus decisiones y ejecutar el plan. Y eso es precisamente lo que sucede cuando practico el descanso bíblico: echo un vistazo detenido a mi misión. Esta práctica me ha enseñado a hacer una pequeña pausa aun en mis disciplinas espirituales de cada mañana, para preguntarme: ¿Qué misión tengo que realizar hoy? Si no nos hacemos esta pregunta regularmente, quedaremos expuestos a errores de juicio y de dirección.

Con frecuencia Jesús se apartaba en busca de soledad. Mientras a otros los arrullaba el descanso del sueño, el Señor era

atraído por aquel reposo que habría de proporcionarle fortaleza y guía para la siguiente fase de su misión. No resulta extraño que afrontara cada encuentro con un nuevo arranque de sabiduría, o que tuviera el valor necesario para no devolver golpe por golpe ni defenderse. Su espíritu estaba siempre reposado, y su mundo interior en orden. Sin esta clase de descanso, nuestro mundo interior se encontrará invariablemente tenso y desordenado.

LA ELECCION DEL DESCANSO

Uno de los destacados párrocos de la iglesia anglicana fue Charles Simeon, de la iglesia de la Santa Trinidad, en Cambridge. Durante más de cincuenta años ese sacerdote predicó desde aquel púlpito, y la gente abarrotaba el santuario quedándose aun de pie en los pasillos para escucharlo.

Simeon era miembro de la junta de gobierno del "Kings College", y sus habitaciones daban al patio del complejo universitario. La vivienda, situada en el segundo piso, le proporcionaba un acceso exclusivo a la azotea, por la que solía pasear, como una de sus formas de descanso físico, mientras hablaba con Dios. Dicha azotea llegó a conocerse como "el paseo de Simeon".

Charles Simeon era un hombre ocupado e inteligente que mantenía contacto con los estudiantes de los colegios universitarios de Cambridge, con una numerosa congregación, y con líderes de iglesias y de misiones de todo el mundo. Escribió (en escritura normal) literalmente miles de cartas; preparó para la publicación cincuenta libros de sus propios sermones; y fue cofundador de varias organizaciones misioneras importantes. Pero jamás dejó de encontrar tiempo para el descanso que su mundo interior requería.

Podemos ver un ejemplo de sus ejercicios privados en esta anotación de su diario, referida por Hugh Hopkins, uno de sus biógrafos:

> He pasado este día, al igual que los he pasado durante los últimos cuarenta y tres años, como un día de humillación. Cada año que vivo aumenta más mi necesidad de un tiempo así.

Y dice Hopkins:

> Para Charles Simeon la humillación de sí mismo no consistía en desestimar los dones que Dios le había dado, ni en aparentar que era un hombre insignificante, ni tampoco en exagerar sus pecados, de los cuales estaba muy consciente. Para él estribaba en ponerse conscientemente en la presencia de Dios, meditando a fondo en su majestad y gloria, magnificando la misericordia de su perdón y la maravilla de su amor. Esto era lo que lo hacía humilde; no tanto su propia pecaminosidad, sino el increíble amor de Dios.

Simeon disfrutó de una gran eficiencia durante toda su vida, sometido a enormes tensiones, y no me cabe la menor duda de que gran parte del secreto de su resistencia estaba en su deliberada y disciplinada práctica del descanso sabático.

Para el judío, el sábado era, ante todo, un día. Un día apartado en obediencia a Dios. La ley prohibía todo tipo de trabajo, y sólo permitía la clase de ritos que ya hemos reseñado. Los cristianos saben poco acerca de lo especial que era el día de reposo para los judíos piadosos. Haríamos bien en prestar oído y escuchar lo que éstos piensan del mismo. Un folleto turístico israelí nos dice que cierto rabino escribió lo siguiente acerca del sábado:

> Haz del día de reposo un monumento eterno del conocimiento y la santificación de Dios, tanto en el centro de tu ajetreada vida pública, como en el pacífico retiro de tu hogar. Durante seis días cultiva la tierra y sojúzgala... Pero el séptimo día es reposo para el Señor tu Dios... Por tanto comprenda [el hombre] que el Creador de la antigüedad es el Dios vivo de hoy; [que El] observa a cada persona y cada esfuerzo humano para ver cómo el hombre usa o abusa del mundo que se le ha prestado y de las fuerzas que le han sido otorgadas; y que El es el único arquitecto a quien todo individuo debe rendir cuentas de sus labores de la semana.

Lo que hay de importante es la conciencia judía de un ritmo único para el día de reposo. Los quehaceres cotidianos deben detenerse, el trabajo debe cesar. Incluso el ama de casa en la familia judía piadosa ha de abstenerse de cocinar o de realizar tareas domésticas. La comida se prepara antes de que comience el sábado, para que ella también pueda gozar del fruto de ese día especial de descanso. Eso difiere mucho de la jornada increíble, repleta y cargada de presiones en que muchos cristianos suelen convertir su "día de reposo".

El sábado judío es, ante todo, un día. En nuestra tradición cristiana hemos escogido hacer ese día, no el día séptimo como los

hebreos, sino el primer día de la semana, en conmemoración de la resurrección de Cristo. Pero una vez realizada dicha elección, ¿en qué hemos convertido nuestro día —este tiempo que Dios nos concedió como regalo especial?

Un creyente con quien estoy en el culto todas las semanas, me dijo después de un domingo particularmente largo en cuanto a actividades en la iglesia: "Ciertamente me alegro de que no haya más que un día de reposo por semana; acabaría quemado si hubiera de soportar dos 'días de reposo' como éste cada siete días."

El sentido del humor de este hermano transmite una seria acusación contra muchos líderes cristianos e iglesias que han convertido el domingo en un día de agitación; pará algunos tal vez el día más lleno de tensiones de toda la semana.

Pero el día de reposo es mucho más que un mero día. Constituye un principio de descanso según las tres dimensiones que he mencionado antes. ¿Y qué sucedería en caso de que escogiéramos la paz del reposo sabático en vez de la diversión del tiempo libre secular?

Primeramente, el día de reposo implica adoración con la familia cristiana. En una adoración apropiada tendremos oportunidad de ejercer los tres aspectos que conducen al descanso de nuestro mundo interior: mirar retrospectivamente, hacia arriba y hacia adelante. Tal adoración no es negociable para la persona comprometida a caminar con Dios.

Me conmueven las palabras de Lucas cuando describe la disciplina sabática de Jesús: "Vino a *Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre* (Lucas 4:16) (Cursivas del autor). No vemos nunca a Jesús escabulléndose de la adoración pública del Padre.

Pero, en segundo lugar, el día de reposo representa una deliberada aceptación del descanso y la tranquilidad personales en la vida individual. El Día del Señor supone un reposo que trae paz al mundo interior de la persona. Al igual que Cristo infundió quietud a una tempestad, orden al alma de un maníaco poseído por demonios, salud a una mujer desesperadamente enferma y vida a un amigo muerto, Jesús trata de comunicar paz al fatigado mundo interior del hombre o la mujer que han estado toda la semana en el mundo mercantil. Pero hay una condición para obtener dicha paz: debemos aceptarla como un regalo y tomarnos el tiempo necesario para recibirla.

Como pastor pensé durante mucho tiempo que el domingo era todo menos un día de reposo sabático para mi esposa y para mí. Pasaron bastantes años de mi madurez cristiana antes de que comprendiera que me había estado robando una forma de restauración necesaria. La realidad era que necesitaba algún tipo de día de reposo para mi propio mundo interior y que no lo estaba teniendo. Cuando consideraba mis domingos, me parecía imposible pensar que alguna vez pudiera disfrutar del vigorizante regalo del Día del Señor. ¿Cómo podía predicar tres sermones por la mañana, y muchas veces uno más por la tarde, además de estar disponible de todo el día para los miembros de mi congregación, y esperar ser restaurado? Pocas veces acababa un domingo sin que mi esposa y yo nos encontráramos al borde del agotamiento. ¡Menudo día de reposo! Pero... ¿qué podíamos hacer?

Hace algunos años, la congregación de la Iglesia de la Gracia tuvo la bondad de darme un permiso sabático de cuatro meses. En vez de ir a alguna universidad a estudiar, escogí pasar ese período en New Hampshire, donde construimos "Cresta de paz". La experiencia sobresaliente de esos cuatro meses fue el silencio y la paz que descubrimos los domingos.

Aun cuando disfrutaba muchísimo de la construcción de "Cresta de paz", me prometí que no trabajaría en el Día del Señor. De modo que, cuando llegaba el domingo, pasábamos algunas horas de la mañana leyendo, meditando y orando, y luego íbamos al culto a una iglesia local. Aunque no conocíamos a mucha de la gente, tratábamos de entregarnos a la adoración y de extraer de las oraciones, los himnos y del sermón alimento para nuestro espíritu. Convertíamos la ocasión en un tiempo para afirmar nuestras convicciones, dar gracias a Dios por las bendiciones que nos otorgaba, y hacer una dedicación de nosotros mismos para la semana siguiente, durante la cual trataríamos de reflejar la honra del Señor.

A lo largo de aquellos cuatro meses, nuestras tardes de domingo fueron horas tranquilas en las que paseábamos por el bosque, teníamos conversaciones profundas, y hacíamos un examen de evaluación de nuestras disciplinas espirituales y de nuestro

progreso cristiano. Para nosotros ese período fue una maravillosa experiencia de descanso sabático; yo nunca antes había sabido lo que podía ser dicho descanso.

Cuando volvimos de aquella temporada sabática, nos habíamos aficionado a los días de reposo. Pero, de repente, otra vez comenzaron los sermones, el consejo pastoral y la programación. La misma rutina de los domingos, como siempre. ¡Nos sentíamos defraudados! Y fue así que decidimos tener *nuestro* día de reposo en otro día de la semana. ¡No nos perderíamos el regalo de Dios! Los domingos trataríamos de ayudar a otros a que disfrutaran de su día de reposo; pero en nuestro caso, la paz que normalmente se reserva para ese día habría de darse en algún otro tiempo. Y nos pareció correcto.

Para mi esposa y para mí el día de reposo llegó a ser el jueves. En la medida de lo posible, presupuestábamos ese día de la semana para descansar en nuestro mundo interior. Eso significaba apartarnos totalmente de nuestra congregación, siempre que fuera posible, e incluso de las labores cotidianas de nuestro hogar si podíamos. Aprendimos que para ser útiles a la gente asociada con nosotros en el ministerio, a nuestros hijos y a la congregación, necesitábamos guardar celosamente esa oportunidad de restauración espiritual.

No hay nada de legalismo en esto, más bien se trata de libertad para aceptar un don. Creo francamente que algunos han destruido el gozo del día de reposo, como hicieron los fariseos, rodeando dicho día de leyes y precedentes normativos. Ese no es nuestro día de reposo. Nuestro día de reposo lo hizo Dios para nosotros y nos lo dio. Su propósito es que adoremos y seamos restaurados; y todo lo que hayamos de hacer para conseguirlo, lo haremos.

Es importante aclarar que probablemente no hubiéramos podido practicar el descanso sabático con tanta facilidad, cuando nuestros hijos eran pequeños y necesitaban atención más constante. Y también, como comenta mi esposa con frecuencia, que les hacemos un favor a los miembros de nuestra congregación apartándonos de ellos para descansar, ya que cuando volvemos, tenemos algo que ofrecerles, lo cual, probablemente, Dios no habría podido darnos en ninguna otra atmósfera que esa.

Evidentemente, no todos los jueves podían presupuestarse como días de reposo. Pero descubrimos que si intentábamos con regularidad seguir esa disciplina, los resultados eran tremendos: nuestro mundo interior se veía sustancialmente reordenado. El hallazgo más asombroso fue que no sólo me sentía descansado, sino que también era capaz de utilizar el tiempo de otros días de un modo mucho más efectivo.

Lo que para mi gran asombro había sucedido era que, al introducir ese orden reposado en mi mundo interior por medio de una adecuada observancia del día de reposo, podía impactar mi mundo público en los días siguientes con un juicio y una sabiduría mucho mayores.

Creo que el descanso sabático puede suponer un día por semana. Pero también es posible realizarlo —en dosis grandes o pequeñas— cuando quiera que escojamos apartar una hora o más para la búsqueda de la intimidad con Dios. Todos necesitamos un "paseo de Simeón".

Pero permítame subrayar de inmediato que este descanso, del tipo sabático, debe ser una partida fija en el presupuesto de nuestro tiempo. Nosotros no descansamos porque nuestro trabajo esta acabado, sino porque Dios lo ordenó y nos creó con necesidad de tener ese descanso.

Es importante que meditemos en ello, ya que nuestro concepto actual del reposo y del tiempo libre niega este principio. La mayoría de nosotros pensamos en el descanso como en algo que hacemos *después* de haber terminado nuestro trabajo. Pero el día de reposo no es algo que suceda después. De hecho puede ser algo que se busque *antes*. Si damos por sentado que este descanso viene sólo después que hemos completado nuestra tarea, muchos de nosotros nos veremos en aprietos, ya que tenemos empleos en los cuales dicha tarea no se termina nunca. Y ésa es en parte la razón por la que algunos de nosotros pocas veces descansamos. Al no acabar jamás nuestro trabajo, no pensamos en tomar el tiempo necesario para el descanso y la restauración del día de reposo.

Yo tuve que aprender a practicar el descanso del día de reposo sin sentirme culpable, y entender que no había nada malo en dejar de lado otras tareas para disfrutar del regalo que Dios nos da de ese tiempo especial. De modo que los días de reposo han entrado en nuestro calendario con regularidad. Los planeamos con varias

semanas de antelación, lo mismo que otras prioridades. Y cuando alguien nos ha propuesto una invitación a cenar, o la participación en una reunión de comité en un día apartado para reordenar nuestro mundo interior, hemos dicho sencillamente: "Lo sentimos, tenemos un compromiso ese día. Es nuestro día de reposo."

Fue esta clase de disciplina la que capacitó a William Wilberforce para triunfar sobre el arrollador empuje de la ambición que había paralizado su mundo interior durante tantos días. Una vez llegado el día de reposo, Wilberforce se deslizó nuevamente hacia ese centro donde Dios tenía el control absoluto, y las cosas volvieron a su dimensión real; por lo que escribió: "La ambición se ha atrofiado."

Uno se pregunta qué habría sucedido si Wilberforce no hubiera tenido aquel "freno y equilibrio" sabático para hacer frente a su ambiciosa naturaleza. ¿Habría sido desviado de su llamamiento a guiar a Inglaterra a dejar la esclavitud? Probablemente sí. Hay que suponer que, al tomar aquel día de reposo, pudo detectar la desviación de su sentido de propósito original y, justo a tiempo, recobrar el rumbo adecuado. Al volver al camino, logró ese hito histórico de la abolición.

El mundo y la iglesia necesitan creyentes verdaderamente *descansados*: creyentes que se renueven de continuo por medio de un reposo sabático real, y no sólo del ocio o del tiempo libre. Cuando se lleva a cabo un descanso piadoso, uno ve lo animados y resistentes que pueden ser en realidad los cristianos.

Epílogo

La rueca

Si mi mundo interior está en orden es porque he tomado la decisión premeditada de comenzar el proceso de "ordenación"... ¡Ahora!

Uno de los distinguidos héroes de nuestro siglo ha sido Mahatma Gandhi, el líder hindú que encendió la llama de la independencia de su país. Aquellos que han leído su biografía, o que han visto su historia tan brillantemente contada en la pantalla, con frecuencia se impresionan con el espíritu tranquilo que manifestaba el "George Washington de la India".

¿Que si tenía serenidad? Vemos a Gandhi entre la gente más miserable de las ciudades indias, plagadas de muerte y de enfermedades. Lo vemos tocar a la gente, ofrecerle una palabra de esperanza, dispensarle una amable sonrisa. Pero un día después, el mismo hombre se encuentra en palacios y edificios gubernamentales, donde negocia con los hombres más inteligentes de su época. Entonces surge la pregunta: ¿Cómo se las arreglaba para atravesar la sima que había entre esas dos clases de personas y de circunstancias extremas?

¿De qué manera lograba Gandhi mantener su íntimo sentido del orden, su adecuada humildad y su sabiduría y juicio esenciales? ¿Cómo evitaba el perder su propia identidad y su espíritu de convicción al moverse entre aquellos extremos tan opuestos? ¿De dónde sacaba su fuerza emocional y espiritual?

Tal vez el comienzo de la respuesta a estas preguntas radique en la fascinación que Mahatma Gandhi tenía por la simple rueca.

La rueca parece haber estado siempre en el centro de su vida. Se dice que a menudo Gandhi volvía de sus actividades públicas a sus humildes habitaciones, y allí se sentaba en el suelo, a la manera india, y se dedicaba al simple acto de hilar lana con la que se hacían sus vestidos.

¿Cuál era su objetivo? ¿Era eso meramente parte de algún plan para proyectar determinada imagen? ¿Era un puro intento político de identificarse con las masas cuya lealtad tenía en su mano? Yo sugeriría que era más que eso, mucho más.

La rueca de Gandhi constituía el centro de gravedad de su vida. Se trataba del gran nivelador de su experiencia humana. Cuando volvía de los grandes momentos públicos de su existencia, el ejercicio de la rueca lo restauraba a su adecuado sentido de la proporción, de manera que no se hinchara de falso orgullo debido a las aclamaciones de la gente. Al terminar sus momentos de encuentro con reyes y dirigentes gubernamentales, si pasaba a ocuparse del trabajo en la rueca no se sentía tentado a pensar en sí mismo con engreimiento.

Para Mahatma Gandhi esa rueca representaba siempre un recordatorio de quién era él y de qué sentido tenían las cosas prácticas de la vida. Al realizar aquel ejercicio regular, estaba resistiendo a todas las fuerzas de su mundo público que trataban de distorsionar lo que el sabía que era.

Gandhi no era cristiano en modo alguno, pero lo que hacía sentado a la rueca constituye una lección imprescindible para cualquier creyente sano. Porque él nos muestra lo que tiene que hacer toda persona que desea moverse en el mundo público sin quedar amoldado al mismo. Nosotros también necesitamos la experiencia de la rueca: el ordenar nuestro mundo interior de manera que sea continuamente renovado en su fuerza y vitalidad.

Como dice Thomas Kelly: "Estamos tratando de ser varios individuos distintos al mismo tiempo, sin que nosotros mismos seamos organizados por una única y dominante Vida dentro de nosotros." Y luego expresa: "La vida debe vivirse desde un Centro, un Centro divino. Cada uno de nosotros puede vivir esa vida de paz, de serenidad y de poder asombrosos; de integración y de confianza, y de simplificada multiplicidad, si cumple un requisito: *que realmente quiera vivirla*".

Y ése es el requisito con el que tenemos que enfrentarnos en última instancia. ¿Queremos realmente tener orden en nuestro mundo interior? Repito: *¿Lo queremos?*

Si es cierto que una acción dice más que muchas palabras, parece que el cristiano común y corriente no busca en realidad, como prioridad máxima, un mundo interior ordenado. Parece que preferimos alcanzar nuestra eficacia humana por medio del activismo, una programación frenética, de la acumulación material, y del correr a diversas conferencias, seminarios, series de películas y oradores especiales.

En resumen, intentamos poner orden en nuestro mundo interior comenzando con actividades en la esfera exterior. Esto es exactamente lo opuesto de lo que la Biblia nos enseña, de lo que los grandes santos nos han mostrado, y de lo que nuestras desconsoladoras experiencias espirituales nos demuestran regularmente.

En alguna parte se cita que John Wesley decía de la vida en su mundo público: "Aunque siempre tengo prisa, jamás ando apresurado, porque nunca emprendo más trabajo del que puedo hacer con sosiego de espíritu."

Bob Ludwig, uno de mis asociados más cercanos en el ministerio, es astrónomo. A veces pasa parte de la noche en el campo con su telescopio enfocado hacia el oscuro cielo. Pero tiene que salir de la ciudad a fin de escapar de tanta luz interferente. Una vez que ha dejado todo eso atrás, el cuadro del cielo se hace mucho más claro.

¿Cómo podemos escapar nosotros de las interferencias para contemplar el espacio interior de nuestro mundo privado? Esta es una pregunta que queda peligrosamente sin responder en demasiadas personas. Incluso personas que ostentan el liderato de grandes organizaciones e iglesias, con excesiva frecuencia son incapaces de contestarla respecto de sí. La gente sencilla, atareada tratando de ganarse la vida y de mantenerse al nivel de sus vecinos, luchan también con ella. La respuesta a dicha pregunta no es fácil, pero sí elemental: escapamos al espacio de nuestro mundo interior sólo cuando determinamos que se trata de una actividad más importante que ninguna otra.

Aunque yo siempre he creído en la prioridad de ordenar mi

mundo interior, dicho orden sólo ha empezado a hacerse realidad para mí al ir acercándome a la edad mediana. Y ahora, que me he hecho cada vez más consciente de mis limitaciones, mis debilidades e incluso del avance de los años hacia el final de mis días, me resulta más fácil mirar en mi interior y cultivar la experiencia de la rueca a fin de que la fortaleza interna y la vitalidad espiritual se conviertan en recursos para mí.

Es en ese centro donde comenzamos a ver a Jesucristo en toda su majestad. Allí Jesús es más de lo que dice un artículo doctrinal sobre El, o que la letra sensiblera de alguna canción moderna. En ese centro, Cristo demanda nuestra atención como el Señor resucitado de la vida, y nos vemos compelidos a seguirlo y extraer de la fuerza de su carácter y su compasión.

En ese centro, nos admiramos debidamente y con temor reverente del esplendor y de la majestad de Dios nuestro Padre celestial. Ofrecemos una adoración solemne pero gozosa, además de confesión y quebrantamiento. Allí también recibimos perdón, restauración y seguridad.

Por último, en el centro somos llenos del poder y de la fortaleza de Dios Espíritu Santo, y resurge nuestra confianza y expectación. Allí recibimos discernimiento y sabiduría; se produce fe que mueve montañas; y empieza a crecer un amor por los demás —incluso por los difíciles de amar.

Cuando salimos de una experiencia con la rueca, en la que todo ha recobrado su proporción y su valor naturales, podemos relacionarnos con el mundo público y puede ser tocado debidamente. Las relaciones con la familia y con los amigos, compañeros de trabajo, vecinos, e incluso con los enemigos, adoptan una perspectiva nueva y más saludable. Entonces se hace posible perdonar, servir, no buscar la venganza y ser generosos.

Nuestra labor se verá afectada por el ejercicio en ese centro. Para nosotros, el trabajo tendrá un nuevo significado y una medida más alta de excelencia. La integridad y la honradez se convertirán en cosas importantes que buscar. El miedo se perderá y se conseguirá la compasión.

Si salimos de una experiencia ante la rueca, será mucho menos probable que los que persiguen nuestra alma nos engañen con sus falsas promesas y seducciones.

Todo esto y mucho más se pone en marcha si, primero —*antes* de salir al mundo público—, el cristiano ordena su mundo interior.

No hacer eso es arriesgarse a sufrir el síndrome del socavón. La historia está llena de casos de individuos que han tenido tal experiencia.

Actualmente, nuestro mundo público necesita de algunas buenas personas capaces de caminar entre las masas y de negociar con los poderosos, sin cambiar, ni rendirse, ni contemporizar jamás. ¿Y cómo lograrán hacerlo? Practicando la experiencia de la rueca: el retiro a ese centro silencioso donde el tiempo se puede ordenar según las prioridades, donde la mente se puede sintonizar para descubrir la creación de Dios, el espíritu aguzar, y donde está el sosiego del reposo sabático. Ese es el mundo interior, y cuando le prestamos la debida atención, dicho mundo se vuelve ordenado.